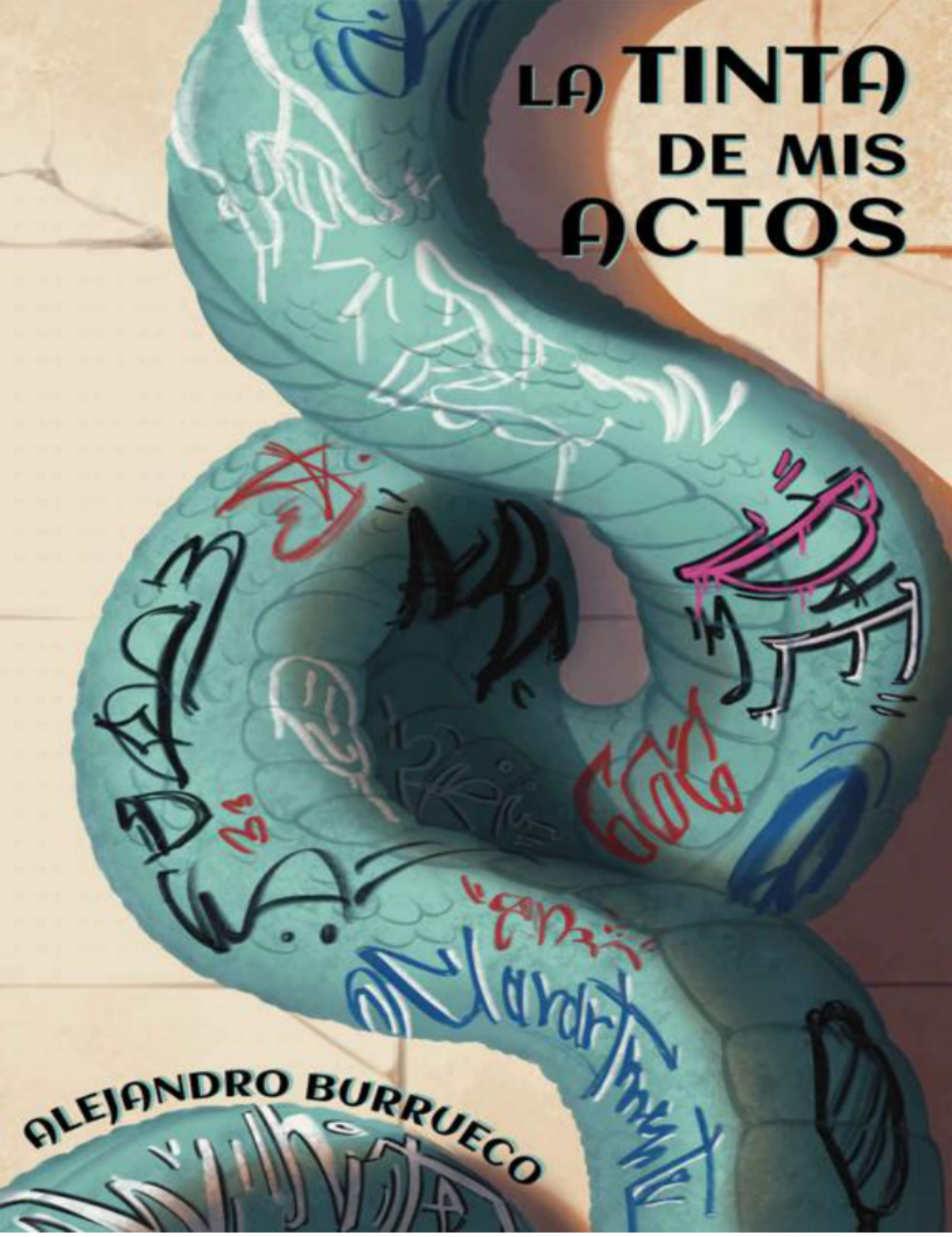
LA TINTA DE MIS ACTOS



ALEJANDRO BURRUECO

LA TINTA DE MIS ACTOS

Alejandro Burrueco

Copyright © 2022 Alejandro Burrueco

Título original: La tinta de mis actos
Autor: Alejandro Burrueco
1a Edición (2022)
ISBN: 9798353187714
Distribuido por: Amazon

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de esta, sin previa autorización escrita del autor.

Diseño de portada: Clara Gavira
Maquetación y corrección: Alejandro Burrueco
Contacto: aburrueco2003@gmail.com

Dedicado al adolescente que un día
decidió empezar a escribir torpemente,
esta es tu redención, lo conseguiste,
o al menos eso crees ahora.

"Cada minuto, cada persona, cada actitud
puede ser el germen de una obra dramática.
Cada criatura que nos tropezamos va pasando
a través de su vida por climas dramáticos diferentes,
en combinación infinita hasta su última escena
en que se tiende para morir".

FEDERICO GARCÍA LORCA

1. Brutal

«Corriendo me marché con mis pertenencias, que ni siquiera eran mías puramente, sin dejar apenas nada de las cosechas de mis padres. No podían saber que me iba y tenía que ser tan sigilosa como lo eran los ladrones bárbaros. Con catorce años ya quedaba poco para que me casasen con un aldeano cualquiera, pero eso no era para mí y por eso me escapaba. Iría a la guerra, porque no era una niña cualquiera y sin duda valía para mucho más».

Nadie fue a despedirse de Bruno el día que se marchaba con agonioso deseo del pueblo en el que tantos años llevaba encerrado. No se entristeció por ello, puesto que había sido él quien lo había elegido así. Desde que se habían acabado las clases en junio había iniciado un proceso lento, pero progresivo, en el que trató de borrar de su vida la que había sido su vida, valga la redundancia. Dejó de quedar con los que lo consideraban su amigo y de contestar a los mensajes poco a poco hasta que por fin quiso creer que su invisibilidad se había tornado literal.

Frente al coche únicamente estaban su abuela, su tía y su padre, su familia, aquello de lo que todavía no había conseguido deshacerse. Los quería, claro que los quería, ¿cómo no iba a quererlos? Era un simple sentimiento, algo ligero e inefable, pero que lo atormentaba día tras día reconcomiéndole por dentro. No porque el propio sentimiento le angustiase, sino porque se culpaba a sí mismo de poseer aquella chispa emotiva tan peligrosa y dañina. Era su familia, no le habían hecho nada malo, pero su presencia le recordaba al pasado y su presente continuaba siendo ese pasado, por lo que la rueda lo ahogaba y parecía que no había salida.

Simple apariencia, puesto que la salida había llegado y se titulaba universidad en la capital. El *Galloper* negro que utilizaba su padre para ir a trabajar al campo lo llevaría por fin a su ansiado destino. Su destino y su situación ironizaban con cada cosa que le ocurría, aquel coche tan viejo, tan feo y tan del pueblo sería su vía de escape. Era como si el propio pueblo lo estuviese escupiendo de allí gritándole que los dejase en paz de una vez, que no pintaba nada entre ellos.

Estaban cargando el coche de maletas y bolsas entre él y su padre, sin echar en falta la poca intención de ayuda de su abuela y su tía, que los observaban con los ojos hinchados a un simple estímulo del llanto. Su abuela tenía ya ochenta y tantos años que le pesaban cada vez más y habrían sido ellos los egoístas de haber solicitado su ayuda. Por otro

lado, su tía era la pobrecita de siempre de la que nadie esperaba nada por ir en silla de ruedas. No era una inútil y de tronco para arriba era más ágil que muchos otros, pero no solían darle pie a demostrarlo.

Besos y abrazos de parte de las dos, la abuela seria y la tía tan animosa como siempre.

—Que no me entere yo de que no comes —fue lo más cariñoso que su abuela pudo decirle, aunque realmente estuviese rota por dentro.

Su relación era peliaguda, porque ninguno de los dos era de demostrar su amor. De hecho, era posible que Bruno hubiese heredado de ella esa sequedad tímida tan característica.

—¡Adiós Bruno, cariño! ¡Vuela! Tienes que conocer mundo, ya está bien de ver todos los días lo mismo —lo esperanzaba su tía Isabel sin dejar que se despegase de su abrazo cálido, aunque incómodo por la extraña postura que le obligaba a tomar la silla de ruedas—. Ya le harás una visita a tu tía en cuanto puedas, pero no muy pronto, antes tienes que acostumbrarte a la capital. Madrid te va a encantar, será tan acogedor contigo como lo fue conmigo. Estos van a ser tus años dorados.

Fue Madrid quien le quitó a su tía la movilidad en las piernas, no la ciudad en sí, sino un accidente de moto que sufrió cuando estudiaba allí de joven. Isabel vivió desde dentro la Movida Madrileña, fueron los años más intensos y divertidos de su vida, tanto que no le importó tener que volver al pueblo para que su madre se encargase de ella, porque creía que ya lo había vivido todo y los recuerdos le eran suficientes.

Tras otra ronda de besos y abrazos, padre e hijo montaron en el coche para ir hasta la capital. Estarían allí en menos de media hora. Era curioso cómo en tan poco tiempo se podía pasar de un estilo de vida a otro, del atraso a la evolución. Consideraba el pueblo y la capital países distintos, pero era la misma España con un envoltorio distinto.

Quería comprobar de primera mano que efectivamente estaban dejando atrás cada una de las calles de aquella jaula al fin abierta, aunque no se atrevió y en cambio cerró los ojos haciéndose el dormido. No sentía ninguna pena por irse, ni tampoco se dejó sentirla, cerró los ojos por eso mismo, para reprimirse.

Permaneció la media hora recostado en el cinturón, había sido siempre su postura favorita para deleitarse con los viajes en coche, aunque nunca habían sido lo suficientemente largos como para disfrutar de su anormal manía. Era peligroso y lo sabía, porque él lo sabía todo, aunque no lo pareciese. Tener un accidente de tráfico no era algo que esperase y usaba el cinturón por costumbre, no para sentirse seguro.

Que no hubiera lágrimas no significaba que tampoco sentimientos.

No le gustaba compartirlos con el resto, en ese sentido era egoísta. Su egoísmo le perjudicaba más a él que a la gente de su entorno. Creía que por fin iba a llorar, pero no, ni tan siquiera su marcha había sido suficiente para remover lo que fuera que tuviera dentro. A diferencia de su padre, que por pura masculinidad aguantaba cada lágrima y las absorbía de nuevo, él sí quería llorar. Por otro lado, su tía sí lo había hecho, no tenía nada que esconder, como él en realidad, pero no sentía que hubiese nada que mostrar tampoco. Aquello le gustaba, no el hecho de ver sufrir a su tía, sino que alguien le mostrase amor. No, no podía pensar en eso, todos le habían mostrado siempre amor, era él quien no se permitía el lujo de regocijarse en él.

Se iba, por fin se iba y aunque hubiese vuelta atrás estaba concienciado de que no escogería ese cobarde camino. Palpó su bolsillo bruscamente y respiró con calma al escuchar un ligero tintineo. No solía olvidarse de nada, pero nadie le podía impedir que confirmase una y otra vez que su despejada mente seguía intacta. Cómo no iba a estarlo si todavía no había encontrado nada que quisiese guardar para llenarla. No era porque todo lo que le viviese fuese negativo, sino porque era neutro y era esa neutralidad la que lo quemaba por dentro. Las llaves le permitirían entrar a su nuevo e indefinido hogar y olvidarlas habría supuesto una vuelta al pueblo.

No estaba allí para vivir solo, no era el dinero de sus padres lo que no le permitiría vivir aquella experiencia universitaria del piso estudiantil pestilente y juvenil. Viviría con su madre, una empresaria muy ocupada que según le había contado su abuela tenía un enorme ático más por apariencia que por disfrute, puesto que tenía entendido que no pasaba mucho por casa. Era por esto por lo que necesitaba las llaves, siempre las necesitaría. No como en el pueblo, donde podía ir y venir sin sentir la carga de que no se abriría la cerradura, dado que su tía estaba siempre allí para abrirle.

Había vivido en la casa de su abuela junto a su padre y su tía desde que sus padres se separaron. No hubo custodia compartida ni siquiera en los comienzos de sus respectivas solterías, pero el hombre no podía quejarse porque la pensión que le pasaba era muchísimo más que suficiente para que mantuviera la boca cerrada y sin rechistar. No lo consideraba una carga, era su hijo. Trabajaba labrando en el campo una cantidad ingente de horas por mucho dinero gratuito que su exmujer le regalase, por lo que quienes realmente criaron al muchacho fueron la tía y la abuela. El hombre era simplemente un hombre y con eso creía tener suficiente excusa para evadirse con las tareas rurales de las voces que daba su madre en casa. Al menos le había dado por evadirse labrando y no bebiendo, aunque iba cada fin de semana religiosamente al bar de la plaza a pasar la tarde con sus amigos. Lo bueno era que sabía cuándo parar, ya que era el único al

que su madre lo esperaba despierta.

Bruno conocía la privilegiada situación económica de su madre y quiso aprovecharse de ella para evitarla lo máximo que pudiera. El único amor que sentía hacia ella era por su dinero. Podía agradecer las facilidades que le había proporcionado su fortuna, pero no podía olvidar que no se molestase en ver a su hijo más de un par de veces al año. No quería vivir con ella, sabía que su relación se tendría que estrechar forzosamente por el hecho de estar en la misma ciudad, pero no llegaba a comprender la necesidad de tener que habitar un mismo espacio. Con su dinero podría haberle pagado un piso en la otra punta de Madrid, aunque los precios de la capital asustaban incluso al más adinerado y su madre no podía derrochar aquel año en el que tendría que pagar el triple de dinero por sus estudios. Además, su padre le había dejado claro otro de los motivos:

—Llevas ya quince años conmigo y no me he quejado, le toca a ella preocuparse un poco por ti —le decía su padre como si vivir con él, con lo silencioso que era, fuese agotador y tuviese que pasar una patata caliente—. En su momento coló su propuesta revolucionaria del exmarido florero y la mujer empresaria, pero ya está bien de reírse de mí. Que se deje de *moderneces* y haga de madre como Dios manda, como han sido las madres toda la vida.

Asintió sin mucha convicción, no le gustaba hacer sentir mal a nadie y menos a su padre, al que notaba siempre ligeramente triste y estancado. Sus palabras sonaban llenas de rencor y no parecía una decisión tomada por su bien. Sin hablar, claro está, de su razonamiento de ideales antiguos. Le estaba dando a entender que se había tragado su masculinidad y había cargado con su hijo por el dinero, a pesar de que siguiese pensando que las madres eran quienes tenían que impartir la educación a los niños. Sin ir más lejos, había puesto a dos mujeres a cargo de su hijo.

Su madre no impartiría a Bruno ningún tipo de educación nueva, ya que estaría en aquel piso como si viviese solo, con la diferencia de que de vez en cuando se tropezaría con una extraña. Tendría que mentalizarse para no asustarse en esos casos.

Su padre aparcó el aparatoso coche con dificultad, por el tamaño y porque no estaba acostumbrado a maniobrar fuera del pueblo. Lo veía más serio que nunca, notaba su mente tan cargada de pensamientos que nublaban su vista de la realidad. No echaría muchísimo de menos a su padre, pero algo sí, tampoco se portaba mal con él, aunque apremiarlo por ello era exigirle muy poco.

Una vez bajaron, su padre se encargó de sacar costosamente sus pertenencias del maletero, debería haberlo ayudado, pero ni siquiera se dio cuenta. Su vista estaba fija en una estatua de piedra que presidía un parque tras ellos. Era un dragón, o por lo menos pretendía

serlo. Se enamoró al instante de la estatua sin saber por qué, ya que "majestuosidad" no era un buen calificativo para definirla. Los colores estaban apagados, muy apagados, con una vejez y un desgaste más que notable. Además, diversos grafitis aleatorios maquillaban su lomo sin sentido estético. Le encantaba el arte, todo tipo de arte, fuese en la faceta que fuese, el arte parecía ser lo único que encendía una ligera chispa dentro de su corazón. Sin embargo, aquella batalla entre la pintura y la escultura hacía que ambos artes se eclipsaran y perdieran el prestigio de poder ser considerados como tal. Borró de su mente aquellas manchas coloridas y desubicadas y se centró en el dragón hasta que su padre lo bajó de su nube:

—No estés triste, muchacho —malinterpretó la poca muestra de iniciativa de su hijo—, podrás volver al pueblo cuando quieras. Cuando necesites despejar tu mente de esta ciudad tan acelerada, llámame y vendré a por ti —Repitió lo que había dicho para sí y se arrepintió—. Bueno, mejor cógete un autobús que aquí hay mucho tráfico y es un lío. Ya eres mayor para viajar solo.

Asintió con un "vale" como lo hacía siempre, pero no creía que aquel viaje fuera a ser necesario hasta dentro de mucho tiempo. Aquello era justo lo que necesitaba, alejarse por fin del pueblo, refrescar su mente con novedades. Estaba harto de ver siempre lo mismo, la misma gente, las mismas caras con los mismos pensamientos y las mismas conversaciones. En ocasiones esa monotonía era cruel y buscaba sacar de sus casillas a las personas que no encajaban hasta que se preguntaban: "¿No es todo demasiado brutal por aquí?". Porque si algo eran en aquella pequeña localidad de Guadalajara, era brutos. Si el pueblo no había conseguido calentar su corazón en casi dieciocho años, no lo haría ahora que había logrado desarraigarse de él.

—Vamos, coge tus cosas que me tengo que ir —dijo dejando en la acera la última maleta y haciéndose el desinteresado para inhibir sus emociones—, he quedado en el bar.

Era jueves, los jueves no quedaba en el bar, a Bruno le dio un escalofrío al percibir ese detalle. Su padre estaba intentando zanjar esa conversación para no demostrarle su afecto. Lo quería. Levantó ligeramente los brazos y su hijo se agarró a él en segundos como un imán. Quizás no podía desarraigarse completamente del pueblo, quizás aquella porción que era su familia debía mantenerla consigo. Una mínima iniciativa de la otra persona le permitía a Bruno saber que era un momento adecuado para un abrazo, pero no sería él quien diera el primer paso nunca.

Con su cabeza posada en el hombro de su padre percibió el tufo de su sudor, tan corriente y campechano como el pueblo, tan poco novedoso, siempre el mismo. Quería oler algo dulce, quería oler el

perfume de la ciudad. Todo se paró para que Bruno pudiese disfrutar un ratito más de esa sensación paternal que fue una de las primeras novedades de su nueva etapa, porque no estaba acostumbrado a tenerla. Tan pronto como llegó el afecto de su padre también lo hizo la hora de su separación. Su aroma, fue su aroma lo que consiguió colarse por todo su organismo y arrancarle de cuajo una lágrima que cayó al suelo deslizándose primero lentamente por su mejilla. Fue una lágrima que con discreción no hizo mucho ruido, tan tímida como él. Su padre no pudo notarla, pero él sí y con eso bastaba, se enorgulleció de su nudo en la garganta y besó a su padre en la mejilla sin que él lo hiciese antes.

—Mucho ánimo, Bruno —le susurró vocalizando con dificultades para continuar sujetando con fuerza sus lágrimas—. Cuídate mucho, campeón. No me puedo creer que este renacuajo se vaya. Llámame pronto.

—Vale.

Rompió la magia del momento con su fría expresión predeterminada. No importaba, porque tenía su lágrima.

2. Tus monstruos

«Era muy pequeña y flacucha, los mayores me lo recordaban constantemente, pero podía con todo y nadie me alejaría de participar en la guerra. Llevaba ya un buen trecho de camino recorrido, aunque las aldeas que divisaba se parecían mucho a la mía y de vez en cuando me asustaba pensando que pudiera estar corriendo en círculos. Madre ya había notado mi falta, lo supe porque escuché a mi hermano el mediano llamándome a voces. "¡Uxía!" gritaba esperando que saliese de mi escondite. Jamás volvería, esperé entre los arbustos hasta que se fue y después corrí tan lejos que ya no podría alcanzarme».

Con el paso dado, la ciudad era toda para él. Había dejado marchar a la última porción del que pronto podría considerar su pasado. Todo lo que aconteciese a partir de aquel momento estaba en su mano, solo él podía hacer que su vida tomase el rumbo que quería. Estaba allí para triunfar, aunque no se había puesto como objetivo ningún ámbito concreto para llegar a aquel triunfo. Quería llegar a toda meta que se le pusiese por delante, porque consideraba que aún no había alcanzado ninguna y ya le tocaba.

Una de esas metas se encontraba en el ámbito amoroso. Creía ser ya muy mayor como para no haber probado lo que era el amor, pero no era tan mayor, cualquier octogenario se habría reído sin remordimiento ni discreción ante aquel joven de diecisiete años. No se le había pasado ningún arroz por mucho que lo pensase y se atormentase con ello.

No pudo dar ni cinco pasos antes de que su débil hombro se quejase del sobreesfuerzo que suponía llevar tantas bolsas a la vez. Sabía que su padre quería quitarse de encima aquella despedida cuanto antes, pero por lo menos lo podría haber acompañado hasta el piso ofreciéndole algo de ayuda con las maletas.

La situación dio pie a otro de sus extraños sentimientos sin explicación, cualquier mínimo detalle que pasase lo normal le hacía sentir ansiedad y vergüenza. A nadie le importaba lo que Bruno estuviese haciendo en medio de la calle cargado de maletas y bolsas de tela a rebosar. Aun así, no podía evitar sentirse observado. Sí, quizás alguien lo miraba, pero con ternura, porque estaba claro que aquel chaval llevaba todas aquellas maletas cargadas no solo de ropa sino también de sueños para dar todo de sí en la capital. Era la primera semana de septiembre, era costumbre ver cómo los novatos

estudiantes universitarios llegaban por esas fechas para mezclarse con el calor madrileño.

Unos adolescentes, más adolescentes que él, se rieron a pocos metros. Seguramente era tan solo cualquier broma estúpida entre ellos, pero allí estaba Bruno jadeando y sintiéndose aludido. Su condición física no era la mejor, nunca lo había sido y tampoco había hecho nada por remediarlo, puesto que ninguno de los deportes que le proponían le llamaba la atención. De pequeño estuvo apuntado a todo tipo de actividad extraescolar que supusiese levantarse del sofá, pero en cuanto tuvo poder de decisión lo dejaron tranquilo. Era bochornoso ir cada tarde a hacer el ridículo delante de sus iguales, aunque todos lo consideraran su amigo y se reían de él con la confianza de que no se ofendería. Bruno creía saber lo que pensaba cada uno en lo más profundo de su mente y que el resto tenía el mismo don para descubrir su silenciosa molestia.

Comía cada vez menos creyendo que la curvatura de su vientre desaparecería sola. Con los años se había dado por vencido y había aprendido a convivir con aquel bulto angustioso que era su estómago. Más bien evitaba mirarlo, si no podía ver el problema, tampoco existía. Las pocas veces que se atrevía a enfrentarse al espejo comenzaba a contar miles de complejos escaneando de arriba abajo su cuerpo, nada especial, como todo el mundo, pero no hablaba con nadie de ello y así pensaba ser el único que se odiaba.

Sudaba, tan solo había cruzado una calle y ya sudaba. En cuanto llegó al portal del edificio, lo tiró todo al sucio pavimento sin pensar siquiera en la posible fragilidad de alguna de sus pertenencias. El impacto resonó por el barrio y como acto reflejo miró a ambos lados para comprobar si alguien observaba lo que hacía. No había nadie.

Con la misma mirada se dio cuenta de algo que lo desconcertó, ¿era eso realmente la capital? Vio una frutería, una carnicería, una zapatería, una churrería y tan solo un pequeño supermercado, todo apodado con nombres cutres relevantes a sus respectivos dueños y carteles carcomidos por el paso del tiempo. ¿Dónde estaban las enormes tiendas de las que había oído hablar? Incluso el parque era normal, ¿qué esperaba? ¿Cómo creía que era un parque de la capital? No era el futuro, el viaje en coche había sido corto, estaba en el mismo país. Había visto pocas fotos de Madrid, pero las pocas que había visto le habían puesto los pelos de punta. Ninguno de los edificios que lo rodeaban en aquel momento superaba los seis pisos, era todo… Tan parecido a su pueblo, su pequeño pueblo manchego.

Sacó su móvil del bolsillo en medio de un ataque de pánico y abrió su aplicación de mapas para comprobar dónde se encontraba. Era imposible que eso fuese Madrid, se negaba a asumirlo. El aparato resolvió su duda con eficiencia. Sí, estaba en Madrid y ni siquiera en

las afueras, ya que con tan solo seis paradas de metro podía llegar al centro y eso eran diez simples minutos.

Respiró hondo y cambió el móvil por las llaves. Antes de entrar en el edificio, borró sus altas expectativas y apartó la pena y la decepción de su confusa mente. Dejaría que Madrid lo sorprendiese y no lo juzgaría antes de tiempo, porque no era posible que la portada de aquel libro fuese mejor que su contenido, no después de las excelentes reseñas de su tía. Aunque de eso hacía ya mucho tiempo.

Agarró entre quejidos de nuevo sus maletas y se encontró con la segunda sorpresa. El edificio no tenía ascensor, aquella arquitectura que resguardaba la supuesta mansión de su madre ni siquiera tenía un mísero ascensor. La casa de su abuela era de dos plantas, por lo que no estaba acostumbrado a utilizar aquellos aparatos, pero los veía necesarios a partir de las edificaciones de más de tres pisos.

Con un pesado suspiro volvió a dejar algunas de las bolsas en el suelo y trató de hacer varios viajes. Pasado un cuarto de hora Bruno tenía el pelo pegajoso y pegado a la frente por el sudor que se resbalaba por cada rincón de su cuerpo. Había llegado a subir y bajar hasta tres veces hasta el quinto piso, además de una cuarta vez que fue únicamente subida. Por fin estaba ante la puerta del ático de su madre con todo lo que lo había acompañado hasta allí.

Entró con gran curiosidad a inspeccionar su nuevo hogar. Lo primero con lo que se topó fue el salón. Era todo muy luminoso o quizás era la sensación que daban las paredes blancas, en las que echó en falta el tradicional *gotelé* de su casa. Todo lo que allí había era blanco excepto los cuadros, que daban un toque de color a aquel lugar tan puro. Dejó las maletas en la misma puerta y caminó a sus anchas por la estancia ojeando su decoración extrañamente moderna.

No tardó ni un minuto en verlo todo abriendo puerta por puerta cada habitación hasta llegar a la suya. Recordaba haber escuchado que su madre vivía en una mansión, aunque quizás tan solo habían sido habladurías de su abuela que injuriaba constantemente sobre la fortuna del pendón que había dejado solo y melancólico a su hijo. Sin embargo, lo más destacable de aquella caja de cerillas era una pequeña terraza preparada para desayunos al sol con una mesa muy baja y un abultado cojín.

Bruno arrastró todo lo que traía hasta su nueva habitación sin mucho aprecio. Cuando nadie lo veía su dejadez salía a relucir. La acogedora habitación que su madre o quizás una empleada del hogar le había preparado perdió el poco espacio que ya tenía con las cosas de Bruno por medio. Estaba muy cansado después del esfuerzo que le había supuesto llegar hasta allí arriba, así que no tenía ganas de vaciar las maletas y ordenarlo todo.

Se tiró en la cama con la excusa de comprobar su comodidad y sacó

su móvil para echar un vistazo a las redes sociales. Hacía tiempo que se había acostumbrado a no recibir ningún tipo de mensaje. Sin embargo, en aquel momento tenía más de un chat pendiente por leer: Juan Antonio, Rosa, Marta y su tía. Los cambios atraían a la gente, sobre todo los bruscos, puesto que esos mensajes no le habían llegado durante el verano cuando se encerró en su casa y dejó de mantener contacto social sin explicación alguna.

Tan solo leyó el de su tía, pero no pudo prestarle demasiada atención al contenido, ya que su afectada mente comenzó a maquinar una jugada maestra con la que borrar su anterior identidad.

Con dedos ágiles, cerró los mensajes y abrió los ajustes del teléfono. Deslizó, deslizó y deslizó hasta que encontró el botón que buscaba: *Restaurar ajustes de fábrica*.

Bruno creía ser un incomprendido, creía que nadie más era como él, que no pertenecía a ninguna calaña humana. Estaba a punto de sellar su adolescencia para entrar en la juventud, era un joven de la *generación Z* y como tal tenía su móvil directamente conectado a su corazón por medio de un cable invisible. Borrar los datos de su móvil suponía borrar su identidad, perdería las fotos, las canciones que solía escuchar, las cuentas de sus redes sociales y lo que más necesitaba perder: sus contactos. Eran simples decisiones digitales, pero que tenían una gran repercusión en el mundo físico. No le supondría un problema aislarse definitivamente de la vida del pueblo, por lo menos no a corto plazo.

No pudo darle, no se atrevió. Antes tenía que darles una última oportunidad a esos amigos a los que quería dejar de catalogar así. Abrió uno de los chats, el de Juan Antonio, quizás la única persona que podía hacerle cambiar su opinión sobre el pueblo. Era sin duda el que mejor lo había tratado siempre y por ello lo consideraba su mejor amigo, aunque suponía que no era una etiqueta mutua. ¿Quién querría ser su mejor amigo con lo aburrido que era?

Le había enviado un mensaje de audio, uno de los largos:

—Hola, Bruno. ¿Qué tal estás? Hace mucho que no te veo, ni yo ni ninguno del grupo, ¿ha pasado algo? ¿Te encuentras bien? Te echamos de menos, todos te echamos de menos —La voz, gran error volver a escuchar la voz, su oído se agudizó y el resto de sentidos se apagaron para no quitar protagonismo a esa voz—. Quería despedirme de ti por aquí porque sé que ya es tarde. Mi madre se ha encontrado con tu abuela en el mercadillo y le ha contado que estabas de camino a Madrid. No le ha dicho mucho más, pero supongo que estás allí para estudiar y sobre todo para quedarte. No sé, tío, creo que si sabías que te ibas a ir del pueblo podrías haber aprovechado mejor tu último verano y no haberte marginado así —Traviesas lágrimas brotaron de sus ojos sorprendiéndolo—. A todos nos gustaría que nos dieras una

explicación, si es que la hay, quizás esto sea solo un malentendido y hayas estado de viaje durante todo el verano, pero ya sabes que aquí en el pueblo nos enteramos de todo. Espero que podamos hablar pronto, que te vaya bien en Madrid.

Siguió llorando mientras sus dedos tamborileaban por la pantalla de su móvil dirigiéndose de nuevo a los ajustes para terminar la acción que había dejado a medias. Con un mareo inaguantable disparó a sus monstruos acariciando el botón y al instante se le escapó un grito. Un grito fuerte, un grito de los que no se podía permitir con su tía siempre en casa, un grito liberador. El viejo Bruno y todo el entorno que lo rodeaba se escaparon por su boca y se dispersaron huyendo por la ventana.

Fue al espejo del baño a contemplar con orgullo sus lágrimas y se las secó bruscamente con el antebrazo. El nuevo Bruno lloraba, una acción bloqueada antaño. Aunque tenía que mantener la compostura. En cualquier momento llegaría por la puerta su madre y no quería reencontrarse con ella así.

3. Lady Madrid

«Cansada de correr, no tuve más remedio que entrar en una taberna y dejarme ver. Mendigué algo de comer, porque todavía no había comenzado mis servicios y no me pagaban. Cristofer me sorprendió mientras me comía el caldo frío que el tabernero me había servido. Al parecer él también iba a alistarse para luchar, pero seguro que a él lo acogían sin rechistar por su fuerza y altura. Era una de las personas que se reía de mí en la aldea, aunque estaba tan solo que no tuvo más remedio que ser amable conmigo».

Había olvidado bajar la persiana antes de quedarse dormido entre lágrimas y los rayos del sol lo despertaron sin compasión alguna.

Bruno había estado toda la tarde sacando su ropa de las maletas y colocándola en los armarios de su nueva habitación. No se dejó nada por hacer y eso agotó su energía. Pasar aquel monótono verano sin hacer nada encerrado en su cuarto había hecho que el más mínimo esfuerzo lo destrozase. Tampoco se iba a quejar, le gustaba tener por fin cosas que hacer. Tenía una ciudad peligrosamente grande por descubrir y la pereza no conseguiría detenerlo. Cenó las sobras de los macarrones que había preparado su abuela hacía unos días. Le había metido el *tupper* en la maleta a traición porque no se fiaba de que su madre le fuese a hacer de comer. Era cierto que no estaría a su disposición, pero eso no era un problema porque ya era mayor como para cocinar su propia comida.

Se quedó unos minutos en la cama y no tardó en darse cuenta de que ya no estaba solo en el piso. Escuchó algunos pasos que venían del salón y sus pulsaciones se aceleraron sin motivo. Tenía que asumir que ahora vivía con su madre, no podía tener vergüenza de cruzarse con ella, aunque fuese como una desconocida para él. Fue levantándose poco a poco con sigilo, pero la madre escuchó el leve crujido del muelle de la cama y fue directa a saludarlo.

Apareció por la puerta con una sonrisa que Bruno pudo distinguir incluso sin gafas, aunque se las puso para verla mejor. Su belleza se ensalzó con la luz del sol, que pese a que le daba directamente en la cara no conseguía estropear su rostro. Llevaba unos dos años sin verla, ya que conforme iba ascendiendo en su puesto de trabajo borraba la idea de pasar parte de sus vacaciones con su hijo. Le parecía suficiente con la pensión.

El tiempo no conseguía estropear a Ángela, su madre, cuyos años no hacían más que rejuvenecerla. Su rostro era terso a excepción de

alguna arruga que no hacía más que darle interés y experiencia. Era tan esbelta que nadie podría haber imaginado que había parido a Bruno. Tampoco encajaba su larga cabellera rubia con el corte simple y castaño de él, aunque ambos compartían los ojos marrones grandes y expresivos. También lucían un tono ligeramente tostado similar en la piel, el de Bruno por herencia del padre y el de Ángela por sus recurrentes visitas al solárium.

—¡Pero cómo has podido crecer tanto! —lo despertó por completo con su elevado tono de voz— ¡Buenos días, Bruno! Espero que hayas dormido bien y que no te haya molestado que ayer no estuviese aquí para recibirte.

Se adentró en la habitación sin pudor alguno y envolvió a su hijo con los brazos. Bruno aceptó su cariño sorprendido. No recordaba a su madre tan alegre, por un momento apartó el rencor que había acumulado en su contra.

—Buenos días, mamá.

—A modo de disculpas nos vamos a ir tú y yo a desayunar a donde quieras para que nos pongamos un poco al día. Madrid es grande y hay cafeterías por todos lados, pero seguro que hay alguna que te llame más la atención —hablaba muy rápido y se dispersaba constantemente—. Podríamos ir al centro… Sí, es una opción maravillosa con el buen día que hace, aunque no sé si tienes la tarjeta para el transporte público —Pese a que Bruno asintió de manera discreta, su madre percibía cada detalle—. ¡Pues claro que la tienes! Ya me encargué yo de que tu padre te trajese con todo lo necesario. ¡Aquí vas a pasar los mejores años de tu vida! ¡Ay, que me voy del tema! ¿Sabes ya dónde quieres ir?

Quizás durante su confinamiento veraniego podría haber realizado un estudio a fondo sobre los lugares que quería visitar de la capital, pero había estado tan deprimido que no tuvo ánimos ni para esperanzarse con el futuro. Hizo memoria y solo le quedó una opción:

—No sé, ¿qué tal la churrería de aquí abajo?

La expresión de su madre cambió por completo, como si cada palabra de Bruno absorbiese aquel optimismo enérgico matutino.

—Esperaba que dijeses una terracita en el centro o algo para que nos diese el sol… —lo pensó dos veces y recuperó el ánimo— ¡Pero no pasa nada! Di que sí, cariño, hay que fomentar los comercios locales. Más de una vez he llegado cansada de la oficina y me he traído un buen chocolate con churros de allí. No me escondo, no hay que ser clasista.

Ambos se vistieron y en menos de cinco minutos estaban haciendo cola en la churrería con la cara lavada. Más de una familia del barrio había tenido la misma idea que ellos, era viernes y los adultos trabajaban. Sin embargo, se acercaba el final del verano y los padres

querían disfrutar del poco tiempo que les quedaba con sus hijos en casa.

Bruno se fijó en que no había en el local ninguna mesa donde sentarse. Menos mal, porque el ambiente del lugar estaba cargado de aceite y grasa, no solo el ambiente, sino también las paredes amarillentas. Su madre mantuvo la compostura hasta ser atendida, era una mujer camaleónica. El dinero no la alejaba de comercios humildes como aquel, aunque, claro está, tenía sus preferencias.

La mujer se había arreglado demasiado como para bajar a por un desayuno que acabarían disfrutando bajo el techo del piso. Ese no era problema para ella, su elegancia la acompañaba incluso a comprar el pan. Llevaba un vaquero de pitillo bien ajustado y una blusa descotada que estilizaba su figura. Aquel era para ella un atuendo informal y por eso mismo se había recogido la melena rubia en una coleta baja que alargaba la longitud del cabello a la vista. A modo de diadema llevaba unas gafas de sol suficientemente estrafalarias como para no pasar desapercibida fuese a donde fuese.

Pronto descubrió Bruno que su poca imaginación a la hora de elegir el destino no detuvo a Ángela, que por nada en el mundo perdería la posibilidad de disfrutar de una velada idílica con su hijo.

—Saca tu tarjeta de transporte que nos vamos al Retiro —le mandó saliendo de la churrería en dirección a la parada del autobús cargando sola con una enorme bolsa de churros.

—No he traído la tarjeta.

Poniendo los ojos en blanco, Ángela le encasquetó a su hijo los churros y el chocolate para tener las manos libres y poder hacer uso de su móvil.

—Esta es la primera regla para vivir en Madrid: no salgas nunca de casa sin la tarjeta. Siempre se necesita el metro o el autobús, da igual a dónde vayas —Bruno tomó nota para el futuro e hizo equilibrismos para sacar sus llaves sin que se le cayese la bolsa—. No, ya no da tiempo, se nos enfriarán los churros. Acabo de pedir un c*abify*, pero no te acostumbres.

En lo que Bruno tardó en sonrojarse por la enseñanza de su madre, un majestuoso y brillante coche negro digno de un ministro se paró frente a ellos esperando que subieran.

Si el viaje a Madrid ya le pareció corto, aquello fue un simple acelerón. En menos de cinco minutos el hombre trajeado con gafas de sol que conducía el vehículo los dejó en una de las puertas de entrada al Parque del Retiro.

Fue desde ese lugar desde donde la capital cogió algo de color y Bruno comenzó su encandilamiento. Aquel vergel digno de los dioses no tenía nada que ver con el barrio en el que vivía su madre, era como si el jardín de los mismísimos reyes estuviese abierto al público y su

entrada fuese gratuita. Sus puertas enrejadas eran grandes de más, como si tuviesen que pasar carruajes de caballos para transportar a la nobleza. Los árboles allí parecían más verdes y sanos que en cualquier otro lugar y de la misma manera transmitían su viveza a quienes los contemplaban.

La madre no lo dejó quedarse embobado con las vistas mucho más tiempo, puesto que siguió hacia delante sin mirar atrás. Cuando se quiso dar cuenta de la distancia a la que se encontraba su hijo, retrocedió para darle otra lección:

—Ahí va la segunda regla: la vida madrileña es muy acelerada, si te paras, te pisan. Tienes que adaptarte a la velocidad incluso para dar un paseo —Bruno contestó con una sonrisa.

Era tan solo el primer día que pasaba en la ciudad, sus primeras horas en la calle y ya estaba encariñándose y fascinándose. No era solo la ciudad la que lo emocionaba, sino también la actitud de su madre. Iba despreocupada, pero con energía, enseñando a su hijo todo lo necesario para sobrevivir a la ciudad. Germinó de pronto un afecto por su madre que jamás habría esperado sentir. Era una madrileña en toda regla y verla así de alegre le hizo arrepentirse de no haber querido pasar tiempo con ella antes. Toda la culpa era de Ángela, eso estaba claro, aunque tampoco él había tomado nunca esa relación como una tarea pendiente.

Llegaron al lago que presidía El Retiro, donde ya de buena mañana decenas de personas disfrutaban dando paseos en barcas de colores. La gente reía, chapoteaba y disfrutaba del aire puro que allí se respiraba. Parecía que a las malas vibraciones no se les tuviese permitido el paso al parque.

Ángela abrió su bolso, que Bruno sospechó que sería de marca buena, y sacó un enorme mantel de picnic con un estampado de cuadros rojos y blancos, igual a los típicos que se veían en las películas.

—¿De verdad llevabas eso en el bolso? —preguntó Bruno risueño soltándose un poco más.

—Pues claro, no llevo el bolso de decoración como si fuera un perchero —rieron juntos—. Venga, siéntate que se nos van a enfriar los churros.

Extendió el mantel en el césped bajo la sombra de un árbol con tal precisión que no quedó ni una arruga, como si esa mujer no pudiese hacer nada mal. Con todo listo, ambos tomaron asiento y disfrutaron del buen tiempo mientras comían.

Ángela no impregnaba demasiado el churro con el chocolate por la finura que la caracterizaba. En cambio, Bruno tan solo la imitaba para que no le goteara ensuciando el pulcro mantel.

—Hablemos un poco de tu vida. Dime qué vas a estudiar, si tienes

amiguitos por aquí, todo eso —Paró de comer para poder hablar y evitar así la vulgaridad de tener la boca llena—. Te veo muy cortado, pero ya se te pasará, además que tú siempre has sido muy tímido y no pasa nada.

—Bueno, pues voy a estudiar Lengua y Literatura Española, siempre me han gustado las letras, escribir y eso… —Quería elevar el tono de voz y tragarse la vergüenza, porque esa personalidad formaba parte del pasado—. No conozco a nadie, pero ya conoceré, aún es pronto.

—Pues claro que sí.

Así fueron cogiendo confianza madre e hijo y hablaron de toda clase de temas poniéndose al día en sus vidas y recuperando el tiempo perdido. Se turnaban las confesiones y se reían a carcajadas como si fuesen amigos. El aire juvenil de Ángela conseguía sacarle a Bruno las sonrisas que por tanto tiempo había escondido.

—Mi abuela siempre me ha dicho que vivías en una mansión. Me ha sorprendido mucho ver que…

—Sí, puedes decirlo, mi piso es tan pequeño como una casa de muñecas —Bruno no quería herir ningún orgullo, pero ella ya sabía mejor que nadie dónde vivía—. Simplemente fíjate en mí, la vida me va bien, estoy sola y no necesito a penas espacio. Cuanto más hay, más hay que limpiar y a mí no me gusta nada limpiar. ¿Tengo dinero para un dúplex en la Castellana? Puede ser. ¿Una empresa de limpieza podría encargarse de él? También, pero para qué. No tengo que demostrarle nada a nadie y yo así vivo bien —su madre no dejaba ningún cabo suelto a la hora de explicarse y eso lo hipnotizaba—. En cuanto a tu abuela… Llamémoslo envidia, yo qué sé, no me importa, ya no es mi familia.

—Ya, pero te dejaste en su casa un trocito de familia —le confesó Bruno apoyado en su hombro.

La reconciliación parecía estar asomándose en tan solo una mañana y una bolsa de churros grasientos. Bruno creyó que quizás ese cariño maternal habría solucionado muchos problemas de su vida. No comprendía por qué no había reclamado parte de su custodia, no parecía que le costase expresarle su estima, era un talento natural.

—Sí… Puede ser que sí —Ahí descubrió Bruno el primer defecto de su madre, la evasión de los temas delicados—. Hablando del tamaño de mi piso, no sé si tienes novia o novio, pero el piso es pequeño y no me puedes traer mucha gente, hazme el favor.

Consiguió que Bruno olvidase el momento intenso al escucharla mencionando con tanta naturalidad algo que jamás le habían explicado en el pueblo, aunque lo entendía, porque Internet había sido su maestro desde que entró en la adolescencia. Ese fue el punto de inflexión que le hizo confiar por completo en ella y olvidar la dejadez que había mostrado como madre. Aunque ahora se asemejaba más una

amiga que a la persona que le había dado la vida.

4. Adrenalina

«A los pocos días Cristofer me dejó sola de nuevo excusándose con mi inútil tamaño. Esperaba que se arrepintiera, pero no volví a verlo esperándome en la siguiente taberna. Vi al ejército del rey a lo lejos y me he imaginado con ellos, pero sabía que ellos no se imaginarían conmigo porque nadie me tomaba enserio allá donde iba. Con el machete de mi padre sacrifiqué mi melena y sin quererlo me corté el hombro en el proceso, pero no pasaba nada, sería mi primera herida de guerra».

En cuanto volvieron al piso, Ángela desactivó el silencio de su móvil y fue como si reanimara a un muerto, las llamadas del trabajo no tardaron ni un minuto en llegar. Cada vez que zanjaba una conversación se adentraba en otra bajo la atenta mirada de su hijo, al que eludía como si todavía viviese sola.

Cuando a Bruno ya le parecía que volvería a ser el centro de atención de su madre, la mujer se encerró en su habitación y al cuarto de hora salió con un atuendo más formal que el que había utilizado para desayunar con él. Se soltó el pelo, se maquilló un poco y cogió su maletín negro para salir por la puerta:

—Te he dejado algo de dinero en el escritorio de tu habitación, ve y date una vuelta —lo alentó apurada—. No sé cuándo volveré, es lo malo de tener a gente a tu cargo. Nos vemos luego, que te vaya bien, cariño.

Fue a darle un beso en la mejilla y antes de que Bruno pusiese la otra mejilla para recibir el tradicional segundo beso español, su madre ya había salido por la puerta.

No podía negar que su marcha tan repentina lo había desilusionado. Su ilusa mente pensó que pasaría todo el día junto a ella viendo películas, comiendo palomitas y riendo sin parar, pero aquello solo fue una extensión imaginaria que Bruno había hecho del picnic. Aunque todavía no había perdido toda esperanza, le había dicho que no sabía cuándo volvería y quizás era más pronto que tarde. La esperaría allí y le daría una sorpresa con una selección de sus películas favoritas, así le demostraría su recién florecido amor filial.

Pasaron las horas y su madre no aparecía por casa, cosa que debería haber deducido. Eran las cuatro y ni siquiera había comido. Fue a echar un vistazo a lo que había en la nevera para ver si se podía apañar con algo y comenzar a poner en práctica sus habilidades culinarias todavía por descubrir. Sobre todo encontró quinoa y

aguacates por madurar junto a cartones de todo tipo de leches artificiales. Parecía la nevera de una *influencer* treintañera, pero para qué iba a tener más cosas su madre si estando tanto tiempo fuera de casa se le habría echado todo a perder. Tendría que ser él quien hiciese la compra de vez en cuando. Ese día ya se le había hecho muy tarde como para pararse a comprar y su estómago había consumido ya la energía de los churros.

Fue a por el dinero que su madre le había dejado en la habitación y su corazón le dio un vuelco cuando lo contó. Encima de la mesa había esparcidos cuatrocientos euros en billetes de veinte, que tuvo que contar varias veces hasta que pudo creérselo. No podía derrocharlo, no sabía cuándo sería la próxima vez que su madre le ofrecería dinero o si quizás era una especie de paga mensual.

Llamó a la primera pizzería que encontró en el buscador de su móvil y gastó los primeros diez euros de su pequeña fortuna. Comió su pizza barbacoa viendo en la kilométrica televisión del salón la primera de la lista de películas que había preparado incrédulo para ver con su madre. En un principio se arrepintió de no haber comido en la mesa de la cocina, ya que el sofá de piel era blanco, como todo lo que había en esa casa. Así que con exagerada precaución logró no dejar ni una miga.

Ángela regresó entre bostezos a las doce de la noche, encontrándose a Bruno dormido en el sofá ante el televisor encendido y con todas las luces apagadas. Con cuidado de no despertarlo, apagó la deslumbrante pantalla, lo tapó con una manta y le dio un beso que no percibió.

Al día siguiente Bruno despertó desubicado al no encontrarse en su habitación, no demasiado, ya que todavía no le había dado tiempo a hacerla suya. Miró la hora en el móvil y se sorprendió al comprobar que eran ya las once, aquella hora era excesiva para lo que estaba acostumbrado.

En el piso pululaba un silencio sepulcral, por lo que Bruno supuso que su madre se había vuelto a marchar, si es que había llegado a volver.

Desde que se lavó la cara, tuvo claro que no se repetiría la decepción del día anterior. Desayunó unas tostadas acompañadas de uno de los aguacates de la nevera y se dio su primera ducha en el piso, con gusto, al descubrir que allí llegaba enseguida el agua caliente. Se vistió con lo primero que pilló y antes de salir de casa, porque todavía era muy pronto, barrió un poco para hacer algo de provecho en ese piso que ahora era tan de su madre como suyo.

Se adentró en las calles de Madrid dejándose los miedos en la maleta, que estaba bien cerrada con candado. No podía esperar a que su madre lo acompañara a cada lugar que quisiese visitar, había llegado allí solo y tendría que encontrar su camino igual de solo. No

tenía nada que perder, con la cartera llena de billetes y su tarjeta de transporte color rojo chillón le era suficiente para hacer cuanto quisiese allí en la capital.

Nunca antes se había montado en el metro y le bastó con leer un par de carteles para saber cuál debía tomar para llegar al centro. Temía perderse y tuvo el impulso de preguntar a cualquiera de los viajeros que subían y bajaban de la boca del metro, aunque todavía no había erradicado de su ser la timidez y se tuvo que fiar de su propia capacidad de comprensión. Tuvo suerte de que en la parada de su barrio solo hubiese una línea, por lo que la única dificultad era saber si tenía que subirse al de ida o el de vuelta.

Parecía ser el único nuevo por allí, puesto que, como su madre le había explicado, allí la gente caminaba muy rápido y apenas se detenía hasta llegar a su destino. Por eso mismo no quiso molestar a nadie ralentizando sus zancadas y antes de tratar de cruzar el molinete que bloqueaba el paso a quienes no llevaban consigo el pasaporte madrileño, se paró a estudiar cómo había que colocar la tarjeta en el sensor para que no pitase. Cuando fue su turno el molinete se desbloqueó sin ningún problema. No le dio tiempo a enorgullecerse de su acto porque un joven algo mayor que él lo empujó y cruzó junto a él sin pagar por el viaje.

—¡Lo siento, novato! —se disculpó sonriente mientras se alejaba de él a paso rápido.

A Bruno, lejos de molestarle, le fascinó la manera en la que había burlado el sistema. No había hecho daño a nadie, simplemente pasó y su vida continuó sin remordimientos.

Se montó en el vagón dirección *Cuatro Caminos* luchando por conseguir un asiento cómodo que amenizara su viaje. Se fijó en que la mayoría se quedaba de pie aun habiendo asientos libres, así que él no pudo hacer otra cosa que imitarlos. Se sujetó con fuerza a una barra horizontal que colgaba del techo a la que pocos llegaban y apoyó un hombro en la puerta para ganar en equilibrio. El olor no era mejor que el del campo, pero eso no bastó para cegarlo del encanto del suburbano. Estuvo gran parte de la travesía cotilleando y observando al resto de viajeros y cada cosa que veía lo sorprendía más. Le apasionaba la gente, cada una de las personas que veía tenía sus diferencias que lo hacían único y eso en el pueblo no le pasaba, aunque realmente no hubiese nadie igual en apariencia. Todos estaban apelotonados luchando por apropiarse de su porción de aire correspondiente y cada uno iba a lo suyo sin meterse en los asuntos del resto, unos leían, otros escuchaban música, otros ojeaban el móvil y los más atrevidos se dormían.

Aquello no había hecho más que empezar y todavía no había visto la verdadera capacidad humana de la ciudad. Se dejó llevar por las

escaleras mecánicas hasta el exterior y una vez en la superficie se le puso la piel de gallina al vislumbrar a la multitud contenida en la Puerta del Sol. Diversas edificaciones e importantes tiendas de renombre envolvían la gigantesca plaza con forma de medialuna. En uno de los extremos reposaba la conocida estatua del Oso y el Madroño tan característica de la ciudad, que brillaba por los flashes de los turistas que la acosaban.

Aceleró sus pasos y adaptó su ritmo al de la muchedumbre, esquivando a los diferentes señores disfrazados de conocidos personajes de dibujos animados que inflaban globos para animar a los niños a comprarlos.

No sabía bien a dónde quería ir, lo tenía todo por ver, así que fluyó siguiendo al resto. Todos allí reían a carcajadas y eran felices con su peculiar sentido de la moda y sus peinados de colores inimaginables. Bruno los envidió y se imaginó dando vueltas en círculos por aquella inmensa plaza contando anécdotas con sus amigos. Aunque para eso tenía que encontrar y seleccionar a esos amigos y así poder crear con ellos los momentos que generarían las anécdotas.

Sin quererlo había llegado a la Gran Vía, una calle larguísima con una amplia carretera central donde la luz del sol no era quién para mandar apagar las luces de neón de los gigantescos carteles de las tiendas de ropa más famosas de España. El corazón se le salía del pecho recordando la tienda de la madre de Juan Antonio, donde su abuela siempre le había comprado la ropa. Era tal la diferencia que ni siquiera parecía que tuviesen la misma función. Eran tantas las tiendas y tan asombrosamente grandes que cualquiera habría dicho que les sobraba espacio y les faltaba clientela, pero ni mucho menos. Madrid tenía gente suficiente para rellenar cada hueco y aquellos palacios comerciales no derrochaban espacio, sino que tenían el justo y necesario.

Adrenalina, todo fue adrenalina desde que vio de lejos el comienzo de la calle hasta que llegó al final. Quiso dar una vuelta más, apretujarse con la gente, sentirse ahogado con su calor. Ahogado sin agobios, ahogado de adrenalina. Todo era frenético y cómo no iba a ser frenético con todo lo que había por ver.

Cuando terminó de embobarse con la grandilocuencia de los rascacielos, fue entrando a todas y cada una de las tiendas. Tuvo suerte de contar con la generosidad de su madre, porque aquellos lujos no le saldrían baratos. No salió por la puerta de ninguna de las tiendas sin haberse gastado al menos veinte euros. Le costó una tarde entera encontrar la imagen del nuevo Bruno entre los montones de ropa. Nunca se había interesado por la moda, porque no veía que nada quedase bien puesto en él. Envidiaba a los modelos, sabía apreciar su belleza y la divinidad que les proporcionaban los modernos ropajes

ceñidos en sus cuerpos, pero prefería no mirarlos muchos porque sus pensamientos siempre acababan dirigiéndose al mismo lugar, el profundo pozo de odio que sentía hacia sí mismo.

Se miraba en los espejos de los probadores y no se creía que tuviese consigo la seguridad suficiente para llevarse esa ropa. No se gustaba y tampoco se quería, eso no cambiaría a corto plazo. De hecho, daba la espalda a su imagen a la hora de quitarse la camiseta para cambiarse. Aunque por primera vez se le escapó una sonrisa al verse reflejado con aquellas prendas que le daban algo de frescura a su retrato. Se ahuecaba un poco el pelo y trataba de moldear miradas seductoras hasta que acababa por avergonzarse. Todavía faltaba algo, se quitó las gafas delante de uno de los espejos, pese a que no podría apreciar si le gustaba el resultado, porque la miopía le emborronaba absolutamente todo su campo visual y si se acercaba no podría juzgar la apariencia de su cara en conjunto con el cuerpo.

Tomó la decisión sin pararse a reflexionar, todo por la adrenalina que tenía acumulada y que debía expulsar de algún modo. Dejó las calles principales de la ciudad para rebuscar entre las callejuelas la óptica más cercana. Cuando la encontró ofreció sus datos sin dar pie a un nuevo examen de visión y enseguida salió del establecimiento con las gafas en el bolsillo, viendo con claridad gracias a sus nuevas lentillas.

Nada más cruzar la calle, se topó con una peluquería cuyos focos blancos lo llamaron a entrar con una voz imaginaria. Respiró hondo y continuó liberando su adrenalina invirtiéndola en la nueva imagen que se estaba labrando. Su pelo triste, que ni siquiera peinaba por desgana, con el flequillo aplastado y pegado a la frente fue desapareciendo poco a poco con cada tijeretazo. Dejó la elección del estilo en manos de la peluquera, una joven novata que no paró de hablar hasta que Bruno no pareció otra persona completamente distinta de la que había entrado. Degradó los laterales y dejó su flequillo largo, dándole la vida que antes no tenía gracias a la cera. Partió su cabellera en dos segmentos iguales y dejó que cada extremo del flequillo cayera a los lados dejando visible su siempre oculta frente. Dio las gracias y salió conmocionado, cargado con todas las bolsas con la ropa que acompañarían su completamente renovado rostro.

Iba ya directo a coger el metro para volver a casa cuando un local oscuro y tenebroso se interpuso en su camino. Bruno notó una última y pequeña dosis de adrenalina revoloteando en su interior y no le quedó más remedio que concederle el gusto. También gastó el único dinero que le quedaba, pero merecería la pena, puesto que era lo que faltaba para completar el retrato.

Entró y el muchacho del mostrador lo saludó con ímpetu. En

cambio, la joven con el pelo de un color rojo eléctrico y artificial y la ropa ancha que estaba allí sentada en un sofá de cuero rojo lleno de parches continuó ojeando su móvil. Bruno explicó lo que quería sacándose las gafas del bolsillo y la chica fue avisada por el que parecía su novio para que se acercase a ayudarle a realizar un boceto del objeto.

Antes de nada, le preguntaron si era mayor de edad, ya que si no tendría que llevar una autorización firmada por sus padres. Mintió para acelerar el proceso, porque sabía que a sus padres no les importaba lo más mínimo lo que hiciese.

Acabó siendo la chica, que supo que se llamaba Bianca, la que ideó todo el dibujo. Simplemente reflejó las gafas y su montura básica cuadrada con uno de los cristales rotos. El detalle del cristal no lo había pedido Bruno, pero el diseño le fascinó y no puso ninguna objeción.

Después de un par de procesos y pruebas, el tatuador comenzó a clavar la aguja de tinta imitando los trazos que Bianca había garabateado antes, esta vez en el pecho de Bruno. No le dio tiempo a tener miedo, porque su mente estaba centrada en la vergüenza que le daba estar allí tumbado en una camilla delante de dos personas con el torso al aire. Un torso blando lleno de pliegues que no sentía como suyos.

Le dolió tanto como nunca había sentido dolor, un dolor especial, un dolor de ruptura completa con el Bruno del pueblo. Todavía no había terminado. Cada paso que daba le parecía el último, pero no, siempre quedaba algo más.

Ya había roto el contacto con sus relaciones tóxicas pasadas, a pesar de que también tenía una relación tóxica consigo mismo y la reflejaría para siempre en su pecho con orgullo, porque estaba consiguiendo romper con ella. Podría haber esperado a completar ese proceso para tatuarse, pero así se recordaría que tenía que luchar.

En esta ocasión no gritó, por respeto a los presentes. Aunque se moría de ganas por soltar por su garganta toda la adrenalina, para quedarse vacío de ella y poder descansar tranquilo.

5. Si te vuelvo a ver

«Mientras caminaba escondida entre los matorrales, porque aún no estaba preparada para defenderme de un asalto, divisé a lo lejos a un hombre alto y apuesto de cabellos rubios. Estaba entrenándose con la espada y me permití el lujo de pedirle su protección. No llegó a rechazarme, dijo que ya nos veríamos y enseguida se marchó».

Antes de salir de casa se untó en el pecho la crema hidratante que había comprado en la farmacia al salir del estudio el sábado. Iba con prisas y no tuvo tiempo de enjuagarse el permanente dibujo con agua tibia y algo de jabón, pero se tendría que conformar con la crema por muy hipocondriaco que fuese, porque si no llegaría tarde a su primer día de universidad.

Ni siquiera extendió bien el pegote de crema y la camiseta se le quedó pegada a la piel con una sensación extraña. Las lentillas le habían robado el poco tiempo que tenía. Mientras que en la óptica con las indicaciones de la muchacha le pareció bastante sencillo, él solo en su casa estaba aterrado por llegar a tocarse el ojo. El problema era que la lente no era magnética y no iba a colocarse por fuerza divina en su globo ocular.

En el instituto solía usar una mochila roja normal y corriente que había aguantado, aunque estaba en las últimas, desde segundo de la ESO. Para la ocasión su abuela le había regalado una bandolera negra y espaciosa donde cabía perfectamente el portátil que se había comprado hacía unos meses con el dinero de su madre. Con ella puesta aparentaba una madurez que no tenía y así él también se sentía más seguro.

Corrió desde el portal hasta la parada de autobús con la incertidumbre de no saber bien si llegaría a tiempo. No le quedaba nada del dinero del sobre de su madre, así que no cabía la posibilidad de llamar a un taxi o utilizar una de esas aplicaciones modernas de transporte.

Vio al autobús en la parada a lo lejos y si la gente no hubiese estado haciendo cola esperando para entrar, se habría ido sin él. Con el sudor resbalándole a chorretones por la cara, un escozor tremendo en los ojos y un picor incómodo en el pecho, Bruno pasó su tarjeta de transporte y se sentó como pudo en el primer lugar libre que encontró. Ahí también había gente que decidía quedarse de pie aun habiendo huecos libres, aunque eran menos que en el metro. Además, en aquel momento a Bruno no le hubiese importado sentarse encima de un

anciano o una embarazada, porque iba hecho un esperpento con aquellos ojos rojos y la incomodidad que no podía esconder. Necesitaba relajarse lo que durase el trayecto antes de llegar a la universidad.

El corazón se le salía del pecho y trató de forzar una pautada respiración pausada para calmarse. Sin embargo, la calma no tardó en disiparse cuando se fijó en quién era su acompañante. A su lado estaba la chica pelirroja pseudo gótica que había diseñado la cicatriz que le palpitaba bajo la camiseta. La miró de reojo y notó que ella hacía lo mismo:

—Amigos no somos, pero un "hola" no te cuesta nada —dijo ya mirándolo fijamente.

Bruno tragó saliva y el vello se le erizó al darse por aludido.

—Perdón, te juro que no me había dado cuenta de que eras tú —se disculpó sonrojándose.

—Pues vaya, no me he puesto estos aros tan grandes, ni me he pintado esta raya tan larga en el ojo para pasar desapercibida precisamente —su tono irónico era cómico, sin llegar a parecer borde—. Por cierto, soy Bianca.

Rio su comentario y se relajó al comprobar que era una chica mucho más maja de lo que aparentaba. Era verdad que sus aros eran grandes, demasiado, cualquiera podría haber metido el brazo por ese ancho diámetro y todavía le habría sobrado espacio. La raya era lo único que maquillaba su rostro o por lo menos a simple vista. Su pelo, esta vez recogido en dos trenzas de raíz, continuaba llamando la atención tanto como en el estudio. No podía creerse que no se hubiese percatado de su presencia nada más pisar el autobús.

—Sí, recuerdo tu nombre. Yo soy Bruno y tranquila porque tus complementos cumplen su función. Es culpa mía que soy muy despistado —le dijo sin mirarla directamente a la cara y tras un breve silencio reanimó la conversación—. ¿Dónde vas?

—¿Dónde voy a ir un lunes a las siete de la mañana? Pues a la universidad, como tú y como la mayoría de jóvenes amargados de este autobús.

Bruno asintió y se culpó interiormente de aquella pregunta tan estúpida, aunque no había caído antes en la obviedad de su respuesta. Aunque claro, nadie habría adivinado el destino de aquella joven y su alocado estilismo.

—Supongo que no será tu primer año… El mío sí lo es, no conozco a mucha gente y tal —La actitud tímida de Bruno interesó a Bianca—. Voy a estudiar Lengua y Literatura Española, ¿qué estudias tú?

—Vaya, parece que tan despistado no eres —elogió su acierto—. Estoy en mi cuarto año de carrera, aunque la mayoría de las asignaturas que curso son de primero, así que voy un poco como tú.

Estoy en Derecho. No preguntes por qué, lo eligieron mis padres.

—No pareces una futura abogada.

—Si hubiese que parecerse a algo por estudiar una carrera determinada tú llevarías gafas de culo de vaso y un flequillo horrible pegado a la frente.

Por un momento Bruno sintió que Bianca lo había conocido antes, no era necesario que fuese mucho tiempo atrás, su cambio había comenzado hacía apenas unos días. Ella no tardó en darse cuenta de que su comentario había hecho reflexionar a su compañero de asiento y recordó enseguida el dibujo de las gafas rotas. Aquellas líneas tenían un significado, un significado real que ella misma le había otorgado al diseño sin siquiera quererlo.

Ambos se enmudecieron con incomodidad un rato, pero cuando estaban a punto de llegar Bruno retomó la conversación:

—Me has descrito con mucha precisión o por lo menos a mi yo de hace unos días…

—Tampoco está mal ser así y total ahora es parte de tu pasado —su voz dejó de sonar tan alocada y se sensibilizó por un instante que duró muy poco—. Encima, tienes un tatuaje chulísimo que te va a recordar siempre que le has pegado una buena patada a esas gafas. ¡A ver cómo te ha quedado!

Con excesiva confianza Bianca se abalanzó sobre Bruno y le levantó la camiseta dejándole el pecho descubierto. Aunque a él su pecho y su tatuaje no le importaban, lo que realmente le incomodó fue sentirse desprotegido con la barriga al aire. Al mismo tiempo, el autobús llegó a su parada y Bruno pegó un manotazo ligero a la mano de Bianca excusándose con la necesidad de bajar.

—Como ves está en el mismo sitio en el que tu amigo lo dejó —dijo abochornado mientras se desenrollaba la camiseta—, ¿bajamos?

—¡Pues ha quedado genial! —Ambos se levantaron para bajar juntos del autobús— Ojalá Manu fuese tan bueno en las relaciones como lo es tatuando.

—Pensaba que era tu novio —comentó ya en tierra.

—Lo era, lo dejé ayer mismo —aclaró despreocupada—. Pero ya lo he superado, lloré un rato y a seguir a delante que este año tengo que centrarme un poco más en mis estudios.

Iban a la misma universidad, aunque en facultades distintas y por tanto edificios distintos. Se despidió de ella y cada uno tendría que tomar su camino en solitario:

—Bueno, yo me voy por aquí, me alegro de haber coincidido contigo —le regaló una sonrisa sincera—. Podríamos quedar algún día, como ya te he dicho antes ando un poco perdido por la ciudad…

—¡Pues claro! —lo cortó antes de que terminase de dar pena— Tranquilo, yo te hablo por *Instagram*.

—Pero yo no te he…

—¡No dudes de mis capacidades! Tengo un don para encontrar perfiles, suelo usarlo con los chicos guapos que me encuentro por el metro, pero sabiendo tu nombre me lo has puesto en modo fácil.

Se alejó entre risas directa a su facultad. Él debió haber hecho lo mismo y en cambio se quedó embobado viendo cómo el viento balanceaba sus dos trenzas mientras se alejaba.

Inevitablemente aquella chica tan pizpireta y segura de sí misma lo persuadió para que no pudiese dejar de pensar en ella. Era un afecto extraño, como todos los sentimientos que circulaban por su corazón. No era atracción, no quería besarla, pero sí abrazarla. No la quería para él, la necesitaba más bien como un modelo a seguir. La idolatró y se puso como meta acabar su evolución en la capital siendo una versión masculina de Bianca.

Quizás también podrían enamorarse, quién sabe, todo era cuestión de tiempo. Tampoco podía precipitarse, era su primera amiga en la ciudad y no quería fastidiar el primer brote de amistad antes de que floreciera.

Una lágrima de fe cayó de su ojo izquierdo. Parecía que desde que había arreglado sus cañerías oculares lloraba por cualquier cosa. Sin embargo, aquello no era cualquier cosa, esa relación significaría el principio de todo.

Bruno recordó que había borrado todas sus redes sociales hacía unos días cuando ya era demasiado tarde para ir corriendo tras ella. De hecho, a donde tenía que ir corriendo era a su primera clase. Llegaba tarde y su nueva amiga le había nublado la mente.

6. Superestrella

«Me uní a un grupo que iba de camino a alistarse en el bando del rey. Parecían todos unos cobardes, aunque al menos ahora tenía compañía. Me hice muy amiga sobre todo de dos gemelos regordetes, uno más que el otro lo que me ayudaba a diferenciarlos, que no serían mucho mayores que yo. Un cronista del rey buscaba protagonista para su crónica de la batalla, pero se rio de mí cuando me presté voluntaria. Vendría con nosotros así que iba a tener tiempo de convencerlo».

Por suerte para Bruno el autobús paraba cerca de la entrada de su facultad. Era un edificio normal y corriente que no parecía muy antiguo y cuyo único atractivo distintivo era un ventanal central dividido en pequeños segmentos. Nada nuevo o artístico que mereciera la pena visitar, desde su punto de vista. Aunque tampoco tuvo mucho tiempo de pararse a analizar la composición de la arquitectura, puesto que no quería ser el último en llegar a la primera clase de la carrera.

No era la primera vez que asistía al recinto, ya que en marzo de ese mismo año su instituto había organizado una excursión por las universidades de Madrid para ubicar a los estudiantes que poco a poco se iban decantando por la carrera que escogerían. Cada uno decidía ir a echar un vistazo a la universidad que le convenía y a su respectiva facultad.

Bruno estuvo en la visita guiada de aquella facultad de filología teniendo en mente estudiar Filología Clásica. Realmente seguía interesado en la investigación y el estudio sobre el latín y el griego, sin saber explicarse por qué teniendo en cuenta que tan solo le habían dado dolores de cabeza en el bachillerato.

Cambió de idea al replantearse qué quería hacer allí en Madrid: conocer gente y vivir experiencias únicas. No quería que sus estudios, la gente y las experiencias le sirviesen únicamente para ser un mísero profesor de instituto. Quería algo más y por esta razón eligió un camino más amplio, aunque similarmente limitado a las labores docentes.

Su espaciosa memoria le permitió encontrar el aula a la que debía dirigirse sin problema alguno, eso sí, tuvo que mirar un mapa detallado del interior del edificio que había colgado en un corcho en una de las paredes de la entrada. Descifró el mapa gracias a sus recuerdos posteriores a la visita.

Para su sorpresa no llegó el último, pero sí fue el último alumno en aparecer. La única persona que faltaba por hacer acto de presencia era el propio profesor de la asignatura. Recordaba aquella sala mucho más espaciosa y ahora le daba la sensación de ser claustrofóbica por las infinitas hileras de pupitres ocupados por alumnos que cuando él la inspeccionó en primavera no estaban. Las mesas estaban contadas al milímetro y tan solo quedaba una tímida silla vacía en la primera fila. Bruno habría preferido una de las esquinas para tener que tratar con una sola persona. Sin embargo, no tuvo poder de decisión y le vino bien para superar esa timidez que él creía haber superado ya sin hacer prueba alguna.

Lo bueno de socializar en aquella sala era que todos eran novatos y como jóvenes que eran estaban deseosos de comunicarse con el resto para hacer nuevos amigos. Los más sociables iniciaban conversaciones con los más cortados y estos últimos esperaban a ser abordados por los primeros.

En el caso de Bruno, tomó el rol de cortado, porque no le dio tiempo a descolgarse el maletín antes de que la chica que estaba sentada a su izquierda se presentase:

—Hola, me llamo Lidia y seré tu compañera, y amiga por supuesto, durante los próximos cuatro años, encantada —Le ofreció su mano con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Cómo te llamas?

Antes de que la chica hubiese acabado su presentación, Bruno ya estaba cansado de escucharla. Hablaba demasiado rápido y con una voz aguda e irritante.

—Hola, Lidia —Le devolvió la sonrisa tratando de ser amable—. Yo soy Bruno —No tardó en dar la espalda a Lidia para conocer a la compañera de su derecha—. ¿Cómo te llamas tú?

Para compensar tomó él la iniciativa de conocer a la otra compañera.

—Pues María, ¿cómo me voy a llamar, Bruno? —No pudo evitar sonrojarse al no reconocer a la tal María— Qué cosas tienes, no te hagas el gracioso.

Se quedó pensativo escaneando su rostro, pero nada, no la había visto nunca y mucho menos había hablado con ella. Bruno no conocía a nadie más allá del pueblo y allí no eran tantos como para olvidarse de caras. Además, iba demasiado bien vestida para venir del pueblo, con su jersey rosa palo ceñido que desvelaba una impresionante figura y su falda vaquera alta con un cinturón de hebilla ancha. Tenía un porte aristocrático natural y ni sentada en una incómoda silla de madera perdía la postura.

—Por favor, sígueme el rollo —le susurró acercándose a su oído con una voz tan dulce que le produjo escalofríos de empalago—. Lidia es mi compañera de piso, tan solo llevo cinco días conviviendo con ella y

ya no puedo más. No sabía cómo quitármela de encima y le he pedido que dejase el hueco libre porque esperaba a alguien.

—No te preocupes —devolvió el susurro aguantándose la risa por el surrealismo de la situación—. No te enfades, tan solo era una broma —Puso en práctica sus patéticas dotes de actuación ya en voz alta, que fueron suficientes para contentar a Lidia.

No le habría gustado estar en el lugar de la pobre muchacha de la que María rehuía, pero debía admitir que con el mínimo trato que había tenido con ella, su ruidosa voz de sabionda lo había echado para atrás. Llevaba gafas, un atributo que sin poder evitarlo le recordaba al pasado, aunque era una bobada y más de la mitad de la clase necesitaba gafas. Si no las llevaban era por vergüenza, pasotismo o porque como Bruno utilizaban lentillas.

El catedrático encargado de enseñarles durante aquel primer semestre la asignatura de literatura llegó, haciendo así que Bruno pudiese parar aquel breve teatro barato. El hombre aparentaba ser bastante mayor, al parecer no lo era suficiente para tener la posibilidad de jubilarse. No era el típico profesor diminuto, calvo y rechoncho que tenía que imponer su autoridad a base de gritos. Su altura y su cuerpo robusto superaban a la de la mayoría de los presentes. Dejó escapar un saludo amable al entrar que no encajaba con su apariencia de ogro. Iba con prisas y no miró ni por curiosidad los rostros de sus nuevos alumnos.

Fue dejando sus cosas sobre la mesa y cuando terminó contempló aquellas caras novedosas con un gesto ceñudo. Parecía un anciano ermitaño que no acostumbraba a tratar con la gente. Podía ser porque estaba desentrenado al llevar tanto tiempo sin dar clases durante todo el verano.

—Hola, buenas, espero que estéis bien. Estoy muy orgulloso de tener aquí a la nueva generación de filólogos —poco a poco fue soltándose y las palabras comenzaron a brotar por su boca sin filtro alguno—. Me llamo Jerónimo, voy a enseñaros una gran parte de la desconocida literatura española y espero que recojáis con gusto todos los conocimientos que trate de meteros en vuestras cabezas vírgenes. ¿Es esta vuestra primera clase? Claro que lo es —se contestó a sí mismo dejando a Lidia con la palabra en la boca—. Pues eso, al ser la primera clase tampoco os quiero soltar mucho rollo, aunque la literatura de España no es un rollo ni mucho menos, no me malinterpretéis. Como no os conozco y estoy interesado en vosotros, aunque no soy de los que se quedan con los nombres y quizás con vuestras caras tampoco, vamos a hacer una ronda de presentaciones. No una ronda cualquiera, quiero que me detalléis bien quiénes sois y qué hacéis aquí, como si fuerais los protagonistas de una novela. Decidme también vuestro autor español favorito para ir allanando el

terreno —removió los papeles de su mesa hasta que se dio por vencido—. No tengo una lista ni nada para ir nombrándoos, así que iremos desde el principio hasta el final. Empieza tú —dijo mirando a Lidia, pero sin señalarla.

La joven se levantó con orgullo sin que se lo pidieran y se aclaró la garganta para presentarse, no solo a su profesor, sino también a toda su clase:

—Hola, soy Lidia, tengo dieciocho años y vengo desde un pequeño pueblo montañoso de Galicia, pero eso ya lo habréis adivinado vosotros por mi acento. Mi autora favorita siempre ha sido Rosalía de Castro, que creo que está muy infravalorada por su condición de mujer —movía mucho las manos cuando hablaba y eso a Bruno le ponía nervioso—. Estoy aquí para estudiar Lengua y Literatura Española porque me encanta mi lengua, mis lenguas porque *tamén falo galego*, y sobre todo la riqueza de su literatura. Llevo leyendo desde que tengo uso de razón y comencé a escribir desde que ese uso de razón se desarrolló y se perfiló lo suficiente. Durante mi adolescencia, que por supuesto ha sido dura porque la gente de mi edad no está acostumbrada a tratar con una chica tan madura, he llegado a escribir una saga entera de libros que, aunque no he conseguido publicar, me han ayudado a evadirme encerrada en mi cuarto —Sin quererlo Bruno se sintió algo identificado, pese a que su adolescencia parecía haber sido un camino de rosas comparada con la de aquella presunta marginada—. Sé que aquí todo va a ser diferente y que podré refugiarme en el calor de vuestro cariño, porque todos tendremos gustos parecidos. En cuanto al futuro, por supuesto me gustaría que mis libros fuesen publicados y sobre todo trabajar en el mundo editorial para ayudar a cumplir sueños y que las historias de las personas que lo merecen sean contadas por todas partes.

Con la misma seguridad con la que se levantó, Lidia se volvió a sentar y se recolocó las gafas usando un solo dedo. Parecía tan previsora como para haber preparado aquella parrafada entera antes de llegar allí y presentarse. Jerónimo no quedó satisfecho con su palabrería y fijó su mirada en el siguiente.

A Bruno no le dio mucho tiempo a reflexionar sobre la vida de Lidia porque le tocaba ser el segundo en ofrecer su carta de presentación. No tenía muy claro lo que iba a decir, ni cuáles eran los detalles exactos que quería dar por los que había ido a parar allí:

—Bueno, me presento —Se dio cuenta tarde de que tenía que levantarse, el profesor no lo había mandado así, ni tampoco había dicho lo contrario, por lo que imitó a Lidia—. Yo soy Bruno, todavía tengo diecisiete años y vengo de un pueblo de Guadalajara que tampoco está tan lejos de Madrid. Mi escritor favorito es… No sé, Laura Gallego, por ejemplo. No sé muy bien qué quiero hacer, ni por

qué estoy aquí… —Estaba harto de esconderse, era su oportunidad de mostrarse tal y como era— Bueno, en realidad sí que lo sé. El pueblo era muy pequeño para mí, he salido para vivir mi vida de una vez, porque considero que soy muy mayor como para no haber vivido absolutamente nada verdaderamente digno de recordar. No quiero un trabajo mediocre, no quiero ser profesor de lengua, para lo que quiero ser no hay ningún grado universitario disponible —Un escalofrío le recorrió el cuerpo al darse cuenta de que aquella era la primera vez que exteriorizaba aquel pensamiento tan recurrente de su colapsado cerebro—. Yo quiero ser alguien, alguien de verdad, alguien a quien se le conozca. Yo también escribo de vez en cuando, como Lidia, aunque todavía no he acabado ni un mísero relato. No sé si quiero ser escritor, pero es lo más parecido al trabajo idealizado que hay en mi cabeza. Un trabajo que en realidad no puedo explicar con palabras…

Se volvió a sentar enseguida de haber terminado con su presentación y cuando se quiso dar cuenta toda la clase lo aplaudía. La erudita de su lado lo miraba con envidia, aplaudiendo tal y como lo hacía el resto. El corazón de Bruno se aceleró más incluso que subiendo las escaleras del piso de su madre y comenzó a sentir un cosquilleo que derivó en temblores. Estaba rojo y no entendía cómo había tenido las agallas para liberar aquellos pensamientos encerrados en lo más profundo de su espíritu, en un cautiverio que creía eterno y que había visto sin esperarlo la luz.

Esta vez el profesor sí que quiso aportar algo a la reflexión, porque había logrado con sus palabras llamar su atención. Él, que siempre callaba por no estropearlo todo, había enmudecido a una clase de alrededor de sesenta personas, docente incluido.

—Buena representación del venenoso deseo de fama juvenil —contestó a su discurso asintiendo con una mirada de asimilación curiosa—. Cuidado con lo que deseas, Bruno. Confío en que pronto sacarás todo el potencial que reservaste en tu pueblo, pero tu sueño es más común de lo que parece y sus peligros son múltiples —Pestañeó un par de veces seguidas y su tono y su actitud cambiaron al instante dirigiéndose a María—. ¡Venga, tú! La siguiente.

Bruno hizo caso omiso a las advertencias de su nuevo profesor y dejó intacta la vitrina de sueños por cumplir que había vacía en su pecho. No le dedicó más tiempo a descifrar las claves de las recomendaciones de Jerónimo y trató de prestar atención a lo que tuviese que decir su otra compañera:

—Hola, profe. Me llamo María y vengo de Valencia… Ah, sí, tengo dieciocho años y no me gusta mucho leer la verdad —Con pocas palabras la suave y lenta voz de María cautivaba a la gente—. Yo quiero ser profe de lengua, me gusta ayudar y no me importaría hacerlo sea en el curso que sea. Igual puedo dar clase en la

universidad como tú, profe, quién sabe —No podía aguantar más de dos palabras sin que se le escapase una risa tontorrona—. Mis padres me querían llevar a la privada, pero ya les he dicho yo que no hacía falta, que suficiente tenían con pagarme el piso en Madrid. Así que aquí estoy.

No hubo aplausos para María y tampoco los necesitó, ya que a diferencia de Bruno y de Lidia, a ella llevaban aplaudiéndola toda la vida. Era una chica humilde, pero se notaba a leguas que venía de una familia de dinero y que le gustaban los lujos sencillos. Como con la presentación de Lidia, al profesor no consiguió marcarle la presentación de María y pasó al siguiente como si nada.

Las primeras presentaciones fueron interesantes, eran escasos los casos de estudiantes que se conocían de fuera y todos tenían curiosidad por encontrar entre aquellas palabras a su nuevo mejor amigo. Sin embargo, a partir de la décima presentación, cuando la mayoría de los escritores que se nombraban se repetían, los alumnos comenzaron a perder interés y a bostezar sin control. La culpa no era de quienes se levantaban para hablar, sino de lo monótono que se había transformado algo que prometía ser novedoso. Además, tampoco las personalidades e inquietudes de los jóvenes ayudaban, parecía que había tan solo un par de prototipos de alumnos de aquella carrera y a partir de cierto número no pararon de repetirse los clichés.

Estaban los que hincaban los codos y aspiraban a altos cargos como Lidia, los que se conformaban con poco y disfrutarían al máximo su experiencia universitaria como María, otros habían acabado ahí sin saber muy bien porqué, por culpa de la baja nota de corte que filtraba a aquellos que cursarían el grado y después había un último grupo que eran aquellos que venían de haber perdido un año en otra carrera en la que no habían encontrado su vocación. A estos últimos se les notaba muy inseguros y nerviosos a pesar de no ser tan novatos como el resto, ya que no sabían si tendrían otra oportunidad para cambiar y tenían ya que echar raíces en algún lugar.

Después de una treintena de presentaciones un acento y una historia peculiares consiguieron despertar a Bruno del trance en el que había caído. Su situación era completamente diferente a la del resto, aunque coincidía en parte con el alabado discurso de Bruno al tocar el tema de las metas y los sueños. Tener un acento de una región determinada allí tampoco era un distintivo demasiado especial, ya que a la capital llegaban estudiantes de toda España, pero con la primera palabra Bruno supo que tenía que escuchar lo que aquel muchacho tenía que decir:

—Buenas, clase. Soy Eneko, tengo dieciocho y vengo de Zumaya, un pueblo costero del País Vasco —Con su pequeño aro en el lóbulo derecho y su pelo corto por delante, pero largo por detrás, tomaba

todos los tópicos del ideal vasco—. Mi poeta favorito es Lorca y he escogido esta carrera un poco a boleo, porque a mí la universidad y eso no me interesa nada. Quería venirme a Madrid para dar clases de baile en una academia en la que me aceptaron en verano y pues mis padres no me dejaban si no me matriculaba también en la universidad. No quiero ofenderlo, señor, pero esto no me interesa absolutamente nada. Intentaré terminar lo antes posible para poder dedicarme a lo que realmente me gusta, que es la danza.

Cuando Bruno fue a aplaudir la valentía del chico, se percató de que era el único con la intención y se echó para atrás. Aunque intentó apoyarlo con la mirada a pesar de las muchas cabezas que los separaban.

Llegaron a terminar todos los monólogos de los nuevos alumnos y Bruno se guardó el privilegio de haber sido el único alumno aplaudido.

7. Haz de luz

«Volví a ver al apuesto caballero, Bastian es su nombre, y aceptó la solicitud que le había hecho días atrás. Me entristeció despedirme de mis nuevos amigos, pero mejor llegar a la guerra siendo una sangrienta luchadora gracias a las enseñanzas de Bastian, que gorda y borracha junto a mis amigos los gemelos».

La última hora de clases de aquel intenso primer día terminó y la puerta del aula se colapsó con un alboroto de jóvenes que quería continuar conociéndose, ya que la mayoría, como Bruno, eran nuevos en la ciudad. Él, sin embargo, rechazó las valiosas peticiones de cervezas porque se había dejado algo pendiente que consideraba más importante.

Fue el único de los compañeros que no acudió a la reunión en la cafetería de la universidad. Esto no hizo más que añadirle interés a su persona, puesto que se le sumaba la enérgica ovación de la clase de literatura.

Sin preocuparse por lo que dejaba atrás, Bruno cogió el mismo autobús que lo había llevado hasta allí con la esperanza de reencontrarse con Bianca. Como ya esperaba, no hubo suerte, sabía que era poco probable que sus horarios de salida coincidiesen también.

Trató de subir las escaleras del piso más rápido de la cuenta, aunque con esto no consiguió otra cosa que llegar más tarde, ya que se tuvo que parar en más de un piso para descansar. Una vez recogido bajo su acogedor techo, confirmó que su madre no estaba en casa y se tiró en su cama.

Tan rápido como pudo reinstaló *Instagram* y se creó una nueva cuenta que correspondiese con la persona en la que se estaba convirtiendo. Perfiló cada detalle como si se tratase de un currículum con el que conseguir trabajo. Eligió "@Br_ux" como nombre de usuario y no puso sus apellidos por ningún lado, para que nadie en el pueblo pudiese encontrarlo y contactar con él.

Cuando tuvo el nombre, la foto de perfil y la biografía listos, rebuscó por la aplicación el perfil de Bianca probando cientos de posibles nombres de usuario. Le tomó más de media hora dar con @Biianca.whiite, un perfil privado en el que reconoció a la pelirroja por su foto, ya que ni siquiera conocía sus apellidos. Aunque tampoco le hubiese servido de mucho saberlos, teniendo en cuenta que "White" era la única palabra que aparecía acompañando a su nombre. Él lo

puso igual de difícil al escribir su nombre a secas en el apartado de nombre completo.

No dudó ni un segundo en darle a seguir. Estaba tan ansioso por el reencuentro que no esperó a que aceptase su solicitud y fue directamente a escribirle por mensaje privado. Reescribió una y otra vez el mensaje, pero acabó dándose por vencido y decantándose por un audio:

—Hola, Bianca. Soy Bruno, el chico del autobús —decía con una voz grave forzada que no era intencionada—. Se me pasó decirte que se me había olvidado la contraseña de mi cuenta y que no podrías contactarme porque me he hecho una nueva. Te he buscado yo y te lo he puesto más fácil.

A Bruno le dio tiempo a hacerse de comer y a ver un capítulo de una serie antes de recibir la respuesta de Bianca. Cuando el móvil vibró le dio un vuelco el corazón y no pudo ni esperar un par de minutos de orgullo para comprobar el contenido de su mensaje:

—Vaya, si al final no soy la única con dotes de detective —Bruno agradeció que también le hubiese mandado un audio porque así confirmó que era ella realmente—. Me pillas de camino a casa, deja que me duerma un rato y a las siete nos vemos en la Puerta de Alcalá.

—Genial —escribió él con un entusiasmo que no se reflejó en la palabra.

Los números que indicaban la hora en su móvil cambiaban muy despacio para su gusto, la espera hasta el tiempo acordado se le hizo eterna. No tenía nada que hacer y se arrepintió enseguida de no haberse quedado para conocer a la gente que compartiría las horas de clase con él todo el año. Al día siguiente todos tendrían una mínima confianza entre ellos y él no sería más que un marginado que no podría integrarse de ninguna manera, como siempre.

Consultó una aplicación que le había recomendado su madre para poder guiarse mejor con el transporte público de Madrid. Así descubrió que para llegar a la Puerta de Alcalá era preferible coger el autobús al metro y que tan solo tardaría cinco minutos. No estaba muy lejos y se llegó a plantear ir caminando, puesto que las escaleras del piso eran el único deporte que estaba haciendo allí. En el pueblo por lo menos iba andando de un lugar a otro y lograba quemar algunas calorías subiendo y bajando las cuestas. Tuvo que descartar esa opción porque se había entretenido comenzando a seguir a una innumerable cantidad de famosos en su nueva red social, en la que Bianca era su única seguidora, y se le había echado el tiempo encima.

Bruno apareció allí a la hora exacta, pero se tuvo que sentar en un banco a esperar al descubrir que Bianca no era una persona muy puntual. Fueron llegando diferentes autobuses y él no podía evitar mirar fijamente a la gente que bajaba de ellos esperando que ella

bajase. Al final su amiga lo sorprendió por detrás veinte minutos tarde.

—¡Hola! —lo asustó mientras contemplaba la antigua puerta por la que se entraba a la ciudad— ¿Qué tal ha ido el primer día de este novato tan guapo?

—Hola —le sonrío y ella le dio un abrazo en cuanto se levantó que devolvió con gusto—. Bastante mejor de lo que esperaba, ¿y a ti?

—Un completo tostón, no sé cómo se me ha ocurrido ir el primer día, parezco nueva —Al escuchar esto, Bruno recordó al instante la oportunidad de socializar con los nuevos que había perdido en el único primer día que tendría—. ¿Vamos a tomar una cerveza? Conozco un sitio barato en una callejuela de por aquí, no estamos para derroches que ando jodida de pasta.

La siguió sin decir ni una sola palabra hasta que llegaron al bar del que hablaba. Estaba lleno de estudiantes que celebraban el nuevo curso brindando y bailando. El camarero con amabilidad les encontró una mesa alejada del jaleo al fondo del local. Les tomó nota enseguida, Bianca pidió una cerveza y Bruno un batido de chocolate.

—¿Un batido de chocolate? —se mofó Bianca de su elección— No sabía que había venido a darle la merienda a mi primo pequeño.

Bruno se puso colorado muriéndose de vergüenza, pero al final decidió levantar la cabeza y se tomó con humor su comentario. No estaba allí para esconderse con inseguridades.

—Todavía soy menor, no puedo beber cerveza.

—No me dejes así de mal que yo empecé a beber cerveza a los trece, justo antes del primer cigarro.

El camarero llegó plantando en la mesa la cerveza y el batido encima de unos posavasos con el nombre del bar grabado. Trajo una sola tapa de tortilla para Bianca, ya que los batidos no la incluían, y Bruno se planteó la posibilidad de devolver el batido y pedir un refresco, pero ya era tarde.

—Bueno, yo me he perdido muchas primeras veces durante la adolescencia —se sinceró con timidez—. Mis amigos del pueblo sí que solían hacer todo eso, pero yo me iba muy pronto a casa, no me gustaba ese ambiente.

—Eso no importa, se te ha acumulado una ausencia de experiencias, pero si lo miras por el lado bueno pronto disfrutarás de todas juntas —le intentó sacar una sonrisa—. Empecemos por aquí, toma mi cerveza y pruébala.

Aceptó el ofrecimiento, como tantas veces había hecho en las fiestas del pueblo. Había bebido más veces, pero poco, nunca llegaba al mismo punto de embriaguez que sus amigos. Aun así, se consideraba virgen en la bebida por la falta de hábito y por eso no se lo dijo a Bianca. Además, todo lo que había probado eran mezclas de alcohol

destilado con refrescos, bebidas de alcohol puro fermentado como la cerveza o el vino nunca. Sorbió por el lado contrario al que ella lo había hecho y sintió el amargor de la bebida deslizándose por su garganta dejando un regusto incluso más áspero que el sabor directo.

Los pensamientos de Bianca revoloteaban siempre por el hedonismo y el disfrute, paseaba por lo superficial con pasotismo. Solo quería reír y pasar una fiesta tras otra seguida de sus respectivas resacas. Así lo demostraba cuando hablaba con Bruno, quería hacer bromas y quejarse con humor de la vida, pero él lograba lo imposible. Cada vez que Bianca trataba con Bruno, tenía la necesidad de ponerse intensa y animarlo. Ella no quería eso, nunca le había gustado. Sin embargo, la situación de Bruno la enternecía, se sentía apenada por él y quería poner en su lugar a alguien que lo merecía. El pobre muchacho necesitaba después de tanto tiempo de relativa soledad la juventud que su pueblo y su gente atrasada le habían robado.

Para Bruno, Bianca era un haz de luz en un planeta sin sol. Estaba falto de vida y el desparpajo de la muchacha era ideal para que se soltase de sus lejanas cadenas y viese la vida con los mismos ojos que ella lo hacía. Era todo cuestión de perspectiva, vivían en el mismo mundo, ahora incluso en la misma ciudad, pero si Bruno no ponía de su parte se estancaría de la misma manera en la capital como lo estaba en su pueblo.

—Entonces… ¿Nunca te has dado un beso con nadie?

—Esto empieza a ponerse incómodo. No —Todas sus respuestas parecían dejarlo en mal lugar—. Mi respuesta va a seguir siendo “no” a casi todo lo que me preguntes

—¿No? ¿Ni con una chica, ni con un chico? —preguntó alarmada— ¡No sabes lo que te estás perdiendo! Es una sensación… Maravillosa. Simplemente cierras los ojos y te dejas llevar, como si ese momento fuese el mejor de tu vida, pero siempre hay otro beso, uno mejor que el anterior y que vuelve a descuadrarte la mente.

—Bueno, tú tampoco estás para darme muchas lecciones —se soltó un poco más—. Ahora mismo estamos igual de solteros.

La retó con una mirada pícara después de sorber su batido con la pajita que había dentro. Aunque la respuesta no fue la esperada:

—Habla por ti, campeón.

—¿Has vuelto con el chico del estudio?

—No, ese era Manu —contestó como si fuese impensable y lejano—. Ahora estoy con Dani, lo conocí en verano y estaba en la lista de espera. Es importantísimo que nunca pierdas el contacto con quien parezca interesado por mucho que empieces una relación, nunca sabes cuándo va a acabar, nada es eterno.

Soltó el consejo con seriedad, como si fuese algo vital que todo el mundo debiese saber. Aunque en cuanto se fijó en la frialdad y

superficialidad de sus palabras cruzó su mirada con la de Bruno y ambos estallaron en carcajadas.

—No puedo creer que acabes de decir eso enserio —le dijo sin parar de reírse—. Ojalá yo tuviera esa facilidad para pasar de una chica a otra.

—Para empezar déjate de hablar solo de chicas y ábrete un poco al mercado. Sé apreciar un buen tío, pero entre uno y otro siempre cae una dulce chica que me quita el hipo —Bruno negó con la cabeza esa posibilidad tan remota—. Donde más se liga es de fiesta, ¿tampoco has salido de fiesta nunca?

—Pues justo eso sí lo he hecho, pero nunca lo he disfrutado, por eso me iba siempre tan pronto a casa.

—Vale, pues yo voy a conseguir que disfrutes de una fiesta como dios manda —lo llenó de esperanzas—. Este sábado vamos a salir tú y yo, porque vas a vivir la mejor experiencia de tu vida. Te voy a enseñar Madrid desde dentro y te voy a hacer verlo con mis ojos. Quiero que nos volvamos a ver tantas veces como haga falta para que mi mundo sea tu mundo.

8. Cuando acabe la fiesta

«Nada de lucha, la compañía de Bastian solo me servía a modo de protección, porque todavía no quería entrenarme. Aprendí con él cosas sobre camuflaje y armamento, pero nada útil para batallar. Una mañana nos despertaron unos ladrones y se encargó de ellos él solo sin dejarme agarrar ni un mísero tirachinas. Igual habría sido mejor que me hubiese quedado con los otros. Así nunca conseguiría nada interesante para que escribiesen crónicas sobre mí».

La semana fue eterna, aunque quizás lo hubiese sido menos si Bruno no se hubiese marcado con tanta euforia el sábado como fecha especial. Aquel día había quedado con Bianca para disfrutar de la fiesta en las discotecas de Madrid. No sería la primera vez que tratara de pasarlo bien en el jolgorio nocturno y juvenil, pero sí sería la primera vez que de verdad tenía ganas de ir y que creía que lo pasaría bien. Esta vez no había compromiso de por medio, tan solo la oportunidad de inhibirse por fin entre alcohol y altavoces exageradamente ruidosos.

Los profesores no dieron más sesiones de margen para que los nuevos alumnos se habituasen al ecosistema universitario. En cuanto pudieron comenzaron a ofrecerles sus pesados conocimientos que los ayudarían a aprobar los futuros exámenes. Algunas de las sesiones superaban la hora y media, siendo la raíz de cientos de bostezos que no ayudaban en nada a la concentración. Poco a poco se iba observando cómo surgían amistades aparentemente duraderas, pero a Bruno no le importaba no haber forjado ninguna allí dentro. Consideraba su amistad con Bianca mucho más importante y fuerte que cualquiera que pudiese haber conseguido en la universidad. Seguía sentándose con Lidia y María, que parecían haber encontrado un equilibrio entre sus diferentes personalidades.

Después del primer día no volvió a ver a Bianca en el autobús por las mañanas. No se perdió la oportunidad de preguntarle por mensaje, ya que le picaba la curiosidad y cada día se desesperanzaba al ver un hueco vacío a su lado que a veces ocupaban desconocidos malolientes. No tardó en descubrir por qué Bianca necesitaba alargar un par de años su estancia en la universidad. La joven de estética flamante solía quedarse dormida cada mañana, lo que le impedía acudir a las primeras horas de clase y de vez en cuando incluso se permitía el lujo de faltar el día entero. Supo Bruno entonces que tenía que coger con pinzas sus consejos, porque no podía acabar siendo tan dejado como

ella, ya que le costaba bastante estudiar y no quería pasar estudiando más años de la cuenta.

Por las mañanas la joven era un *zombie* que apenas lograba levantarse de la cama, pero cada tarde su hiperactividad enérgica resurgía y hacía una cantidad ingente de planes a los que Bruno no estaba acostumbrado. Esto hacía que él tuviese que trabajar duro por las noches para llevar al día sus asignaturas, que en tan solo una semana lo habían tiroteado a trabajos. No tenía muy claro si podría seguirle el ritmo a su nueva amiga, pero lo haría por el momento, porque estaba más feliz que nunca.

Había pasado una semana justa desde que Bruno había ido a desayunar con su madre y el tierno plan no se había vuelto a repetir. Eran ciertas esas sospechas de que Ángela no pisaba su casa más que para dormir, pero aquel primer día junto a ella le había creado a Bruno unas falsas expectativas de fortalecer aquel vínculo casi inexistente que la distancia les había negado durante toda su infancia y adolescencia. Ella hacía su papel de madre escribiéndole mensajes todos los días para comprobar que estaba bien, pero eran pocas las ocasiones en las que se cruzaban en el piso para que charlaran mirándose a la cara.

La falta de cariño físico familiar no consiguió que decayese y su felicidad parecía estar estable con tan solo ver a Bianca cada día. Además, había aprendido a cocinar a base de tutoriales de Internet, por lo que había dejado de comer los *tuppers* de comida congelada de su abuela, no por gusto, sino porque se le habían acabado. Los macarrones a la boloñesa eran su especialidad, pero también probó a hacer otras cosas como arroz a la cubana o pechugas empanadas. Aquel día se atrevió con una tortilla, que acabó amorfa al tener que darle la vuelta, lo que no quitó el hecho de hacerle sentirse igual de orgulloso que si hubiese sido perfecta.

El viernes había ido con Bianca a comprar ropa más arreglada para no dar el cante en la discoteca. No tuvo más remedio que pedirle más dinero a su madre con la cabeza gacha, pero ella no le puso pega alguna y le aclaró que bajo su techo podía hacer el gasto que fuera necesario y que no habría nunca problema. Le entregó una tarjeta de crédito y unas contraseñas para controlar sus gastos por una aplicación del móvil. Recalcó que tenía que estar atento cuando se fuese agotando porque si ella no le metía más dinero le cobrarían una comisión. Con tantas facilidades y viendo la opulencia con la que su madre vivía, Bruno perdió toda vergüenza a suplicar por más dinero.

Con todo listo y cenado de casa, Bruno se presentó en la Puerta de Alcalá a las once y media de la noche, vestido con una camisa negra de manga corta con unas rosas rojas estampadas y un pantalón blanco, también corto, con algunas roturas que no hacían más que añadirle

valor a la prenda. Las zapatillas deportivas blancas e impolutas que calzaba le parecía que desencajaban con su atuendo, pero Bianca le había dejado claro que ese toque era completamente necesario.

Ella apareció con dos amigas veinte minutos tarde, como siempre, pero Bruno pese a conocer su defecto no se permitía la impuntualidad. Iba en el centro caminando con sus altísimos tacones y un maquillaje mucho más atrevido que el que estaba acostumbrada a cargar dándole color a su rostro. Sus dos amigas iban vestidas con tantas transparencias y maquillaje como ella, haciendo que en conjunto pareciesen un grupo femenino de música pop a punto de salir al escenario.

—¡Estás guapísimo, Bruno! No me puedo creer que elija tan bien la ropa —las amigas lo escanearon de arriba abajo y Bianca se acercó a él abriéndole un par de botones de la camisa—. Déjate ese pecho un poco al aire que no vamos a misa.

Se dio dos besos con ambas chicas a modo de saludo y preguntó por sus nombres: Sara y Julia. La primera tenía una melena frondosa, rizada y oscura como la de un león. La segunda en cambio estaba rapada y dos enormes aros daban volumen al conjunto de su cabeza. Envidió a la tal Julia, porque incluso sin pelo poseía un gran encanto. Se le erizaba el vello tan solo de imaginarse a sí mismo sin pelo, una sensación equiparable a la de caminar desnudo por la calle.

—¿Dónde vamos a ir hoy? ¿Al Hacha? —preguntó Sara, que mascaba un chicle de manera escandalosa— No sé si a tu amigo le va a gustar, ¿es…?

Bruno se sintió incomodado por la impertinente chica de los rizos. Aunque ya no estaba desprotegido, Bianca lo defendería con su escudo hasta que Bruno forjase el suyo propio.

—Es Bruno, ya te lo había dicho —le plantó cara agarrándole con fuerza la mano—. Sí, vamos al Hacha. Le va a gustar mucho más que el teatro Marcelo y si no le gusta, la noche es larga, podemos irnos.

—La entrada no es gratis —recordó Julia—. De allá donde nos metamos no me saca nadie.

—Pues si hace falta me iré yo sola con él.

Era inevitable no sentirse ridículo al ver cómo discutían por él y que ni siquiera se dignase a hablar por sí mismo. Todavía era su primera semana de cambios, había conseguido abrirse a Bianca, pero no era lo mismo cuando aparecían personas externas de por medio. No sabía cómo agradecerle a su amiga todo lo que continuaba haciendo por él.

Llegaron a la puerta de la discoteca, pero no pudo apreciarla bien porque había demasiada gente apelotonada tratando de entrar. Lo único que se distinguía con claridad era el cartel de neón rosa que ya habían podido ver de lejos. Se pusieron a la cola y tuvieron que esperar pegados a la pared entre humo de cigarros.

—¿No va a venir Dani? —se interesó por la vida sentimental de su amiga.

—Estará por ahí borracho, que haga lo que quiera, yo he venido aquí sin novio —confesó su soltería por segunda vez en una semana—. Ningún tío va a amargarme la noche.

Las amigas aplaudieron a Bianca y se prepararon para hablar con el segurata. Sacaron su documentación y el dinero de la entrada de sus respectivos bolsos y se la entregaron a un enorme señor trajeado que custodiaba la puerta. Bruno se quedó el último, pero Bianca lo esperó antes de entrar.

—No puedes pasar —le pegó un leve empujón el hombre al leer su DNI—, aquí pone que eres menor de edad.

Se quedó paralizado y no supo qué decir, tan solo pudo mirar a Bianca buscando una escapatoria para aquel tenso momento.

—¡No me acordaba, Bruno! —se llevó las manos a la cabeza su amiga— Vaya palo… ¿Qué hacemos ahora?

Fue entonces cuando Bruno recordó que Bianca no quería que nadie aguase su sábado y no quiso ser él quien lo hiciera. Arrancó su documentación de la mano del gigantesco hombre y dio un paso hacia atrás.

—Tranquila, entra y pásatelo bien —le dijo decepcionado—. Ya vendremos otro día, ya no me queda nada para cumplir los dieciocho.

—No, Bruno, no, esto no puede ser —se dirigió al segurata—. Por favor, déjalo pasar. Tan solo quedan unos meses para que sea su cumpleaños, no puedes hacerle esto al muchacho.

El hombre negó con la cabeza y apartó a Bruno para poder atender a los que esperaban tras él. Bianca lo miró con una capa de lágrimas que contuvo en los ojos, pero Bruno no esperó ni un minuto más y se fue de vuelta a su casa. Ella quiso ir detrás de él, sin embargo, ¿qué más podía hacer por él?

Bianca dejó que Bruno se marchase y entró en la discoteca, no sin antes pasar por el baño para retocarse el maquillaje. Tendría que empezar la velada con más de un chupito si quería olvidar la imagen de su amigo volviendo a casa cabizbajo.

Bruno decidió regresar caminando, le daba vergüenza coger un autobús y que la gente lo viera regresando tan pronto vestido de aquella manera. Las calles ya estaban medio vacías, cosa que agradeció en cuanto su llanto incesable estalló antes de llegar a mitad de camino. ¿Por qué nada podía salirle bien? Era feliz, por primera vez sentía que estaba en el lugar al que pertenecía, pero no podía parar de sumar decepciones. Todo cuanto vivía se le echaba encima, como si un ente superior no quisiese que disfrutase. Algo muy malo tendría que haber hecho en su vida pasada para que la vida lo abofetease constantemente de esa manera.

Su madre no estaba en casa, al menos en eso sí tenía suerte, no tendría que dar explicaciones de lo que había pasado. Lo que más lo avergonzaba era que su propia madre estaría disfrutando de la noche madrileña mientras él se ahogaba en sus mocos.

Al menos ya tenía esa manta calurosa que eran las lágrimas, ya que antes no sentía nada y no podía llorar. Había desbloqueado sus sentimientos, ¿pero para qué los quería si todo lo que conseguía era tristeza? No se podía quejar, era mucho peor la neutralidad, lo sabía de primera mano. El dolor de la pena era liberador, cuando no sentía nada era todo un bucle infinito y desértico.

Sin otra cosa que hacer más que llorar y dormir, agarró una de las libretas que había comprado para rellenar con apuntes de la universidad y comenzó a escribir sobre cosas a las que no veía sentido. Había emigrado hasta allí para ser alguien especial, un escritor o cualquier cosa, le daba igual con tal de que alguien reconociese el valor de su existencia. Escribió sobre mundos lejanos, porque estaba harto del que ya vivía. Así hasta que se quedó dormido sobre la cama, sin haber quitado el edredón y vestido como estaba.

—Menudo fiestón te pegaste anoche —despertó a Bruno su madre señalando las condiciones en las que había dormido—. Hay *paracetamoles* en el último cajón de la cocina —lo besó en la frente y se fue, sin dar pie a que su hijo explicase lo que realmente había pasado.

El día amaneció soleado, pese a la melancolía de la que Bruno quería seguir gozando, pero ya no estaba en su cuarto habitual, aquel cuarto que siempre lo había visto estancado. El simple hecho de estar rodeado de cuatro paredes distintas lo incitaban a levantarse y sonreír levemente. Cualquier cosa allí conseguiría hacer que su ilusión resurgiera, por pequeña que fuese.

9. Si me quiero

«Terminé cansándome, como él no quiso entrenarme lo tuve que hacer yo sola. Noche tras noche cogía la espada de Bastian y participaba en batallas épicas contra el salvaje viento. Era una espada muy pesada y una de las veces se me cayó en la pierna, abriéndome una enorme y sangrienta brecha. Así fue como el caballero supo de mis escapadas nocturnas. Me curó la herida y me dijo que inevitablemente se me quedaría la cicatriz, pero al menos he conseguido que acepte entrenarme de verdad».

Tuvo que ponerse ropa cómoda por el descuido de su plan de escritor depresivo de la noche anterior, por lo que se vio desnudo en el espejo, acto que rara vez ocurría por su costumbre de darle la espalda a los reflejos. Esa vez no lo pensó y fue algo que se agradeció, porque arregló su día y solapó lo que había ocurrido en la entrada de la discoteca.

Fue su odio a su persona lo que le levantó el ánimo, lo que cambió su perspectiva. Lo que había pasado no era más que una oportunidad para entrar en el mundo nocturno como correspondía, con el cuerpo que pensaba que le correspondía. Se miró bien en el espejo y analizó cada uno de los pliegues de su abultado vientre, sus anchos brazos colgantes, el cuello que apenas podía distinguir y sus muslos rojos por las rozaduras que su contacto generaba. La adolescencia era siempre una época de cambios y él había comenzado a avergonzarse de la maquinaria que controlaba día tras día demasiado pronto, por lo que no había apreciado bien los cambios. Se acordaba de cuando era más pequeño y algunas personas le recordaban con sutileza su condición, pero a él todavía no le importaba. Ya no era pequeño, aunque tampoco había ganado demasiada altura con la pubertad. Su cuerpo sí que había ido creciendo a lo ancho mientras Bruno se evitaba a sí mismo.

Sonrío con repugnancia y amargura al espejo, esta vez mirándose a los ojos y recordándose que al menos era guapo de cara. No se conformaría con esa mínima belleza, firmaría su contrato con los cánones de belleza y los seguiría todos a rajatabla. Se despidió de aquel cuerpo que no quería que lo acompañase en su nueva etapa y comenzó a pensar qué sería lo que haría para cambiar.

Tras desayunar medio paquete de cereales y un café con tres cucharadas de azúcar, se puso a buscar métodos rápidos para adelgazar desde su móvil. Casi todos los artículos que encontró decían

lo mismo, dieta y ejercicio, algo que lo echaban completamente para atrás. Aunque si no había más remedio tendría que sacrificarse, por lo que marcó en un calendario mental el lunes como fecha de cambio de rutina.

El domingo pasó volando y al día siguiente Bruno logró no caer en el tópico de alargar lo de "el lunes empiezo". En cuanto llegó de la universidad se hizo unas pechugas a la plancha y un poco de arroz blanco, dejando de lado el constante aprendizaje culinario que había llevado a cabo la semana anterior. Cuando terminó de comer se puso el único chándal que tenía y buscó vídeos de rutinas de ejercicio para perder peso desde casa.

Con toda la ilusión, eligió uno que duraba una hora y media en el que aparecía una chica delgadísima muy simpática y lo proyectó en el televisor. La dulce personalidad de la chica no fue suficiente para que Bruno aguantase el vídeo entero y a los veinte minutos tuvo que pararlo entre lamentaciones y litros de sudor que corrían por cada poro de su piel. Se duchó y se miró corriendo al espejo, pero no notó ninguna diferencia.

Al día siguiente logró llegar a los cuarenta y cinco minutos viendo el mismo vídeo, otro día hizo una hora y para el final de la semana logró completar la rutina y ver cómo la chica se despedía de sus seguidores virtuales. Eran cinco los días que llevaba entre la dieta y aquel infernal vídeo que parecía haber agotado sus reservas de sudor, pero aun así continuaba percibiendo la misma imagen en el espejo del baño. Se quería tomar el fin de semana para descansar, pero al ver que sus kilos de más seguían acompañándolo pese al esfuerzo, no se lo permitió.

El lunes siguiente ya había cumplido una semana sin ningún descanso, pero los cambios bruscos seguían sin aparecer. El martes creyó haber comido demasiado arroz y con miedo a perder el hilo de la dieta fue al baño a vomitarlo. Ese mismo día cambió de vídeo entre la inmensa variedad que había en el canal de *YouTube* de la chica, pero no pudo terminarlo porque no tenía energía y se culpó entre lágrimas castigándose sin cenar.

El vómito tras las comidas y los castigos si no terminaba su hora y media de ejercicio continuaron hasta absorber por completo las energías de Bruno. El ejercicio lo consumía por dentro, pero pensaba que eso era lo que realmente quería y continuó con aquel método enfermizo otra semana más.

Los cambios comenzaron a llegar y no eran ligeros. En cuanto Bruno comenzó a verse diferente, aunque no lo suficiente para su gusto, su círculo cercano, como sus compañeros de la universidad o Bianca, ya había notado un cambio muy brusco. Ninguno se preocupó y, de hecho, consiguió incontables elogios y enhorabuenas. Adelgazar era

siempre percibido como bueno, de la misma manera que se demonizaba al hecho de engordar. La salud nunca era un tema prioritario para los comentarios de la gente.

Todo esto le hizo creer que lo estaba consiguiendo y lo animó a seguir hasta que se viese feliz, pese a todo lo negativo que su dañina rutina le estaba provocando. Cada vez se iba a dormir más pronto para evitar pasar hambre por no cenar y aun así dormía hasta tarde saltándose las primeras horas de clase porque parecía que nunca descansaba lo suficiente. Bebía poca agua, porque notaba cómo se le hinchaba la barriga y no le dejaba apreciar su transformación. Además, iba mareado casi siempre, caminando como un zombie, a paso lento y tambaleándose. Incluso uno de los días mientras entrenaba se llegó a desmayar, pero con esto no se dio cuenta de que su problema tomaba un rumbo serio y peligroso, sino que creyó que necesitaba ejercitarse más.

Bruno llevaba esas semanas evitando quedar con Bianca porque no quería tomar nada que se saliese de su régimen. Sin embargo, no pudo evitar que tras un par de semanas la muchacha echase de menos a su amigo, al que una de las últimas veces que había visto había sido con sus ilusiones hechas jirones volviendo solo a casa. Él se negó al principio poniendo excusas, pero después aceptó con la condición de que fuera en su casa.

Preparó doradas al horno, una para cada uno, a lo que su amiga lo miró extrañado, ya que no estaba acostumbrada a comer ese tipo de cosas cuando quedaba con amigos. La mayoría de los alimentos que comía Bianca bailaban entre los diferentes tipos de pasta, el arroz con cosas por encima y la comida a domicilio. Bruno le recordó que seguía a dieta y entonces ella le volvió a recordar lo guapo que estaba ahora y la maravillosa decisión que había tomado.

—Pero no me vas a poder negar un trocito de tarta para el postre —Le tendió un *tupper* que destapó para mostrarle las dos generosas porciones de tarta de chocolate que había dentro—. La ha hecho mi compañera de piso, pero me ha dejado llevarme esto para que te saltes un poco esa dieta tuya.

Él se lo agradeció y la metió en la nevera mientras en su cabeza revoloteaban miles de soluciones para evitar que el chocolate se colase en su interior.

Dejó aquel problema para la hora del postre y sacó del horno las doradas. Había preparado el mantel y los cubiertos en la pequeña mesa del comedor media hora antes, así que solo tuvo que emplatar el pescado y llevarlo a la mesa. Había cocinado junto a las doradas una única patata que sirvió troceada a Bianca, quedándose él con el pez solamente.

Ambos se sentaron en el sofá con la espalda encorvada justo

enfrente de la tele, preparados para comer. Su amiga observó maravillada el resultado que había conseguido Bruno con la comida, que no solo parecía tener buen sabor, sino que también tenía una apariencia de restaurante con el limón que le había colocado en rodajas atravesando al animal.

—¿No has hecho patatas para ti? —preguntó sorprendida señalando su plato, considerablemente más pequeño que el suyo— Si las has hecho en el horno no tienes por qué preocuparte, las que engordan son las fritas.

—Lo sé, no tengo mucha hambre, no te preocupes.

Era mentira, una tremenda mentira que rugía en su estómago desde el día en que decidió tomar una solución fácil, rápida y peligrosa para el tormento que lo acompañaba desde la infancia. Tantos años de vida sedentaria y quería contrarrestarlos en cuestión de días evitando comer y vomitando aquello que ni siquiera comía.

—Has estado desaparecido desde lo que te pasó en la discoteca —dijo recordándole aquel patético momento—, ¿estás bien? ¿Estás seguro de que no te ha afectado?

—De verdad, estoy mejor que nunca —mintió con incomodidad—. No he olvidado ese día, quizás nunca lo haga, pero me ha servido para darme cuenta de muchas cosas.

Había perdido un total de veinte kilos y todavía no había pasado un mes desde que había cambiado su estilo de vida. No era algo por lo que aplaudirle, no era sano lo que había hecho y lo peor era que ni siquiera sentía que hubiese merecido la pena. Se veía mucho más delgado, eso era innegable, pero conforme su cuerpo disminuía y se estrechaba, su mente exigía mayores cambios. No estaba contento con los resultados, siempre había pensado que la felicidad y la delgadez iban ligadas. Estaba a punto de tropezarse con aquella mentira y no estaba preparado para caer de bruces contra la realidad, por eso mismo pedía más. No podría parar de perder kilos hasta que su lengua se secase por no poder cerrar la boca y parar de sonreír con la explosiva alegría de haber cumplido una meta a priori inalcanzable

Bianca notaba que su amigo actuaba raro y que hablaba poco. Sabía que Bruno no era de los que renegaban de los segundos de silencio, pero aun para ser él callaba demasiado. Fue algo totalmente voluntario, ya que en su cabeza solo flotaban ideas sobre su peso, su apariencia y lo incómodo que se sentía apaciguando su sensación de hambre.

Cuando ella ya se había terminado el abundante plato que su amigo el chef había preparado con cariño, él todavía no llevaba ni la mitad. Sin embargo, en cuanto Bianca soltó los cubiertos, él la imitó.

—Termina que no hay prisa —le indicó Bianca antes de que Bruno negara con la cabeza mientras tragaba—. Entonces iré a por la tarta.

Me da igual que no tengas hambre, no me vayas a hacer el feo. Es increíble que no te termines de comer lo que tienes en el plato en tu día libre de ensaladas.

—¿Quién te ha dicho que hoy no haga dieta?

—Pues no sé, pero a ti te lo digo yo —sentenció con humor—. Que por un día no vas a arruinar ese figurín que estás consiguiendo.

Como si estuviese en su casa, Bianca sacó de la nevera la tarta y dos cucharillas que encontró tras rebuscar por todos los cajones de la cocina. Se lo puso delante a su amigo y a este se le hizo la boca agua sin poder evitarlo. Todos sus sentidos se revolucionaron con aquella tarta tan cerca, al único que faltaba por deleitar era al gusto y no pudo contenerse para hacerlo. Engulló su porción triangular antes de que a Bianca le diese tiempo de clavar la cucharilla en la suya.

Esta lo miró con ternura riéndose:

—Menos mal que no tenías hambre, ¿quieres el mío también?

—No, me he quedado bien —le dijo mientras se limpiaba la boca con una servilleta—. Muchas gracias, de verdad, realmente lo necesitaba.

No aguantó en su asiento mucho tiempo, sin pensárselo dos veces se disculpó diciendo que iba al baño. Ella lo dejó ir sacando su móvil para amenizar la espera, sin imaginarse nada raro. Era algo completamente normal, una situación natural a la que no se le daba importancia. La distracción de su pantalla no fue suficiente para que Bianca no escuchase ruidos extraños que venían del baño: arcadas, quejidos y sollozos. Bruno.

Se levantó de un salto dejando caer el móvil al suelo. El estruendo de la caída retumbó por todo el piso y se mezcló con los golpes que Bianca le asestó a la puerta del baño.

—¿Bruno, está todo bien?

—¡Sí! —se escuchó al otro lado.

Pero su amiga no se conformó con aquella respuesta y abrió la puerta sin miedo a verlo con el pantalón bajado. La escena fue muy diferente, Bruno no estaba tan bien como decía. Se encontró con su amigo temblando, tirado en el suelo abrazando la taza del váter. Sus dientes castañeaban sumando una tensión sonora al ambiente cargado de hedor gástrico.

Acababa de vomitar, de eso no había duda, pero, ¿qué podía haberle sentado mal? A penas había comido, quizás había sido la tarta, el trozo no era tan grande, pero se lo había terminado demasiado rápido. Cientos de posibilidades estudió Bianca hasta que se asomó a la taza y vio que no solo había comida entre los restos que su boca había soltado, sino también algo rojo que lo teñía. No habían comido nada de ese color rojizo intenso, era sangre.

Aquella no era la primera vez que Bruno había vomitado ese día, no

había podido evitar caer en la tentación tras el desayuno. Había comido una única tostada que acabó escupiendo tras acariciar su campanilla con los dedos. Antes de que Bianca llegase se había mirado al espejo levantándose la camiseta, no le había parecido estar presentable y había repetido el proceso, sin siquiera tener nada dentro. En aquella tercera vez, su cuerpo envió aquella alerta roja sangrienta.

La inquebrantable Bianca no se asustó ante aquella situación, su amigo la necesitaba. No hacía tanto que había comenzado a experimentar esos cambios y pensó egoístamente que todavía podía socorrerlo sin necesitar ayuda externa y profesional. Se lanzó a abrazarlo sin pudor de mancharse con los fluidos que había por el suelo.

—Esto lo vamos a superar juntos, ¿me oyes? —le susurró al oído dándole un beso en la mejilla— Esto ha sido un error, un grave error que no puedes volver a cometer. No tendría que haber estado tanto tiempo sin verte, sabía que algo pasaba.

—Pero yo… Estoy bien, solo ha sido un dolor de tripa.

Siguió inventando su película sobre la marcha ya sin sentido. Lo había pillado en el acto, no había nada que esconder. Aquel era el sucio secreto que había ocultado durante semanas y que lo estaba destrozando por dentro, literalmente.

—Bruno, deja de mentirme, puedes confiar en mí. Yo también he pasado por esto —confesaba derramando lágrimas sobre su pecho—. Somos demasiadas las chicas que pasamos por esto hasta que aprendemos a querernos después de comentarios hirientes que resuenan por los pasillos de los institutos. Te entiendo, perfectamente y no voy a dejar que pases por esto tú solo.

Él se dedicó a llorar sin saber muy bien qué decir. Se sintió avergonzado de lo que había hecho, se dio miedo a sí mismo por todo lo que su mente había hecho consiguiendo un consentimiento que no tenía. ¿Qué venía después? ¿Cómo podría seguir viviendo después de haber jugado así con su salud cegado por los complejos? Por el momento sería su maestra la que lo llevase por el buen camino.

Bianca lo ayudó a levantarse y tiró de la cadena para alejar de sí aquella peste culpable de la que la tarta se había impregnado al entrar en contacto con los jugos gástricos. Lo irguió de hombros con un empujón y le hizo mirarse en el espejo.

—Fíjate bien en ti, pero antes sécate esas lágrimas, que entre tú y yo podríamos estar llenando piscinas enteras —Ambos rieron utilizando el antebrazo como pañuelo—. Eres precioso, pero da igual que yo te lo diga o que cualquiera te lo diga, porque hasta que tú no lo creas no va a servir de nada. Está bien querer cambiar y no sentirse a gusto con uno mismo, pero tú te lo guisas, tú te lo comes, esto es para ti, tu

cuerpo es para ti. Todo lo que hagas, hazlo por ti, pero asegúrate de que sean cambios que te ayuden porque si vas por este camino acabarás peor de lo que empezaste —Lo obligó a quitarse la camiseta y mostrarle su mayor vergüenza, su cuerpo—. Mira esto, es increíble lo que has conseguido en tan poco tiempo, has conseguido una muy buena base para apuntarte a un gimnasio y conseguir un buen cuerpo de verdad. Te he parado a tiempo, podrías haber acabado siendo un saco de huesos enfermizo o quizás te podrías haber muerto de un ataque como el que te acaba de dar. Sí, estabas gordo y qué —la palabra le ponía los pelos de punta—, eso es así, pero ya no, te has jugado la vida por olvidarte de ese calificativo. Ahora tienes que mantener esto con salud. Podría llevarte al médico y llamar a tu madre, pero no lo voy a hacer. Este será nuestro pequeño gran secreto y lo seguirá siendo mientras te cuides como es debido. ¡Aprovecha ese don que te ha dado Dios con los fuegos de la cocina!

Bianca no era psicóloga, no estaba cualificada para solucionar aquel problema de bulimia que había entorpecido el disfrute del primer mes de Bruno en la capital, pero había descubierto el problema de su amigo a tiempo. Era ese el momento en el que tendría que haberlo puesto en manos de un profesional para que el problema no se extendiese, aunque le dio un vertiginoso voto de confianza.

Ella se sentía capaz de controlarlo, se preocupaba por él de verdad, tanto como nunca se había preocupado por nadie. Bruno era como el hermano pequeño que había dejado en su ciudad, pero que se había materializado con aquel tierno y tímido joven. No volvería a dejar que pasasen días sin asegurarse de que aquel hermano pequeño se encontraba bien.

Él por su parte siguió los consejos de su amiga y se apuntó a un gimnasio. Allí conoció a mucha gente nueva, a la que aunque no podía considerar amigos, podía charlar con ellos cada tarde sin que su timidez se interpusiese. Uno de los aficionados con los que hablaba le hizo bastantes recomendaciones y poco a poco comiendo bien y entrenando cada tarde su cuerpo fue convirtiendo la poca grasa que le quedaba en músculo.

Su objetivo no fue en ningún momento ser un culturista, pero conforme su cuerpo se abultaba de forma estética y atractiva se fue picando para ir consiguiendo mayor volumen. Sin embargo, aquel proceso iba a ser lento y progresivo. Ya no tenía prisa, estaba aprendiendo a quererse tal y como era y verse más fuerte cada semana no hacía más que incrementar ese sentimiento.

Todo este amor propio que se estaba haciendo su propio hueco en su corazón tuvo que exteriorizarlo y portarlo en su piel con el mismo orgullo con el que recordaba en su pecho su pasado. Esta vez tuvo que pedirle consejo a Bianca para que le recomendase otro estudio de

tatuajes, ya que iba a ser algo incómodo explicarle a Manu que ahora era el mejor amigo de su ex y que gracias a ella había conseguido no caer en la espantosa bulimia y en la respectiva anorexia. De esta manera, ya sin miedo a la aguja que lo taladraría, luciría de ahí en adelante un espejo de mano perfectamente contorneado en el antebrazo derecho. El diseño, como el del anterior tatuaje, lo hizo Bianca, que supo representar perfectamente el espejo con el marco recargado de decoración barroca como el de una princesa de película que Bruno le describió.

10. Flores y vino

«Encontramos un grupo de amigos de Bastian en la siguiente taberna, donde brindamos, reímos y bailamos. Lo pasamos muy bien y yo me sentí completamente integrada, como si no existiese ninguna diferencia entre aquellos hombretones y yo. Pillé a Bastian un poco borracho y le dije que estaba preparada para cazar mi primera presa. Buscábamos algún animalillo por el bosque, pero nos topamos con unos extranjeros que acampaban. Bastian me dio la señal de ataque, pero me invadió el miedo y me tuve que conformar con clavar mi puñal a un inocente conejo. Creí que sería más placentero sentir el poder de acabar con la vida de otro ser».

—…¡Te deseamos todas! —cantaban las amigas de Bruno al unísono entre risas— ¡Cumpleaños feliz!

Bruno sopló al círculo de chupitos que le habían puesto delante, imaginando con esfuerzo la llama de las típicas velas. Cuando las visualizó apagadas se repartieron los pequeños vasos cargados hasta arriba y tras brindar se lo tomaron de una sola vez. Bruno, que no estaba acostumbrado al alcohol, tuvo que disimular su expresión de desagrado cuando notó en su lengua aquel sabor amargo similar al de la colonia. Enseguida cambió de opinión cuando un calor infernal a la vez que placentero se resbaló por su garganta.

Era 9 de noviembre, el día en el que Bruno cumplía su esperada mayoría de edad. Para celebrarlo había invitado a cenar a una hamburguesería del centro a sus amigas más cercanas: Bianca, Julia, Sara, María y Lidia. La ocasión merecía que Bruno estrenase todas y cada una de las prendas de su atuendo, seleccionadas con minuciosidad junto a Bianca. Una chaqueta de cuero ajustada y un pantalón blanco con roturas estéticas y deshilachadas esparcidas por el tejido que realzaban su belleza y su figura atlética.

El cumpleañero recibió una colonia y una sudadera, ambas de una marca cara, que por alguna razón no le hicieron ningún tipo de ilusión. No era una persona materialista, pero era fácil no serlo cuando lo tenía todo. Con el crédito de su tarjeta aparentemente ilimitado pagaría esa cena y todas las copas de la noche y aun así seguiría sobrándole el dinero. Tampoco se fijaba en lo que gastaba porque sus billetes no estaban manchados de sudor. Todavía no se había esforzado para conseguir nada y parte de la culpa la tenía su madre.

Ángela no había perdido la ocasión de acercarse a su hijo ese día.

Habían comido juntos por primera vez después del chocolate con churros del Retiro y había vuelto a embaucarlo para que pareciese que siempre estaría ahí cuando lo necesitara. Sin embargo, aun compartiendo las mismas cuatro paredes, su madre se había perdido demasiadas cosas, algunas de ellas que incluso podrían haber llevado a su hijo a la muerte. Tras cientos de cumplidos y palabras amorosas le había regalado un polo, también de marca, que Bianca le había advertido que no se pusiese jamás en su presencia.

—No recordaba que mi amigo se llamase Cayetano —ironizó su amiga al verlo.

Ya en la calle se despidieron de las compañeras de clase de Bruno para que Bianca y sus amigas pudiesen pasar a criticarlas por la espalda de camino al Hacha. Lidia y María no querían alargar esa noche más de la cuenta porque tenían pensado pasar todo el domingo estudiando para el examen que las amenazaba el lunes. Ese examen sería igual para Bruno, pero vio mucho más importante festejar por su nacimiento, ya que era la primera vez que tenía ganas de hacerlo.

—Nos lo hemos pasado súper bien —le decía María a Bruno mientras lo abrazaba—, espero que también lo paséis bien esta noche. Ya me dirás el lunes qué tal, con lo guapo que vas seguro que algo vas a tener que contarme.

El cártel de neón seguía en el mismo lugar, coronando el local y aguardando que Bruno se integrase en la noche madrileña. Un tortuoso *déjà vu* atacó a Bruno al reencontrarse con la larga cola de gente que había esperando para entrar en la puerta del Hacha.

No podía tener miedo, no en ese día. Avanzó junto a sus amigas con la cabeza bien alta, soportando el peso de todas las miradas que su cabeza imaginaba. Era verdad que iba guapo, estaba impoluto, se podía decir que estaba en su mejor momento y cualquier conocido o vecino del pueblo se hubiera quedado embobado, pero no era el caso de los allí presentes. Todos los jóvenes que se fumaban el último cigarro antes de entrar iban tan arreglados o más que él, por lo que no destacaba. Aun así, estaba bien que su autoestima le regalase ese pensamiento, ya que lo ayudaría a desinhibirse y deshacerse de la ansiedad social que siempre le había impedido bailar y disfrutar de los festejos.

La espera no fue demasiada, habían llegado pronto. Cuando fue su turno, Bruno palpó todos sus bolsillos buscando su DNI con la respiración acelerada hasta que acabó encontrándolo. Cómo no iba a encontrarlo si había practicado esa escena en la soledad de su piso mil y una veces. Pasó ante el robusto segurata entre temblores creyendo que le haría cualquier comentario cómico sobre su recién alcanzada mayoría de edad, pero el hombre, que era el mismo de hacía unos meses, trabajaba allí cada noche y no tenía ni tiempo ni ganas de

recordar las caras de los mocosos que intentaban colársela.

Tuvieron que pagar dieciséis euros para entrar en el garito, aunque por lo menos con la entrada les "regalaron" una consumición. Bruno siempre escuchaba a Bianca quejarse de todo lo que tuviera que ver con gastar dinero, pero esta vez no hubo réplica. Consideraba que para aquello la pérdida merecía la pena.

Con tan solo dar un par de pasos en el recinto, ya comenzaron a escuchar como a lo lejos la música retumbaba marcando el ritmo del jolgorio y la euforia que sentía la juventud de la capital. Se adentraron a tientas por un pasillo sin una iluminación clara que dejase a la vista cada detalle del espacio, aunque podían guiarse gracias a las luces LED de color rojo tenue que formaba un ambiente lleno de claroscuros.

Antes de llegar a la sala principal pasaron por el ropero, donde los esperaba un segurata muy similar al portero, no solo por el uniforme, sino también por la calvicie juvenil y la robustez. Las tres volvieron a gastar su dinero en hacer uso de aquel servicio completamente imprescindible para ellas, ya que sus vestidos ajustados con más surcos y transparencias que tela no eran suficientes para aguantar el incipiente frío de noviembre y se habían visto obligadas a cargar con chaquetones con poco glamour. Bruno también dejó su chaqueta de cuero, quedándose con la manga corta de la camisa negra que llevaba debajo.

—El botón —le señaló Bianca al pecho.

Sin necesitar más explicaciones, se desabrochó el último y penúltimo botón de la camisa, dejando expuesta una gran parte de su pulido torso. Cuando lo hizo, se arregló el pelo con las manos y le dedicó una sonrisa pícara a su amiga.

Una vez que parecía que por fin se iban a adentrar en la pista de baile, sus amigas le pidieron que esperase mientras iban al baño a retocarse el maquillaje. Él no tenía ninguna necesidad, pero también fue, por miedo a quedarse solo en aquella jungla oscura.

Estaba vacío, lo que lo ayudó a reencontrarse consigo mismo. Se acercó al espejo y dejó caer una lágrima de alegría mientras se deleitaba con su propia imagen. Se gustaba, estaba conforme con lo que veía, quizás al día siguiente rompía el espejo con un llanto desconsolado, pero esa noche estaba radiante. Era Bruno, no el de ayer, sino el de verdad, el que siempre había soñado. Era quien quería ser.

¿Dónde estaban los complejos? Consigo, tal y donde los había dejado, pero no quiso fijarse en ellos. De alguna manera podía decirse que iba disfrazado de seguridad, pero si la ropa ajustada y las horas de gimnasio eran un ancla que lo ayudaban a estabilizarse, seguiría agarrándose a ella.

Se espabiló echándose agua en la cara y se prometió que disfrutaría de esa noche como un niño en su primer parque de atracciones. Ya creía gustarse a sí mismo, era hora de abrirse al resto sin que lo intimidasen. Su apariencia tenía que corresponderse con sus actos.

Fuera sus amigas lo esperaban. No se habían retocado el maquillaje, sino que lo habían reconstruido en tiempo récord. Lo que era una discreta sombra natural y una raya del ojo simple se había convertido en cuestión de minutos en los rostros de tres ninfas del bosque. Se recubrieron en *glitter*, perlas y colores llamativos, delineando sus labios en rojo para hacerlos más grandes. Ya no era maquillaje, eran obras de arte que jugaban con los cambios de luz del local.

Ahora sí, bajaron juntos unas escaleras transparentes hasta una de las salas de la discoteca. Pisaron fuerte escalón por escalón impregnándose del idílico entorno y haciéndose notar. Sí, todos se habían puesto sus mejores galas para la ocasión, pero aquellas tres despampanantes muchachas que se complementaban con la recién estrenada seguridad de Bruno se convirtieron en el foco de atención. Esta vez sí, no era la imaginación del joven, giraron sin quererlo varios cuellos y se regocijaron en el brillo de los ojos del resto que se forjaba al contemplarlos.

Con esto, Bruno tenía dos opciones: o bien el miedo hacía que su seguridad se desmoronase al sentirse observado, o bien alimentaba su ego con la envidia sana de aquella gente que lo estaba aceptando sin duda en su manada nocturna. Quizás fueron las cervezas y el chupito de la cena lo que lo ayudaron a tomar la decisión, pero sin pararse a pensarlo escogió la segunda.

—Vamos a la barra —mandó Bruno arrebatándole por un momento el liderazgo a Bianca—, tengo sed.

—Tranquilo —contestó Bianca adelantándose—, es siempre nuestra primera parada.

Hicieron uso de su consumición gratuita, no sin que antes Bruno las invitara a una ronda de chupitos para ponerse a tono. Al ser él inexperto, Bianca tuvo que decirle al oído lo que pedir. Con sus vasos en mano se deslizaron hasta llegar al centro de la pista, donde más los iluminaban los focos.

Bruno se fijó en el inexistente código de vestimenta, la decisión de qué ponerse le correspondía a cada uno sin ser juzgado por ello, aunque rechazando sobre todo lo básico. Era lo estrambótico y lo recargado lo que más destacaba y triunfaba. De la misma manera, en aquel paraíso la temperatura parecía adaptarse a las necesidades de cada persona. Algunos chicos llevaban asfixiantes jerséis de cuello alto y los más atrevidos se lucían con tirantes ajustados que marcaban con exactitud el relieve de sus músculos. En las chicas no se observaba ningún patrón, combinaban accesorios, tops, faldas, vestidos y

maquillaje con envidiable personalidad y estilo propio. Era eso lo que más importaba, tener una buena apariencia para causar buena impresión en el resto. Las flores.

Cualquier cosa parecía estar bien vista en el Hacha, gracias al filtro de la embriaguez que recaía entre todos los presentes. El vino. La bebida fue una gran ayuda para Bruno durante esa noche, gracias al alcohol pudo tirar a un lado el figurado palo que tenía atado a su espalda que convertía todos sus movimientos en rígidos y fríos. En cuanto sus amigas empezaron a contagiarse por el ritmo de la música haciendo movimientos al principio ligeros y luego más exagerados, Bruno quiso imitarlas, conociendo claro está sus limitaciones.

Cerró sus ojos y dejó que la voz robótica y empoderada de mujer que salía por los enormes altavoces le calase los huesos y se mezclase con los brebajes que había estado ingiriendo. Fue un proceso lento, pero alcanzó los movimientos de sus amigas sin sentir la vergüenza que acostumbraba a tener en todas y cada una de las fiestas de su pueblo.

No era la primera vez que su cuerpo se dejaba llevar, bailar era uno de sus pasatiempos favorito cuando estaba solo, pero nunca había podido reflejarlo ante el resto por sentirse ridículo.

Se planteó si podría hacer aquello sin estar bajo los efectos del alcohol, pero la canción que sonaba rompió, llevándole al punto más alto de éxtasis y descartó las preocupaciones. Saltaba, bajaba, movía sus caderas, levantaba las manos, cantaba y gritaba, todo esto mientras sus ojos y los de Bianca permanecían en contacto. Todo lo que su amiga le había estado prometiendo esos meses se estaba cumpliendo, Bruno lo estaba pasando bien, mejor que bien, en un escenario que había sido un infierno en otra etapa de su vida.

Los bajos sonaban con fuerza, haciendo que su cuerpo vibrase y sintiese una enorme presión placentera, como si cada golpe de la producción de las canciones correspondiese con su ritmo cardíaco.

El Hacha estaba a rebosar de gente, los frenéticos y aleatorios movimientos de baile estaban limitados a un pequeño espacio personal para no molestar a nadie, aunque no faltaban los golpes y los empujones. A nadie le importaba sentir el contacto de la gente, nadie se quejaba a no ser que se pasasen de la raya. Pese a estar rodeado de jóvenes *disfrutones*, Bruno se había evadido por completo sintiendo que bailaba solo junto a sus amigas.

Ya había pasado una hora cuando Bruno y Bianca tuvieron que salir por un momento del centro de la pista para pedir otra copa en la barra.

—Lo estás pasando bien, ¿no? —Era sin duda retórico, nadie había visto a Bruno con esa sonrisilla tan sincera antes— Esta era tu última prueba para formar parte de Madrid y sin duda la estás pasando.

—Gracias —le pudo decir antes de que el barman los atendiese—. Dos chupitos de tequila y dos *roncola*.

Enseguida el animado hombre trajeado sacó el limón, la sal y los diminutos vasos de chupito que rellenó hasta arriba. Bianca miraba a Bruno emocionada por el monstruo nocturno que había creado, era la segunda vez que acudían en busca de alcohol a la barra y Bruno ya sabía lo que pedir. Aun recordaba el día que se habían conocido cuando insinuó no haber probado nunca la cerveza.

Brindaron, apoyaron el vasito en la barra entre risas, lamieron la sal que habían echado en su mano y ambos lo ingirieron de una sola vez. Cuando chuparon la rodaja de limón acabando el ritual, sus miradas agrias les provocaron un ataque de risa. Agarraron su cubata dándole el primer sorbo y volvieron a bailar.

Eran las dos de la mañana, Bruno y Bianca ya habían vuelto más de una vez a por el relevo de copas. Hacía horas que habían perdido la pista de Sara y Julia, por lo que su espacio de baile se había reducido al no poder formar un corro con ellas. Sara les había dicho que iba al baño y que volvería enseguida, pero se había perdido entre la gente. Por otro lado, Julia estaba cerca de su campo de visión besándose pasionalmente con una muchacha que acababa de conocer.

A Bianca también le habían llovido las peticiones amorosas, pero las había rechazado todas, una actitud que no acostumbraba a tener los sábados por la noche, en los que todos los chicos le parecían guapos por igual. Se había contenido para acompañar a su amigo en esa velada de iniciación, pero esperaba que no se acostumbrase, puesto que su manera de vivir la noche solía ser mucho más intensa y salvaje.

A las tres el DJ ya había repetido algunos de los temas más populares del momento, aunque ellos los bailaban como si fuese la primera vez que los escuchaban. Habían pensado en ir a pedir una canción, pero siempre acordaban ir cuando acabase la siguiente y así siguieron canción tras canción.

Cada vez que Bruno se fijaba en alguna persona que no fuese su amiga, le daba un trago a su bebida, por lo que no tuvo mucho tiempo de socializar. Sobre todo, no tuvo tiempo de hacerlo de la manera en la que Julia lo estaba haciendo, enganchada a la boca de aquella chica.

Sin embargo, alcanzadas las cuatro de la mañana Bianca comenzó a enumerarle las personas que no le quitaban la vista de encima. Al principio no la creía, pero en cuanto devolvía alguna que otra mirada se percataba de las intenciones de seducción del resto. Se sonrojó como solía hacerlo continuamente fuera de aquel local, con la diferencia de que allí nadie se daría cuenta gracias a las cambiantes luces fluorescentes que se quedaban grabadas en las pupilas.

—Lo de ese chico no puede ser más descarado —le señaló ella sin

parar de bailar.

—No —luchó el Bruno de su interior por agarrarse con fuerza al filtro que el alcohol inhabilitaba—, yo no soy como tú.

El chico era atractivo, por supuesto que lo notaba. Incluso con la distancia y con los ojos cansados de llevar tanto tiempo las lentillas puestas percibía esa belleza que le producía un calor similar al de la bebida. Aun así, se negó.

—No te cierres tanto y experimenta un poco con tu sexualidad, no me seas básico.

—¡Ni siquiera he experimentado con la sexualidad normal! —gritaba por encima de la música haciendo que la animada cara de Bianca cambiase— ¿Cómo voy a probar cosas raras?

Su amiga dio un largo trago a la copa, tan largo que no la separó de sus labios hasta que no se acabó su contenido. No era momento de darle la llave a su amigo para desengrasar la puerta de aquella mente cerrada. Le haría entender las cosas con la práctica, sin más teoría.

—Si tan claro lo tienes ve a por esa chica de allí y disfruta de tu primer beso. Es la única chica que te está mirando en todo el local —le dijo quitándole la copa de la mano y pegándole un ligero empujón hacia la chica—. Nada como la dulzura de unos labios para disipar dudas.

No era extraño que no tuviese miedo de hacer lo que su amiga decía, lo extraño era que se mantuviese en pie con todo lo que llevaba bebido. Asintió y marchó hacia la joven que lo cortejaba a lo lejos. No sabía si era el vino o las flores, pero aquella joven con el pelo largo y rubio parecía demasiado perfecta. En cambio, no le producía aquel fuego interno que el cuerpo del otro chico le había contagiado, quizás sería por el reciente encontronazo con su mejor amiga.

Fue algo natural, continuó moviéndose, siguiendo el frenético ritmo de la melodía que ensordecía incluso los pensamientos, hasta que acabó justo al lado de la chica, que lo miró esta vez de una forma más atrevida.

—Hola, soy Bruno —le dijo directamente en el oído para no tener que alzar la voz—. Te he visto desde allí y creo que podríamos bailar juntos.

—Sí, tú a mí también me has gustado mucho —contestó poniendo palabras en su boca que no había llegado a decir.

Entre los tacones de ella y la estatura media de él, no le hizo falta a la muchacha ninguna iniciativa para agarrar a Bruno de la mandíbula y robarle su primer beso. Cuando se encontró con sus labios sintió paz, como si se quitase un peso de encima, una carga tan enorme como invisible que había llevado a hombros durante muchos años. Le gustaba, esa humedad, esa suavidad, se habría quedado prendado de esos labios toda la noche. De hecho, prácticamente lo hizo, puesto que

estuvo con ella todo lo que quedó de noche.

Bailó de la misma manera que lo hacía con Bianca y la acompañó a la barra para invitarla un par de veces, sin brindar con ella, puesto que había encontrado su límite hacía horas. Si bebía algo más habría arruinado aquella especie de cita multitudinaria a la que no estaba acostumbrado.

De repente, las luces de la sala se encendieron, no las molestas e inquietas, sino las otras, las luces de verdad, las que iluminaban realmente. La magia de la noche desapareció y se reflejó en los rostros demacrados de los rezagados que quedaban esperando al cierre.

Bruno buscó a Bianca con la mirada, pero ya parecía haberse marchado. Vio a Julia a lo lejos y se tranquilizó al saber que no había sido el último de su grupo en irse, aunque aquello en ese ambiente era un título digno de alardear.

Volvió a mirar a la chica que había cazado su primer beso. Ni las luces, ni el insomnio habían estropeado su rostro, pero no tuvo el valor de insinuárselo puesto que el único efecto del alcohol que le quedaba era la resaca. Lo que sí pudo hacer fue cogerle de la mano para ir con ella hasta la salida, pero enseguida notó un insensible tirón:

—¡Eh, cuidado con lo que haces! No sé si te voy a volver a ver, guapito —le decía con una superioridad maligna—, pero espero que no te pilles.

11. Borracho

«No le conté a nadie más que a Bastian lo que había hecho, me fui corriendo a los establos para ocultar mis lágrimas. ¿Qué culpa tenía ese pobre conejo de que unos sinvergüenzas se hubiesen levantado contra el rey? No me sumaría más víctimas hasta que no me reencontrase con enemigos de verdad. Al menos Bastian me ha consolado y me ha acompañado a entrenar al bosque, aunque le doliese la cabeza y estuviese un poco atolondrado por la juerga en la taberna».

Con cuerpo presente y alma ausente, Bruno fue tambaleándose hacia el metro para volver a su casa. Le gustaba más el autobús, el metro era decadente y estaba iluminado con bombillas demasiado artificiales. Había consultado su aplicación de transportes y era la vía más rápida, por lo que no se dio el privilegio de elegir.

Se dejó caer con dificultad para orientarse en uno de los vagones. Lo veía todo borroso, dudaba que las lentillas permaneciesen en sus ojos. Se le habrían caído durante la noche, pero con tanta euforia ni siquiera se había dado cuenta. Tampoco había nada que ver allí dentro, la mayoría del espacio había que imaginarlo con esfuerzo y bajo la influencia del alcohol nada parecía merecer atención.

Estaba roto, no podía cargar consigo mismo ni en lo físico, ni en lo psíquico. ¿Cómo había sido capaz esa ramera de jugar con sus sentimientos? Le había robado un momento único y se había marchado para siempre. El recuerdo era igual de borroso que todo lo que veía, pero había llegado a sentir algo que quizás era amor. No estaba acostumbrado a aquel tipo de emociones, por lo que no las diferenciaba con exactitud. Algo era, no sabía qué, puede ser que simple ilusión, pero algo había. Sin embargo, todo eso se había tornado en odio en cuanto las estrambóticas luces de colores habían pasado el relevo a las potentes lámparas que quemaron las sensibles pieles de los vampiros ebrios que habían trasnochado hasta el final.

Con tan solo una frase y un gesto hosco, la muchacha había estrujado, arrancado y pisado el pequeño corazón de Bruno. Había sido todo falso, un entretenimiento pasajero. ¿Cómo no lo había visto venir? Ni siquiera le había dicho su nombre, ¿qué historia de amor podía imaginarse con una chica a la que no podía nombrar? Aquel momento que pensaba idílico y fantasioso había acabado siendo un simple hurto, una violación a sus sentimientos. ¿Qué diría ahora cuando le preguntasen durante una ronda de anécdotas que cómo

había sido su primer beso? Mentir, sin duda mentir. Solo él sería testigo de ese bochorno.

¿Y Bianca? ¿Qué habría sido de Bianca? Solían picarse siempre sin llegar nunca a pelearse. ¿Estaban peleados? Bruno no sabía nada, nada de nada. Apenas recordaba su propio nombre y poco más. Necesitaba una cama, si no llegaba pronto al piso de su madre caería rendido en mitad de la calle y los peatones lo confundirían con un vagabundo.

Como él decenas de jóvenes dormitaban en los diferentes vagones del metro, aunque no tenía energías para escanear el entorno en el que se encontraba. Si las fuerzas no le eran suficientes para ocuparse de sí mismo, ¿cómo iba a observar también al resto? La mayoría iba en grupos y pese a que las ojeras ocultaban su naturaleza humana, reían recordando algunas anécdotas de la noche. Allí le faltaba Bianca, para poder apoyar la cabeza en su hombro y darle las gracias tantas veces como le diera tiempo antes de llegar a su parada.

No solo había lozanos *zombies* de regreso a sus hogares, algunos pocos cogían el metro a esa hora, las siete de la mañana, para acudir al trabajo. No los miraban raro, como mucho con una mezcla de ternura y envidia, puesto que ya estaban acostumbrados a esquivarlos cada domingo.

Bruno dormía con los ojos abiertos, un trance que la voz de la megafonía rompió al recordarle que ya le tocaba bajarse. Tuvo que impulsarse con ambos brazos para poder levantar el culo del asiento, aquello era lo más parecido a la vejez que alguien de su edad podía sentir.

Todo le daba vueltas, no habría podido salir sano y salvo por la boca del metro si no hubiesen instalado aquellas escaleras mecánicas que lo arrastraron hacia la salida como a un paquete de galletas en la cinta transportadora de una fábrica.

Volvió a iluminarlo la luz del sol. Había sido una buena idea coger el metro, no habría soportado los penetrantes rayos todo el trayecto en el autobús. Echó en falta unas gafas de sol, que además habrían ocultado sus ojos rojos y hundidos, pero cuando salió de casa por la noche no tenía pensado lidiar con ese problema.

Se cruzó de camino con el dragón que cuidaba de su barrio. Mantenía su lomo salpicado por el arte urbano, pero su majestuosidad seguía intacta. “Ay dragón, fíjate cómo estoy, ¿todavía me recuerdas cargado con mi maleta y mis ilusiones?” pensó exteriorizando una carcajada. Lo estaba cumpliendo, ya no era el mismo que ese dragón de piedra y azulejos de colores había conocido. “Me alegro de verte de nuevo, te he echado de menos” se despidió esperando sin éxito que una voz divina le contestara.

Le rugían las tripas, pero creyó que sería el aviso de un vómito incipiente. No tenía buena relación con la regurgitación y esperaba no

tener que practicarla, esta vez involuntariamente, durante aquella primera resaca. En cuanto vio al churrero del barrio abriendo las puertas de su local, la saliva de su boca le desveló que lo que necesitaba era comer algo. No había vuelto a probar aquellos churros desde que su madre le había dado falsas esperanzas a modo de bienvenida. El aceite y el chocolate habían sido productos prohibidos durante su transformación. De hecho, continuaba evitándolos con temor a pesar un gramo de más.

Fue el primer cliente del día. Esperó no haberle fastidiado el día al pobre hombre con su sequedad a la hora de recitar la comanda. Lo que nunca sabría sería la sonrisa que se le dibujó al churrero en cuanto le dio la espalda con su desayuno en la bolsa. Lo comprendía, él también había sido joven. Estaría allí cada domingo esperando que regresase de sus juergas con una sonrisa conciliadora que sus mareos jamás le permitirían recordar.

Se alivió, aunque no se extrañó, al comprobar que su madre no estaba en casa. No tenía ganas de ver absolutamente a nadie, más que a las sábanas limpias de su cama con olor a suavizante de marca blanca.

Los churros le supieron incluso mejor que la primera vez que los cató y el chocolate espeso le sentó mucho mejor que los cubatas. Completamente contrario a lo acostumbrado, primero desayunó y después se fue a dormir con el estómago lleno. Estaba cansado, atiborrado, triste, alegre, enfadado, resentido, ilusionado, enfermo… Lo estaba todo, muchísimo de todo. Con esta mezcla de positivismo y negatividad sus párpados se sellaron hasta nuevo aviso.

La persiana de su habitación se replegó sola a las siete de la tarde. Fuese cual fuese el verdadero objetivo de aquel acto mágico no lo cumplió, puesto que apenas quedaban rayos de sol que penetrasen la sala. Lo que sí funcionó fue el chirrido molesto que hacía la persiana al subirse. Con los ojos inútilmente abiertos, Bruno tanteó quién se había atrevido a despertarlo de su reparador sueño. Identificó a la mancha que su miopía le permitió ver gracias al pelo rojizo recogido en unos moños pequeños típicos de Bianca.

—¡Buenos días! Va siendo hora de despertarse, ¿no, gandul? —Supo que le sonreía al ponerse las gafas—. Qué mono estás con esas gafas, deberías ponértelas más.

Había comprado una montura más juvenil y moderna cuando fue a recoger las lentillas definitivas tras testear las de prueba. Aun así, solo las utilizaba para estar en el piso, por lo que su madre y algún vecino cotilla cuando iba a bajar la basura eran los únicos que lo habían descubierto con ellas.

—¿No estás enfadada? —fue lo primero que se le ocurrió decir— Espera… ¿Cómo has entrado?

—No hagas tantas preguntas, tu mente resacosa no te va a dar para recibir tantas respuestas —decía riéndose mientras se acercaba al interruptor para encender la luz—. Me ha abierto tu madre, tan maja como siempre. Si llego cinco minutos más tarde no la pillo en casa —Bruno volvió a tumbarse ocultándose de la luz envolviendo su cabeza en la almohada—. Mírate cómo estás, ¿cómo me voy a enfadar contigo así? Tengo que asegurarme de que sobrevivas a tu primera resaca.

El cuerpo de Bianca estaba tan habituado al alcohol que aun habiendo bebido lo mismo que Bruno estaba fresca como una rosa, tan espontánea como siempre. Aun así, tenía que valorarle el esfuerzo de despertarse antes que él para llegar hasta allí y darle los buenos días, ya que dormir era el pasatiempo favorito de Bianca y suponía que no se habría marchado del Hacha mucho antes que él.

—Bueno, perdón por todo lo que dije ayer… Supongo, tampoco me acuerdo muy bien de qué fue exactamente, pero nada bueno si acabamos cada uno en una punta de la discoteca.

Sus disculpas sonaban torpes y sinceras. Lo que dijo aquella noche realmente había molestado a Bianca, pero no era rencorosa y le sirvió para comprender que tenía aún mucho trabajo por hacer con él.

—Nos alejamos porque fuiste a darte el lote con la rubia esa —le recordó a su pesar—. Pero sí, la verdad es que fuiste bastante gilipollas y algo homófobo. Tranquilo, el enfado me duró una canción, después conocí a un tío con el que me lie y se me pasó.

Tras un par de intentos Bianca consiguió que Bruno se levantase de la cama para no alargar más aquel cambio horario del periodo de sueño, ya que de lo contrario no podría dormir aquella noche y sería cautivo de una especie de *jet lag* del festero novato.

Su amiga mintió al decirle que le prepararía la cena-desayuno, ya que acabó pidiendo una pizza que Bruno pagó. Pese a los años que Bianca llevaba alejada de sus padres, todavía no había aprendido a encender siquiera los fuegos. Lo que sí supo preparar fue un surtido de pastillas para el dolor de cabeza marinadas con abundante agua.

No hablaron mucho durante su encuentro, al estar Bruno demasiado cansado para articular suficientes frases lógicas que formaran una conversación. Fue Bianca la que le recomendó que pusiese una película y que no hiciese mayor esfuerzo que dejarse llevar por las imágenes.

—Pon una de dibujos que el misterio te come el coco y es peor —Bruno le lanzó una mirada de extrañeza—. ¿Qué? No te hagas el maduro, las pelis de dibujos son mucho más entretenidas que muchas a las que llaman clásicos.

Eligió un largometraje animado al azar entre una gran variedad de títulos de su infancia. Lo hizo sin rechistar aun sintiéndose ridículo,

esperando que su madre no apareciese por la puerta y se encontrase con aquella estampa.

Bruno no se acordó de que tenía un examen que estudiar hasta que no estuvo en la puerta despidiéndose de Bianca. Ni se le asomó por la cabeza pasar aquella noche en vela para tratar de contestar al menos a un par de preguntas. Sabía que ya era tarde y que su cabeza no soportaría leer ni un solo párrafo de fundamentos de la lingüística. No se preocupaba, parecía que ninguna de sus faltas y despistes universitarios tuvieran repercusión directa sobre él. Sus padres desconocían cómo le iba el curso a su hijo y a él realmente tampoco le importaba, ya que estaba centrado en otras cosas.

12. Autoestima

«Los mercaderes se portaban muy bien conmigo haciéndome cumplidos cuando me veían entrenando con Bastian, al principio creía que se reían de mí, pero desde que comenzaron a ofrecerme regalos lo permito pensando que tienen buenas intenciones. Hemos coincidido en una taberna con el grupo del que me separé. Los gemelos siguen tan felices y alocados como siempre, me alegro mucho por ellos. El cronista también estaba allí y ha destacado mi progreso con la espada mientras me guiñaba el ojo. Todavía estaba a tiempo de ser la protagonista de la crónica y todo parecía cobrar sentido».

Allí estaba otra vez ante el espejo, flexionando sus músculos y contorsionándose con miles de posturas imposibles buscando un buen ángulo para que su cuerpo se viese similar al de los modelos que invadían la pantalla de su móvil durante sus jornadas de procrastinación en Instagram. Llevaba todo el mes trabajándose la autoestima con la ayuda de las horas que le dedicaba al gimnasio. Era un trabajo muy duro y a largo plazo, puesto que era mental y no tenía nada que ver con hacer repeticiones con mancuernas. La forma en la que ahora se miraba no tenía nada que ver con la evasión que procuraba antes del comienzo de su transformación, pero todavía dedicaba un zoom imaginario para cada una de sus imperfecciones.

Se había obsesionado y no pararía hasta que no hubiese cincelado con detalle todo milímetro de la estatua con la que cargaba. Al menos gracias a la intromisión de Bianca aquella obsesión se había vuelto sana y Bruno ya no hacía ninguna barbaridad con la que le hubiese dado un ataque al corazón a cualquier médico o nutricionista.

Sus ojos parecían tener diversas percepciones de sí mismo, ya que mientras que unos días sentía que era un dios griego deslumbrante y coqueto, otros solamente veía una masa deforme sin posibilidades de mejorar. La psicología de las personas era todo un mundo de procesos internos con tantas explicaciones que acababa pareciendo que no hubiese ninguna. El nudo de emociones y pensamientos que Bruno guardaba en su cabeza merecía un buen especialista que se dedicase a desenrollarlo poco a poco como se desenrollan unos auriculares olvidados recién sacados de un cajón. Pese a la consciencia que tenía de ello, el miedo y los prejuicios le impedían tratarse. No estaba loco, de eso estaba seguro, y no quería que nadie le dijese lo contrario.

Uno de esos días en los que tenía el guapo subido, se montó en el autobús para ir a la universidad después de unos días de retiro

espiritual por culpa de aquella resaca que se le había alargado más de la cuenta. Mientras pasaba la tarjeta por el sensor comenzó a sentirse observado, no por un par de ojos, sino por los ojos de todos los pasajeros. Ahora ya no pensaba que lo juzgaban, sino que lo desnudaban con la mirada, que lo deseaban y que lo imaginaban en escenas románticas. Como si fuese irresistible, como si fuese el protagonista de su propia historia y como si el mundo estuviese girando en ese instante meramente para que él respirase.

Era una estupidez, de hecho, la mayoría mantenían la cabeza gacha mientras escuchaban música o trasteaban con el móvil. Como mucho podría haberse confundido con aquellas miradas perdidas en el horizonte, tan ojerosas y parpadeantes que se echarían a dormir sin poder evitarlo en cualquier momento.

Fue esquivando las miradas simuladas por su autoestima hasta llegar a un asiento libre y se puso a hacer tiempo echando un vistazo a sus notificaciones del móvil sin prestarles atención. Sin embargo, una joven de su edad que se sentaba unos asientos más adelante no le dejó concentrarse en continuar sin hacer nada. Notaba sus pupilas fijas en él, pero cada vez que levantaba la cabeza sus miradas no se correspondían.

¿A qué estaba jugando? Absolutamente a nada, la adormilada universitaria rezaba por que aquel viaje se alargase para no tener que asistir a clase, pero Bruno seguía maquinando un escenario fantástico en el que todos lo alababan por guapo. Ni siquiera se fijó en la apariencia de la chica, cualquier muestra de atención le bastaba al corazón hambriento de Bruno para hacerse imágenes mentales de una boda.

Aquello le ponía de los nervios, llevaba ya casi dos meses sin sobrepeso y con músculos ligeramente marcados por cada rincón de su cuerpo, ¿por qué nadie se lanzaba a sus brazos? ¿Dónde estaba aquella felicidad de la delgadez que siempre había envidiado? No quería ser un juguete de usar y tirar, quería ir más allá.

Pensaba que su vida continuaba igual que en el pueblo, aunque en realidad todo hubiese cambiado de una manera más que drástica.

Había conseguido un cambio físico espectacular con el que su abuela tendría que hacer un gran esfuerzo para reconocerlo. Se había tatuado dos veces y planeaba constantemente garabatos que fuesen suficientemente representativos de su persona como para ocupar un espacio en su piel. Su pelo tampoco era el mismo, ni sus gafas ausentes o su ropa juvenil. Aunque todos los cambios parecían pertenecer al mundo sensible y todo lo inteligible de su vida le resultaba igual de desamueblado que siempre. Pero no era así, tenía amigos, tanto en la universidad, como en el gimnasio, sin olvidarse de Bianca, su ángel de la guarda. Estaba atado con todos ellos mediante

lazos invisibles, lazos que podía cortar cuando quisiese, por lo que su vida sí que había cambiado lo quisiese aceptar o no.

En la clase de literatura se sentó al lado de María, con ella era imposible no sentirse especial y querido. Demostraba su admiración por las personas constantemente, o más bien, su admiración por Bruno.

—¡Pero qué guapo vienes siempre! —dijo en un tono de voz demasiado alto abriendo las puertas de su conversación a toda la clase sin vergüenza alguna— Esa camiseta es nueva, ¿verdad? ¡Me encanta!

—Bueno, ya me la había puesto un par de veces, pero sí que es prácticamente nueva.

Jerónimo, el profesor, llegaba tarde como siempre, pero una vez pisaba el aula no perdía ni un solo minuto. Soltaba palabra tras palabra yéndose del tema infinitas veces sin dejar que los silencios inundaran su clase, aunque fuera por segundos.

—El profe estuvo haciendo muchas preguntas sobre tu falta el otro día —le susurró María al oído con ganas de que Bruno le diese tema de conversación—. Lo mejor será que hables con él cuando acabe la clase. No deberías faltar a los exámenes tan a la ligera, debiste llegar antes a casa el día de tu cumpleaños. Por cierto, ¡cuéntamelo todo!

Además de ser una persona excesivamente positiva que se encargaba de animar al resto en sus días duros, María también era muy cotilla. Le encantaba enterarse de todo y apuntar cada detalle en su agenda mental, encargándose siempre de comprobar la verosimilitud de lo que le contaban para profundizar en el tema en caso de que no encajase.

La clase estaba aparentemente completa, pero la mayoría de los jóvenes que estudiaban junto a Bruno habían dejado de ser novatos el primer mes y ya no se preocupaban por las faltas, de la misma manera que los profesores tampoco lo hacían, al no molestarse en recordar los rostros y nombres de cada uno de ellos.

No obstante, la relación académica entre Bruno y Jerónimo era diferente. Desde el primer día el profesor mostró un trato especial con él que en nada correspondía con el del resto de los alumnos. Fue la presentación lo que le hizo quedarse con su cara y con la musicalidad de su nombre.

Ya no faltaba tanto como acostumbraba a hacer cuando los vómitos forzados le absorbían la energía, pero todavía se tomaba algún que otro día libre para pasarlo con Bianca, que faltaba a clase más de lo que iba. Jerónimo rebuscó entre archivos que no le correspondían para encontrar el número de teléfono de Bruno y ponerse en contacto con él aquel septiembre tan duro. No logró apaciguar su preocupación, porque Bruno siempre mantenía su móvil en silencio y no tuvo curiosidad por devolver la llamada a aquel número

desconocido.

Esa vez había ido más allá, había faltado al primer examen del curso. Ya no estaba en el instituto, donde cuando estaba mínimamente enfermo podía faltar a clase o repetir cualquier examen con una nota firmada por su padre a regañadientes.

—Todo fue bien, mejor de lo que esperaba de hecho. Bueno, hasta que Bianca se derrumbó porque lo dejó con su novio —se saltó el final de la fiesta para que no notase lo importante y decepcionante que había sido su primer beso e inventó una trama que rellenase las ansias de María por conseguir una exclusiva—. Tendríais que haberos quedado Lidia y tú.

Era verdad que Bianca lo había dejado con su novio, aunque para Bruno ninguno de los que ella nombraba como novios podían ser considerados realmente relaciones. Por eso mismo era mentira lo de que estaba triste, había salido con más de diez personas desde que se conocían y ninguna ruptura conseguía conmoverla. Bruno hacía oídos sordos cuando le hablaba de su nuevo novio, porque conocía esa historia demasiado bien y no paraba de repetirse una y otra vez.

—¿Ah, había vuelto Bianca con su novio? No sabía nada.

—No —le contestó sorprendido de su talento para archivar y ordenar los datos de diferentes conversaciones—. Este era otro, ya sabes lo enamoradiza que es mi amiga.

Ambos rieron y volvieron a prestar un mínimo de atención a la clase:

—El éxito de Lorca fue tal que lo alabaron hasta sus asesinos —decía Jerónimo emocionado—. Sus poemarios tienen temáticas infinitas, tantas que la mayoría de significados siguen ocultos entre metáforas, esperando que estudiosos, como vosotros podríais serlo en un futuro, los encuentren.

En la primera fila una mano se elevó rompiendo la armonía del espacio para buscar la respuesta a una pregunta, pero el anciano profesor continuó divagando sobre su autor favorito varios minutos más antes de dignarse a contestar.

El brazo erguido pertenecía a Eneko, que con su portátil transcribía todas y cada una de las palabras del profesor, estuviesen o no relacionadas con el tema del examen, siendo en su mayoría curiosidades que no podía aguantar compartir. Se solía sentar junto a Lidia, ambos marcaban la banda sonora de las clases con sus rítmicos y constantes tecleos. Hacían un gran trabajo que acababan compartiendo con toda la clase sin demasiados agradecimientos. Eneko continuó escribiendo con una mano mientras el profesor se pensaba si darle la palabra, hasta que por fin lo señaló dejando descansar su brazo, sin mencionar su nombre claro está:

—¿Es necesario que conozcamos a las personas con las que Federico

mantuvo relaciones sexuales? —preguntó falto de vergüenza con tal de perfeccionar sus apuntes.

Se escucharon risas al fondo de la clase, pero la pregunta iba completamente en serio. Jerónimo no podía explicar la métrica de Lorca y la temática de sus poemas sin pararse en su curiosa vida pública.

—Está claro que ni yo ni nadie podría haceros tal grotesca pregunta sin indiscreción alguna —contestaba con palabras lentas que aguantaba en su boca alargando cada sílaba tónica—. Sin embargo, todas estas relaciones influyeron de manera directa en su obra y está bien tener una idea que no sea demasiado remota sobre lo que fue su vida y los contactos que mantuvo. Sabemos, por ejemplo, que todo ese gitanismo del que se llenó la boca era debido a la empatía que sentía al ver reflejada su homosexualidad en la marginación a la que se los sometía —Eneko sonrío al escuchar al hombre abrazar aquella palabra sin pudor—. Además, sin ir más lejos en la última de sus etapas se desnudó con *Sonetos del amor oscuro*, aunque estoy seguro de que no fue todo lo explícito que hubiese querido por los tiempos que corrían.

Antes de que al vasco le diese tiempo a asentir, Jerónimo ya había comenzado a hablar de otro tema, aburriendo a muchos y fascinando a unos pocos. Bruno lo alababa o lo bostezaba dependiendo del día, ya que no siempre tenía la energía para seguir aquel hilo alborotado de palabras sin quedar atrapado.

—El otro día vi a Eneko cogido de la mano de su novio por Gran Vía —volvió a susurrarle María, demostrando que era de las que se aburrían—. Son monísimos, me recuerdan a cuando estaba con Borja y paseaba con él bordeando la plaza de toros de Valencia.

María y Borja habían roto justo antes de que ella se mudase a Madrid. El romance no había decaído nunca desde que lo iniciaron con quince años, pero ella tenía claro que no iría a la universidad con novio, ni mucho menos teniéndolo en Valencia obligados a mantener una relación a distancia.

A Bruno le chirriaba escuchar hablar sobre plazas de toros, no era una afición que considerase respetable. Sus gustos eran totalmente contrarios a los de María, pero hacía que sus horas de clase se acortasen mágicamente y era una relación amistosa tan sana que no la cortaría ni por religión, ni por política.

—Ah, no sabía que Eneko tenía novio —Desde el primer día le había dado curiosidad aquel chico y todavía no habían intercambiado ninguna palabra—. Que les vaya muy bien, supongo…

Bruno tan solo había hecho amigas en la ciudad, además de los jóvenes del gimnasio a los que limitaba tan solo a ese ámbito social. Todos los chicos le recordaban a sus “amigos” del pueblo y por eso le costaba más relacionarse con ellos, aunque Eneko no era comparable a

ellos en ningún aspecto. No sería él quien le propusiese que se conociesen, pero al menos tenía a María para informarlo de lo que quisiera saber.

—Ay, Bruno, no sabía que te incomodaran ese tipo de relaciones.

—¡No! —la corrigió sonrojado olvidando susurrar y recibiendo un par de miradas de extrañeza por ello— Simplemente no sé qué decirte porque no lo conozco, aunque parece majo. Me dio mucha pena escuchar su historia sobre su pasión por el baile y que lo obligasen a estudiar en la universidad.

—Tranquilo, tan solo había sido una percepción mía —le sonrío María.

Cuando Jerónimo dio por finalizada la clase, Bruno hizo caso del consejo de su compañera y se acercó a él para darle explicaciones por su falta:

—Perdona, quería pedirte perdón por mi ausencia el otro día… Bueno, por todas las que he acumulado desde que empezó el cuatrimestre —Jerónimo lo miró con curiosidad. Parecía enfadado más bien, pero Bruno ya conocía sus gestos—. He tenido algún que otro problema personal y se me hizo un poco difícil este cambio de aires al principio.

—No digas más muchacho, con saber que estás bien me basta. Me preocupó que tu cambio físico hubiese sido forzado o que te hubieses dejado llevar por la capital —Negó ambas opciones que en realidad eran correctas—. Es muy difícil llevar la vida de un joven aquí manteniéndose cuerdo. La vida juvenil en general se puede tornar a veces tan dionisíaca que se descarta lo apolíneo y sin la armonía las mentes explotan —Bruno asentía sin entender mucho—. Las clases quizás son lo de menos, aunque puede que tenga prohibido decir esto o que esté mal visto que te lo diga un profesor, tu profesor. El problema es que uno de esos días faltaste a un examen y es vital que mantengas tus notas al día. Todavía no tengo ningún *feedback* tuyo y no sé cómo funcionas bajo presión, espero que el examen final te sea suficiente para aprobar mi asignatura. No tendría inconveniente en verte otro año más, pero te aseguro que cuanto antes te quites este marrón del medio que es la carrera, antes cumplirás todos esos sueños tuyos.

Bruno movía la cabeza de arriba abajo después de cada palabra, pensando que ese hombre estaba un poco loco. No les dio importancia a sus consejos sabios, teniendo en su mente tan solo la imagen de la ropa que llevaría el próximo sábado para continuar disfrutando de la noche madrileña una vez más.

13. El encuentro

«Llevaba ya tiempo sin sentirme juzgada por mi aspecto infantil en las tabernas, pero aquel día tuvo que ser la excepción por todo lo que venía y supe enseguida que todos me miraban. Allí estaban, tomándose una inmensa jarra de cerveza cada uno, mis tres hermanos mayores. No tardaron en descubrir mi identidad, ni el pelo, ni la ropa engañaron a sus avispados ojos. Bastian y yo salimos corriendo de la taberna en cuanto ellos abandonaron sus bebidas. Lo inevitable pasó y nos alcanzaron sin gran dificultad. Yo me encaré sacando un cuchillo de mi cinturón. El más mayor me dejó en ridículo pegándome un manotazo en la mano que hizo que me clavase el arma y la soltase al sentir la punzada. Fue Bastian el que se tuvo que enfrentar a ellos. Pese a que también se llevó algún rasguño, pudo dejarlos inconscientes y robarles sus pertenencias».

Aquel sábado hubo un cambio de planes al enterarse Bianca de que Sara y Julia no irían con ellos. Habían sido invitadas a una fiesta privada en el piso de una amiga. Bianca también estaba invitada, pero no dejaría que Bruno perdiese la costumbre de los sábados noche. Cuanto antes se habituara a esa rutina y al alcohol, mejor llevaría las resacas que le estaban costando los domingos y los estudios.

—Estas ya han hecho planes, así que hoy estamos tú y yo solos —lo informó por teléfono—. No vamos a volver al Hacha, es hora de que conozcas el teatro Marcelo para que puedas comparar y decidir cuál te gusta más. Realmente creía que serías más de Hacha, pero la rubia con la que te liaste me ha hecho cambiar de opinión.

Bruno había puesto el "manos libres" mientras pelaba una patata para hacerse la comida y no prestaba mucha atención a lo que Bianca decía.

—Bueno, no sé qué tiene que ver esa chica ahora, pero cuanto antes la olvides mejor —contestó poniéndose nervioso—. ¿Dónde nos vemos?

—A las doce en la Dos de Mayo y desde ahí te llevo —le indicó ella—. Ponte guapo. Adiós.

Así fue, a las doce y veinte Bianca y Bruno se encontraron ante las blanquecinas estatuas de Daioz y Velarde, dos oficiales que se vieron envueltos en el levantamiento que daba nombre a la plaza. Ya se había acostumbrado el joven a sumarle veinte minutos a cada hora a la que quedaba con su amiga, le había costado meses de esperas infinitas, pero al fin se había dado cuenta del patrón que siempre se

cumplía.

La vio aparecer tan maquillada como siempre, con su larga gabardina negra necesaria para no ser víctima de una hipotermia de camino a la discoteca. Ocultaba un estilismo extravagante, tan repleto de brillos como falto de tela.

Ese día Bianca no se había involucrado en ninguna de las prendas del atuendo de Bruno, por lo que lo primero que hizo al verlo fue juzgarlo con detenimiento:

—El jersey de cuello alto está muy visto, pero te contrasta bien con ese pantalón a cuadros —iba diciendo poco a poco yendo de arriba abajo—. Te tienes que comprar un reloj o algo, tienes las muñecas muy vacías. Muy bien por las zapatillas blancas, te dan el toque para que no te cataloguen de pijo. Te va a hacer falta en el sitio al que vamos.

—¿Qué diferencia hay entre ese sitio y el Hacha?

—¡Pues muchísimas! Para empezar las posibilidades de que tu ligue pague las copas son mayores y sobre todo que apesta a masculinidad tóxica, heterosexualidad y normatividad.

Cada vez que Bianca hacía mención a la sexualidad de las personas sin estar hablando de relaciones amorosas a Bruno se le encogía el pecho ocultándose en su antiguo yo que callaba mientras los demás hablaban. No estaba muy informado de esos temas y tampoco dejaba a Bianca, que era una experta, que le abriese aquel abanico tan amplio para mostrárselo.

—¿Eso te parece una diferencia clara? —provocó su risa— Porque yo no he entendido nada de lo que has dicho.

No recibió una explicación más detallada, Bianca dejó que las respuestas se las diera la experiencia cuando llegasen. La primera sorpresa fue la enorme cola de gente que había, que ocupaba la calle entera incluso siendo el recinto mucho mayor que el del Hacha, donde en menos de dos minutos conseguías entrar dentro. El letrero era sin duda menos ostentoso que el rosa chillón del otro, pero destacaba de igual manera. Además, tenía una portada mucho más grande y accesible que aun así no parecía hacer avanzar con más fluidez a la gente. Había más seguridad y la gente parecía mucho más recatada, como si no fuesen a dejarse llevar por los instintos en cuestión de minutos

La espera se hizo eterna y a Bianca le dio tiempo a fumarse dos cigarros. Su humo se mezcló con el del resto de asistentes ansiosos por adentrarse en aquella cueva en la que retumbaban los *beats* y no el eco.

Cuando llegó su turno, Bianca se abrió la gabardina y avanzó hacia el apuesto treintañero que se encargaba de dejar pasar a la gente. Tan solo le pidió la documentación, no tuvo que pagar nada. A Bruno le

sorprendió, ya que si a aquella discoteca iba gente con mayor poder adquisitivo, era de esperar que el precio fuese mayor. De hecho estaba en lo cierto, en cuanto el portero confirmó que Bruno era mayor de edad le pidió treinta euros, que duplicaban el precio de la entrada al Hacha.

—Se le ha olvidado pedirte el dinero —mostró una tierna inocencia.

—Las tías aquí no pagamos porque atraemos a los babosos —se rio con un toque de molestia hacia el sistema—. Bueno, algunas tías. Igual si no me hubiese abierto la gabardina no me los habría ahorrado, así que he ido a lo seguro.

Esta vez no tuvieron que pasar por el baño antes de que su noche comenzase, ya que Bianca se había maquillado antes de salir de casa. Aunque no lo pareciese había intentado adaptarse al entorno por el que iba a salir, pero lo único que resaltaba a simple vista era que no se había incrustado ningún tipo de abalorio de plástico en la cara.

El ritual comenzó con el típico acercamiento a la barra para ponerse a tono. No se sorprendieron al comprobar que al igual que la entrada, las copas también eran el doble de caras allí. Además, la consumición que regalaban era un chupito y no un cubata entero.

Se apalancaron en una esquina del local y comenzaron a moverse ligeramente al ritmo de la música. Conforme fueron bebiendo los movimientos se fueron exagerando y lo mismo les pasó a los hijos de ricachones que bailaban pegados a ellos, que una vez entraron en contacto con el alcohol olvidaron su posición social y su imagen.

Bianca daba tragos pequeños y cuando su copa se quedó por la mitad, sacó una pequeña botella de agua de su bolso y rellenó hasta el borde el vaso de cristal. Bruno se le quedó mirando extrañado, pero no tuvo que preguntar, ya que esa era una de las lecciones que Bianca había preparado para él esa noche:

—Como ya habrás visto aquí los cubatas son mazo caros, así que yo me traigo mi botellita y me ahorro la mitad del dinero.

—Si quieres te puedo invitar yo a la segunda, ¿no pierde el sabor con el agua?

—¿De verdad crees que lo que he echado es agua? —ninguno paró de bailar mientras conversaban, por lo que hacían pequeñas pausas cuando sonaban los estribillos— No te preocupes por mí, ya estoy buscando entre ese grupo de tíos con camisa blanca y vaqueros quién va a ser mi copero hoy.

En ese aspecto, Bruno estaba desganado y no tenía ganas de pasar la noche besándose con chicas a las que no volvería a ver. Prefería mantener precedentemente una conversación con ellas y sobre todo preguntarles antes por su nombre. Sí, quizás era eso lo que había faltado para encender su pasión. Analizó su entorno, pero sentía que ninguna de esas jóvenes estaba a su alcance, todas parecían demasiado

elegantes y superiores, o por lo menos parecían creérselo, lo que hacía que los demás también lo pensasen.

Aquellos pensamientos de inferioridad se fueron disipando y Bruno le hizo un hueco a su autoestima cuando se acabó la copa. Quiso que Bianca lo acompañase a por otra, pero ella ya le había dicho que esa noche no podrían pasar tanto tiempo juntos. En cuanto ella se acabó también su copa, después de volverla a llenar con agua dos veces, se despidió de él y quedaron en que se verían en dos horas en el mismo lugar para hacer recuento de "presas".

Ya sin la compañía de su amiga, se acercó a la barra a por más bebida para perder el filtro de contención que lo caracterizaba.

Por el camino notó miradas amargas entre el bullicio risueño, no eran de esas miradas que él se imaginaba, eran reales, lo juzgaban. La semana pasada no se había sentido rechazado por los nocturnos fiesteros ni una sola vez. Apenas acababa de comenzar la noche y ya tenía que evitar cruzar sus ojos con los de determinadas personas. La mayoría de críticas visuales venían de hombres, lo que contrastaba con los del Hacha que parecían desnudarlo en sus pervertidos pensamientos. No lo entendía, ¿qué había hecho mal? Sí que parecía un poco perdido, pero esa no era razón alguna para ser odiado por nadie.

Pilló a uno contemplando fijamente sus pantalones a cuadros y cuando Bruno respondió imitándolo el muchacho disimuló dándole un largo trago a su bebida. ¿Qué problema había con su ropa? Era evidente que allí los chicos no parecían tener un estilo muy marcado y diverso, pero estaban en Madrid, donde le habían hecho creer que todo era posible y que la libertad se anteponía ante todo.

La segunda copa no le duró en la mano ni cinco minutos, ya que se había emparanoiado con aquellos ataques sutiles y permanentes. Bailaba acercándose a alguna que otra muchacha, pero cuando conseguía la correspondencia tenía que pararles los pies por la vertiginosa velocidad similar a la de la rubia que se quedó con su primer beso.

Llegó a besar a una segunda chica, suponiendo ya que no podría conocer a nadie profundamente si no pasaba antes por esa fase. Enseguida se aburrió de él y volvió con sus amigas, cosa que él no pudo hacer porque no sabía dónde estaba Bianca y seguramente estuviese ocupada.

Encendió la pantalla del móvil, que destacó como una antorcha en unas catacumbas, para mirar la hora. Ya casi había llegado el momento de reencontrarse con su amiga, aunque no sabía si estarían juntos mucho tiempo.

Estaba ya casi en la tranquila esquina en la que habían empezado poniéndose a tono, cuando escuchó resonar su nombre por encima de

la hipnótica música, despertándolo así del trance del alcohol. No era la suave y flamante voz de Bianca, sino un timbre masculino y familiar. Tenía miedo, no le gustaba lo familiar, estaba allí para vivir y disfrutar entre desconocidos.

Terminó con su tercer *roncola* de un solo trago para que su corazón tomase las riendas de su cuerpo y que su mente no se sobrecargase con la incómoda situación que estaba a punto de vivir:

—¡Bruno! —grave, potente y ruidosa, sin duda la voz de Manolo— ¡No me creo que te hayamos encontrado después de tanto tiempo! —le dijo cuando ya estaba rodeándolo junto a José y Juan Antonio, a los que acostumbraba a llamar amigos—. ¡Pero qué cambiado estás! El tiempo te ha sentado genial, el corte nuevo así qué bien te queda.

Aquel chorro vocal no tenía que hacer apenas esfuerzo para luchar con la música y ser escuchado. El Manolo adolescente le había hecho pasar incontables momentos de sufrimiento silencioso con sus comentarios cargados de amigable veneno. A Bruno lo herían al no considerarlo un verdadero amigo y no tener la suficiente confianza en sí mismo para contestarle.

Sin embargo, ya no eran adolescentes y Bruno había encontrado en aquella infinita ciudad la confianza y la seguridad de la que había carecido toda su vida. Ya no tenía nada que callar y no lo haría aunque quisiera, porque el alcohol que había acumulado lo que llevaba de noche haría la función de suero de la verdad.

—¡Hola! —fingió su entusiasmo— Cuánto tiempo… ¿Qué tal os va? ¿Qué hacéis por aquí?

—Pues lo mismo que tú, salir de fiesta —contestó José—. Tanto tiempo preguntándonos dónde estabas y nos cruzamos en un lugar como este. Parece que tu apariencia no es lo único que ha cambiado.

Fue en ese momento cuando Bianca apareció, al rescate de su amigo. Lo había visto rodeado de tíos que le sacaban dos cabezas cada uno y se había asustado. No esperaba que se metiera en problemas. Bruno no era ese tipo de persona.

—¿Qué tal vas por aquí, Bruno? —Lo rodeó con el brazo Bianca en señal de protección— Encantada, me llamo Bianca y estoy soltera.

Bruno sintió un inmenso alivio al sentir ese brazo abrazando su cuello, era lo que necesitaba para afrontar esa conversación.

—Anda mira, que chica más mona ha conseguido Bruno. Parecía tonto —comentó Manolo obviando la soltería de Bianca y sin quitarle el ojo a su escote antes de que comenzasen a reírse con él, haciéndole sentir que era más bien de él—. En el pueblo no te comías un rosco.

—No… No es mi novia —tartamudeó con timidez—. Es…

No podía, tres meses en la capital junto a Bianca no habían sido suficientes para superar eso. Había progresado, de eso no había duda, pero era demasiado temprano para enfrentarse al origen de sus

problemas.

—Soy su mejor amiga —le quitó la palabra de la boca al notar la incomodidad de su amigo—. ¿Me permitís que hable un momento con Bruno? Enseguida retomamos este bonito encuentro —Se lo llevó de la mano a un lugar apartado de los pueblerinos—. Sé que esto te supera, Bruno, pero es tu momento de brillar. Si consigues despacharlos y expresarles todo lo malo que has sentido junto a ellos tantos años te quitaras esa espina que te amarga y no te deja liberarte del todo.

—Creí que podría —le decía a punto de ponerse a llorar—. Creí que con el alcohol… Pero no, me bloqueo.

—Bruno, la bebida te ayuda a pasarlo bien, pero esto es cosa tuya —las palabras de Bianca eran esperanzadoras, aunque tendría que hacer algo más que darle consejos si quería sacarlo de ese apuro—. Ven, simplemente asiente a lo que yo diga.

Bruno se remangó el jersey acalorado, sin estar preparado realmente para todo lo que le viniese. Estaba a punto de comenzar la guerra, porque ese buen rollo era falso y había sido falso todos esos largos años de relación.

—Ya estamos de vuelta —Manolo le sonrió pícaramente—. Nos preguntábamos que qué hacíais por aquí. Bruno siempre me ha dicho que no sois mucho de salir del pueblo, que vosotros siempre habéis sido más de cuidar el campito de día y beber en el bar de noche, así cada día, ¿a qué viene este cambio?

—¡Qué cachondo! ¿De verdad ha dicho eso, Bruno? —le pegó un manotazo amistoso en el hombro Manolo— Pues que el Juanan ha conseguido curro en los *Madriles* y hemos venido a estrenar su piso, para que no pase miedo la primera noche.

José y Manolo se carcajearon mientras Juan Antonio reía suavemente con una timidez que no solía tener. Las risas atemorizaban a Bruno e irritaban a Bianca, que no sabía cómo ser menos sutil para que se dieran cuenta de que allí había muchos temas por discutir antes de que Bruno los perdiera de vista para siempre, esta vez esperaba que de verdad.

—Enhorabuena, Juan Antonio —dijo Bruno con un tono satírico que sorprendió a Bianca—. ¿De qué es el trabajo?

—De lo mío… Acabé el módulo de los aires acondicionados —Era tierno, pero no lo suficiente como para que no descargara su ira con él —. Te envíe mensajes, he pensado en ti más de la cuenta, más de lo que te piensas… De verdad que me preocupé, pero no recibí ninguna respuesta…

—Ya era tarde para que esos mensajes cambiasen algo —fue lo único que pudo contestar.

—¿Qué tenía que cambiar? —preguntó José extrañado— Aquí hay algo de lo que no me estoy enterando.

Como Bruno se temía, ellos nunca se habían dado cuenta de que le pasaba algo, de que estaba incómodo, de que las ataduras del pueblo ya le quemaban las muñecas. Juan Antonio le demostró esa ignorancia en aquel último mensaje de voz, pese a que siempre lo había considerado su mejor amigo.

—Bruno ya no es el que era —comenzó Bianca a concretar la situación—. En realidad, en ese momento no era nadie, solo una carga que arrastrabais a vuestro antojo. No necesita más borregos que tiren de él, así que encantada de conoceros, pero mientras sea mi amigo no permitiré que volváis a acercaros a él.

El mensaje era fuerte, poderoso, verosímil con todo lo que habían visto de Bruno. Sin embargo, dicho por Bianca perdía fuerza, aunque Bruno a su lado asintiese tembloroso. Lo pensaba, todas y cada una de las palabras que su amiga había exteriorizado estaban en su interior desde tiempos remotos, pero su pasado podía con él.

—Pero tú… ¡No vayas ahora de superior por haber dejado de ser un gordo y haberte puesto un disfraz de maricón! —le gritó Manolo elevando el puño— ¡Siempre me has caído mal! Tu silencio era irritante de por sí, pero no sabía que era mucho más irritante todo lo que escondía esa cabecita —Estaba enfurecido, Bruno siempre había creído que aquella bestia de muchacho decía siempre todo lo que pensaba, pero incluso él ocultaba pensamientos y eran mucho más dañinos que los que ya lanzaba—. Encima nos lo tiene que decir todo tu amiguita, ¡ten huevos! ¡Dilo tú! ¿Nos tienes miedo? —asintió, tal y como le había dicho Bianca lo hizo, con los ojos vidriosos de un niño al que le habían quitado un caramelo. En su caso era al revés, le habían devuelto el caramelo agrio que eran las cadenas, llevaba mucho sin escuchar su tintineo al moverse— Eso está bien, deberías tenérnoslo. Eres un pringado y un mariconazo que se cree que puede renunciar a su pasado, a su pueblo y a su gente de siempre, pero esto no va así, el pueblo te persigue y te perseguirá siempre. El pueblo se entera de todo.

Como un perro rabioso sin correa y sin dueño, Manolo se acercaba cada vez más, con el apoyo de José y las negativas pasivas de Juan Antonio. Bianca creía estar segura de los límites de ese apestoso cateto de pueblo, pero la verdad era que no lo conocía de nada. Con el puño en alto, Manolo cogió impulso y el sabueso se lanzó a morder, ya sin bozal.

A modo de acto reflejo Bianca le pegó un empujón a Bruno y ambos acabaron en el suelo. Manolo fue a embestir contra ellos, enloquecido como un toro con el color rojo. Ayudándose mutuamente, se levantaron como pudieron del suelo y salieron corriendo por la discoteca empujando a la gente y recibiendo los respectivos insultos que su falta de cuidado derivaba.

Siguieron corriendo hasta salir al exterior y no tuvieron tiempo de mirar hacia atrás para ver si el repentino San Fermín continuaba. El miedo que presionaba el pecho de Bianca se esfumó al escuchar la risa de su amigo, al que esperaba igual de aterrorizado o más:

—¿De qué te ríes? Ese tío casi te deja el ojo morado.

—No es la primera vez que lo veo así y siempre había querido ser la fuente de su enfado. Hoy lo he conseguido, gracias a ti —Bianca se rio solo por lo surrealista que sonaba ese objetivo cumplido—. Te quiero Bianca, no sé qué haría sin ti… No me faltes nunca, por favor.

Con aquella confesión de amor verdadero, Bruno y Bianca se fundieron en un abrazo en el que intercambiaron sus sudores. Los dos estaban hechos un asco a las cuatro de la mañana en pleno centro de Madrid y no les importaba, porque estaban juntos. Eran dos polos opuestos que se hacían demasiada falta.

Para que nunca se les olvidase, decidieron tatuarse su amistad, grabar sus marcas de forma permanente para que ni el tiempo ni las disputas permitiesen que se olvidasen del otro. Había más de un estudio abierto, ya que era muy común que los sábados los borrachos acudiesen a tatuarse cualquier locura de la que se arrepentirían a la primera luz del día siguiente. Ellos no se arrepentirían, jamás lo harían.

Con el don que Bianca tenía para el dibujo, no perdieron mucho tiempo con el diseño. Ella se hizo un arco que se perdió entre la multitud de garabatos que tenía esparcidos por el brazo derecho. Él, en cambio, estaba más limpio y la flecha que ahora tenía en la muñeca destacaba en mayor medida. Así fue como representaron el impulso que Bianca, el arco, le estaba dando a Bruno, su flecha, para encontrarse a sí mismo. La flecha sin impulso no podía clavarse en ninguna superficie y de la misma manera, un arco sin flechas que lanzar era inútil.

14. Siempre

«Eran muchas las batallas que Bastian había vencido. Esta vez unos salvajes asaltantes le habían robado la vida, aunque no fue eso lo que vinieron buscando robarle en un primer momento. Hice lo que pude por protegerlo, pero nada fue suficiente y me tuve que contentar con conservar el pálpito de mi corazón. El suyo estaba apagado, lo noté en cuanto me recosté en su pecho para llorar su muerte. Ahora tendría que poner en práctica todo lo que me había enseñado, sola».

Bruno se despertó adentrándose de lleno en su segunda resaca. Estuvo un rato revolcándose entre sus sábanas, riéndose solo mientras recordaba lo que había pasado la noche anterior. Aquel amenazador rostro de Manolo dispuesto a ordeñar toda su sangre se le quedó grabado en la mente, pero no a modo de pesadilla. Era cómico, tan exagerado como un dibujo animado.

También la timidez que había envuelto a Juan Antonio le hizo disfrutar. Lo notó sufriendo, como si estuviera indefenso. Se enorgullecía de haberles transmitido todo ese miedo y enfado que antes le pertenecía a él.

Después pasó a mirarse el nuevo tatuaje que lo acompañaba. Le encantaba, se quedaría con él para siempre y no dejaría que ningún láser se lo borrara jamás. Era para él un privilegio poder llevar siempre consigo aquel enlace que lo unía con Bianca. Ninguno de sus novios había llegado nunca tan lejos y no se la veía con la intención de dejar que alguno lo consiguiese.

Frente al espejo del baño, se quitó con delicadeza el plástico transparente que envolvía su muñeca, que se utilizaba la primera noche de un tatuaje para no manchar de tinta el colchón. Tras lavarlo con agua tibia y un poco de jabón, se aplicó la crema hidratante con movimientos suaves y envolventes. Llevaba utilizando el mismo bote de crema desde el primer tatuaje y se estaba endureciendo con el tiempo, pero como no había leído en ningún lugar que eso fuera malo o antihigiénico la usó igualmente.

El proceso fue el mismo que el del domingo anterior, le dolía la cabeza y estaba mareado, con ganas de vaguear en su cama todo el día. De hecho, eran ya las dos de la tarde y su desayuno haría también la función de comida. Era igual que el *brunch* de los modernos, pero sin ser forzado. No le apetecía nada ponerse a cocinar, así que dio gracias a su yo del pasado que guardaba todo lo que le sobraba en el congelador.

Con un plato de pollo con patatas descongelándose en el microondas, fue a tomarse una pastilla para el dolor de cabeza con un gran vaso de agua del grifo que no fue suficiente para saciar su sed y lo obligó a repetir. Todos los sonidos ambientales de la cocina se magnificaban y acentuaban su migraña: el microondas, la puerta del armario abriéndose, el chorro del grifo, el choque del vaso contra la encimera…

Al pollo le quedaban todavía dos minutos, así que cogió el móvil para preguntar a Bianca si le apetecía acompañarlo también ese domingo. Se sorprendió al ver que su amiga se le había adelantado con cuatro llamadas perdidas y un único mensaje sentenciador: "Tengo algo que decirte, no me llames, estoy de camino a tu casa".

Sonó el microondas y sonó el telefonillo, ambos taladrándole los oídos con sus estridentes pitidos a cada cual más insoportable. Dejó la comida en segundo plano y fue directo a abrirle la puerta de la calle a Bianca. Abrió también la puerta del piso para esperarla allí y verla llegar. Tenía el corazón a cien, ya que en el mensaje ni siquiera avisaba de la temática de la noticia para hacerse al menos una mínima idea que calmara sus nervios.

Cuando Bianca ya iba por el tercer piso, Bruno comenzó a escuchar sus pisadas lentas y desganadas. No eran solo pisadas, también captó un liviano sollozo. Enseguida pensó que sería alguno de los críos de sus vecinos, se negaba a creer que alguien tan fuerte como Bianca fuese capaz de llorar, como si la persona que lo mantenía a él firme no tuviese derecho a estar decaída.

Evidentemente cuando la muchacha llegó al quinto piso con lágrimas pegadas a los ojos y un jadeo de cansancio, Bruno confirmó que se trataba de su amiga, la misma que lo había enseñado a quererse y ver el lado positivo de las cosas.

Enseguida se abalanzó sobre ella envolviéndola en sus brazos. Aquella era sin duda la primera vez que Bruno tomaba la iniciativa para dar un abrazo sin miedo alguno al rechazo de la otra persona. Para su suerte ella lo aceptó y empapó de lágrimas su pijama.

—¿Estás bien? —preguntó él con torpeza.

—Pues no ves que no, gilipollas —fue su respuesta, tan bruta como siempre.

El insulto ayudó a Bruno a darse cuenta de que su amiga no estaba rota del todo y que seguía siendo la misma de siempre. Aunque quizás era un mero escudo, una fachada que al menos con el inocente Bruno había funcionado.

—Vamos a sentarnos y me cuentas lo que te ha pasado.

Ella asintió y aceptó el humilde trozo de papel de cocina que Bruno le había traído para que se sonase los mocos. Fueron al sofá y allí esperó a que Bianca se calmase y pudiese articular las palabras de

forma coherente.

—Me voy —rompió el silencio con sequedad.

—¿Cómo que te vas? —Se levantó Bruno para cortarle el paso— Si aún no me has dicho nada.

Aquello sacó una sonrisa a Bianca y le dio energía para contar con pelos y señales a aquel verdadero amigo lo ocurrido.

—No, imbécil —se rio arrastrando a Bruno de nuevo hacia el sofá—. Me voy de Madrid, mis padres no van a seguir pagándome ni el piso, ni la comida, ni la matrícula de la universidad. Tengo que volver a Albacete.

—¿Cómo? —fue lo único que le salió decir, como si no fuese capaz de asimilarlo— ¿Pero por qué?

¿Era realmente ese el momento exacto en el que Bianca tenía que marcharse? Ahora que todo le iba tan bien a Bruno, ahora que había conseguido ser feliz. No se visualizaba ya sin ella, se había arraigado en su corazón una dependencia emocional muy fuerte, como si su seguridad dependiese de tenerla a ella a su lado.

—Me encantaría decir que no sé por qué, pero no es así —Nuevas lágrimas corrieron por su genuino rostro, era una de las pocas veces que Bruno la había visto al natural, sin nada de maquillaje, ni siquiera la raya del ojo—. Me han preguntado por mis estudios y yo solo he podido darles largas. Falto a clase tanto como siempre. No sé ni si me ha dado tiempo a suspender algún examen, pero yo no he ido a ninguno.

Por un momento se vio reflejado en su situación, como si el mismo futuro lo estuviese aguardando a él. Apartó la idea enseguida, ya que sabía que no era el que más faltaba de su clase y sí que se había presentado a algunos de los pocos exámenes a los que le habían convocado, aunque todavía no hubiese tenido la suerte de aprobar ninguno. Las pruebas en aquella etapa académica no eran compatibles con las continuas salidas de Bianca, por lo que Bruno había tenido que decidir qué era lo que más le compensaba. Simplemente se estaba dando un pequeño periodo de adaptación, ya habría tiempo de hincar codos más adelante.

—Eso tiene fácil solución, Bianca —la animó sin mucho éxito—. Tienes que ponerte a estudiar para los próximos exámenes e ir a clase todos los días.

Pues claro que confiaba en ella, si Bianca no era capaz de superar todas las adversidades que se entrometiesen en su camino, ¿cómo iba a ser él capaz? Idolatraba a su mejor amiga de una forma enfermiza, olvidando que era tan mortal como él.

—No puedo, odio el derecho, soy incapaz de pasar cinco minutos seguidos memorizando leyes —se sinceró—. Esto no es para mí y nunca lo será, yo he sido siempre la que rompía las normas, no la

pedante que las estudia y las pone en uso amargando a la peña. Mis padres no me dejaron hacer nada artístico y la única razón por la que los convencí de matricularme en Madrid fue por el prestigio de sus universidades.

—Bueno, no lo vayas a dejar ahora que estas en el último año —trató de animarla—. Esfuérzate en acabar y demuéstrales que eres capaz de lo que sea por hacer algo que te guste. Una vez que tengas tu titulación, estoy seguro de que estarán encantados de dejarte centrarte en tus verdaderas pasiones. ¡Confío en que lo conseguirás!

—Bruno, tengo 22 años, como tu bien dices este debería ser mi último año, pero ni siquiera tengo todavía asignaturas del tercer año. Es como si hubiese repetido ya dos veces, casi tres, porque la mayoría de mis asignaturas son de primero —cortó de raíz la esperanza de su amigo—. Además, que he venido a despedirme, no a que me aconsejes. Solo te estaba explicando por qué me voy, te mereces al menos eso.

Ya no supo qué más decirle y le apretó la mano con fuerza impregnándose de su presencia antes de perderla.

—¡Pide otra oportunidad! ¡Una última! Yo mismo me encargaré de que estudies.

—Ya me han dado bastantes, esta era la última.

Cuando Bianca ya había zanjado su llanto, le pasó el relevó a Bruno, que se visualizó solo de nuevo y fue notando como su futuro se oscurecía. Sabía que a partir de ese momento vendrían baches y no estaba dispuesto a tropezarse con ellos de nuevo. Había aprendido a esquivarlos y no estaba preparado para mantenerse en equilibrio sin los ruedines que Bianca representaba.

—¡Pues que le den a tus padres! —Se levantó enfurecido con dos personas a las que nunca había visto— Quédate aquí conmigo y yo te lo pagaré todo. Puedes dormir aquí en el sofá aunque sea. Sabes que se me da muy bien cocinar. Matricúlate en la carrera que más te guste y si no dedícate a dibujar, haz cursos para tatuar. Cuando consigas trabajo podrás aportar y juntos alquilaremos un piso en el centro. Imagínate lo bien que lo pasaríamos, nos queda mucho por vivir y no te puedes ir todavía.

—¿No te das cuenta de que no me puedes comprar? Solo a mis padres les dejaría que me mantuviesen sin darles nada a cambio —renegó de su propuesta—. Gracias por ponerme en tu lista de preferencias vitales, pero lo único que te queda por hacer por mí es darme un abrazo y decirme “adiós”.

Esta vez Bruno se arrodilló para seguir suplicando. Se mostró tan vulnerable como pudo para darle pena, cuando en realidad era la situación de ella la que entumecía corazones. Juntó sus palmas como si rezara y las regó de sus lágrimas mirándola directamente a los ojos.

—No puedes dejarme solo, Bianca —Notaba como que le faltaba la respiración—. Te necesito, eres demasiado imprescindible para mí. No exagero si te digo que no levantaré cabeza si vuelves con tus padres —recitaba delirando todo lo que pasaba por su cerebro cuyas riendas eran de su corazón—. Me… Me muero… Si tú te vas me muero. Te quiero, te quiero tanto como nunca he querido a nadie.

La escena aterrorizó a Bianca. No era capaz de actuar en situaciones con sentimientos de por medio, por eso se le daba tan mal prolongar sus relaciones amorosas. Lo único que se le ocurrió fue abrazarlo y acariciarlo con lentas y acompasadas palmadas en la espalda.

—Yo también te quiero y me estás poniendo muy difícil mantener esta tarde mi reputación de perra insensible —Necesitaba el humor para afrontar aquella despedida—. No hay solución, porque en parte tampoco es un problema y sabía que pasaría tarde o temprano. En este último discursito me has demostrado que lo que te preocupa no es que yo me marche, sino cómo vas a seguir adelante tú sin mí. Los niños y los borrachos siempre dicen la verdad y tú eres un bebé llorón con resaca —Había forzado la llave de su mente y había hurgado sin permiso en sus pensamientos—. No me enfada porque he tenido tiempo de conocerte a ti y a tu historia personal. Todo lo que he estado haciendo por ti estos meses ha sido un impulso —Señaló el arco de su brazo y le agarró a él la mano pasando un dedo por su flecha—, te tengo que lanzar ya, Bruno. Cuando se dispara la flecha, se clava y por mucho que el arco haya elegido la dirección, no hay vuelta atrás, la flecha no regresa.

Asintió a cada una de sus palabras reprimiendo las lágrimas hasta que no hubo ninguna más que necesitase salir. La sabiduría de Bianca iba mucho más allá de lo académico, aunque todavía había muchas cosas que se escaparan de su alcance. No llegó a enseñárselo todo a su pupilo, puesto que la flecha tenía que aprender también del lugar al que viajaba sola.

—Después de toda esta chapa… Lo siento mucho, pero me tengo que ir.

Bruno la acompañó a la puerta esperando que ese momento fuese eterno, pero el piso no fue lo suficientemente grande como para cumplir sus deseos.

—Siempre te recordaré, Bianca —le dijo con la cabeza recostada en el marco de la puerta y los ojos hinchados.

—Yo también, pero solo si “siempre” es tu manera de decir “adiós” para siempre.

15. Mentira

«La soledad no hizo más que darme fuerzas, aunque hubo un momento en el que me asusté, porque justo al marcharme me encontré con uno de los asesinos de Bastian. Se me pasó rápido y la rabia venció al miedo. Con la espada de Bastian en mano, vengué su muerte atravesando a aquel sinvergüenza desprevenido. Ver su sangre correr por el suelo me llenó de placer, para eso estaba hecha, para matar hombretones y no animalillos. Su compañero no me persiguió porque intentó parar la hemorragia, pero me disparó una flecha que se me clavó en la pierna derecha».

Dos besos le dio a Julia y otros dos a Sara. Era sábado, un sábado más, como si todo siguiese su curso, como si nada hubiese cambiado. Sin embargo, todo había cambiado y el lazo que estrechaba la relación de esas dos fieras con aquel muchacho cauteloso que trataba de descubrir el mundo se había desatado y se lo había llevado el viento. Aquella amistad parecía haber cumplido con su fecha de caducidad, pero Bruno, que fue el que había contactado con ellas para no salir solo esa noche, había decidido consumirla sin miedo a ponerse enfermo.

Estaban en la puerta del Hacha, ya que Sara y Julia decían ser alérgicas a los pijos del teatro Marcelo y Bruno tampoco había tenido una buena experiencia allí.

Ambas lo miraban por encima del hombro, pero él había decidido obviar aquellos ojos de reptil y refugiarse en una gruesa coraza de seguridad que ya no sabía si era falsa o si se había forjado por si sola después de tantos palos.

—Qué guapo, ¿no? —lo elogió Julia con un tono que le hizo dudar— Ten cuidado, que en el blanco se ven más las manchas y nunca se sabe cómo puede salir uno del Hacha.

Él se veía rompedor, se sentía el chico más encantador de todo Madrid, por no fantasmear demasiado y pensar de toda España. Había reutilizado el pantalón blanco de su cumpleaños y lo conjuntó con más prendas blancas que le dieron luz propia: una *bomber* con una camiseta de tirantes muy ajustada debajo y unas zapatillas de deporte en memoria de Bianca.

—Tranquila, ya me ocuparé yo de mantener una distancia religiosa con la gente —contestó juntando las manos y robando la carcajada de ambas—. Tú vigila que tengas el maquillaje bien fijado, nunca se sabe cuándo van a encender la luz.

Esta vez la única que se rio fue Sara. Por su parte, Julia le dedicó una sonrisa desinteresada, ya que no se sentía intimidada por él. Su amiga intentó volver a rebajar a Bruno a un nivel inferior al de ellas, el que creían que le pertenecía.

—Cada vez vas mejor vestido, Bianca se está superando —dejó caer Sara creyendo que lo incomodaría—. ¿Te ha dejado preparado el armario antes de irse?

—Vaya, ¿cómo lo has sabido? —afirmó irónicamente sin que lograsen doblegarlo— Tu *outfit* no le ha quedado tan bien… Hay que avisarla para que no le vuelva a pasar —Se dieron por vencidas y acabaron riendo con falsedad—. ¿Entramos?

El aire acondicionado de la discoteca estaba encendido, tal y como Bruno había imaginado mientras elegía la ropa frente a sus perchas desde casa. Dejó en el guardarropa la *bomber* quedándose en tirantes y luciendo esos brazos que tanto había estado perfilando.

La confianza que había mostrado fuera esquivando los comentarios envenenados de Sara y Julia se duplicó en cuanto pisó el primer escalón de la escalera que bajaba hacia la pista de baile. Allí las miradas que imaginaba en el autobús se hacían realidad y se sentía querido como un rey que llegaba para complacer a sus súbditos. Se lo comieron con la mirada de la misma manera de la que lo hicieron la primera vez que había estado allí. Esta vez no se sonrojó, sino que se alimentó de todos aquellos depredadores con las garras sacadas. En su mayoría eran chicos, pero también había alguna que otra chica con el ojo puesto en él, ya que el perfil que mostraba al resto estaba muy bien cotizado por las chicas en lugares como el Hacha.

Antes de que se hubiese acabado su primera copa junto a sus amigas, las tuvo que dejar a un lado para poner toda su atención en alguien que había visto de lejos. No estaba del todo seguro de si era él, lo había visualizado por solo un segundo, un brevísimo lapso de tiempo en el que el aro de su oreja lo cegó con su fulgor.

—Ahora vuelvo —se despidió de las chicas—, voy a saludar a alguien.

—No te podemos prometer que seguiremos aquí para cuando vuelvas—dijo Sara.

A Bruno no le importó perderlas de vista, había estado bien llegar con ellas, pero nunca había sido un problema en el grupo que antaño lideraba Bianca que cada una fuese por su cuenta.

Conforme se acercaba fue confirmando que en efecto aquel era el chico que andaba buscando. Lo delataron sus impecables movimientos de baile en aquel antro lleno de borrachos que no le daban importancia a la coordinación de su cuerpo. Nunca lo había visto tan bien vestido y estaba emocionado por encontrarlo por fin en aquel contexto. Se chocó contra él a propósito con una picardía impropia de

Bruno y así fue como logró romper ese temido hielo.

—¡Cuidado, chico! —le dijo el muchacho al haberle derramado la mitad de la copa, pero aun así lo trató con suavidad y mantuvo la sonrisa.

Enseguida sus miradas se clavaron y se reconocieron, aunque ninguno sabía muy bien cómo actuar. Pese a que compartían clase, todavía no se habían dirigido la palabra.

—Espera, yo a ti te conozco. Eres Bruno, ¿no?

—¡Sí! Eneko, ¿verdad? —Estaba tan seguro de que así se llamaba que era ridículo preguntar—. Perdona por lo de la copa, tío. ¿Quieres que te invite a otra?

Bruno todavía no tenía clara cuál era su intención con el muchacho. Sentía una conexión con él desde que lo había escuchado en clase contando su historia. Bianca le tenía dicho que no se cerrase a nada nunca y no se había atrevido a asomarse por esa ventana de dudas hasta que no se había ido, porque sabía que ya no le podría recordar nunca que existía esa opción y tenía que probarla antes de que se le olvidara.

En principio lo que quería era su amistad, puesto que todavía no se llevaba bien del todo con ningún chico, más allá de las buenas tardes que les daba a los del gimnasio. Sabía que era el idóneo para entablar una amistad, porque en nada le recordaba a los brutos pueblerinos.

—No te preocupes, "tío" —entrecomilló con sus dedos aquel mote mientras se mofaba de él—. Que te vaya bien, disfruta de tu noche, Bruno.

Fue una última frase sentenciosa con la intención de despedirse, como si no quisiese acercarse a Bruno más allá de la universidad. Estaba actuando para caerle bien, él no acostumbraba a hablar de esa forma estúpida. Seguiría fingiendo para interesarle cambiando la apariencia de sus palabras. Lo que no podía era darse por vencido tan pronto.

—Te he dicho que te invito, aprovéchate un poco de mi amabilidad, que es gratis.

Sus palabras consiguieron ralentizar el baile de Eneko hasta que se quedó parado, como si no escuchase la música. Notó con tan solo mirarlo que desde el secretismo de sus pensamientos su compañero se estaba preguntando qué era lo que quería.

Logró que asintiera y tras despedirse de su grupo de amigos acompañó a Bruno a la barra. Por mucho que fingiese ser el rey de la fiesta, Bruno no sabía nada de alcohol y todavía pedía lo que en un primer momento pidió Bianca por él. Cuando escuchó lo que Eneko pedía, él simplemente dijo "otro para mí" para probar nuevos sabores.

—¿Qué hace un chico como tú por aquí? —le preguntó Eneko al no saber de qué conversar con alguien al que tachó de ser completamente

opuesto a él.

—¿Cómo son los chicos como yo?

—Pues de los que se dirigen a la gente como "tío", al parecer.

Todavía sentía el hedor en el cuello de los alientos de todas aquellas fieras que bailaban a su alrededor y él único que lo juzgaba era aquel con el que estaba sentado, la única aprobación que su cuerpo le pedía.

—Mentira, yo no soy de esos. ¿Alguna recomendación para cambiar mi vocabulario?

—No sé, con que me llames Eneko bastará —ambos se callaron un rato mientras bailaban ligeramente con un brazo apoyado en la barra sujetando sus copas—. ¿Te gusta venir aquí solo para que la gente te mire? No parece que estés correspondiendo a ninguno de esos babosos.

Eneko era una persona nerviosa e intercalaba los tragos a su bebida con el mordisqueo constante de uñas. Necesitaba bailar para frenar sus tics nerviosos y allí apalancado hablando con Bruno no tenía toda la libertad que quería.

—A nadie le gustan los babosos —fue su respuesta— ¿A ti no te gusta que te miren? Bueno, eres bailarín, supongo que te gustará que la gente te preste atención cuando estás bailando.

—¿Cómo sabes que bailo? —estaba algo serio aunque de lejos Bruno siempre lo había visto risueño— Claro… Te lo ha dicho María, debería ser periodista esa chica.

Los cotilleos de María consiguieron relajar las vibraciones tensas de aquella conversación a base de risotadas.

—No, lo escuché en tu presentación en la clase de Jerónimo —demostró la atención que le había estado prestando—. Lo que me dijo María fue que te había visto muy feliz con tu novio.

—Vaya puntería, "tío"… —Entrecomilló la palabra con sus dedos—. Lo dejamos hace dos días.

Eneko creyó que después de ese corte por la metida de pata de Bruno aquella conversación no podría ir a ninguna parte y que continuarían siendo conocidos, simples compañeros de clase.

—Bueno, pues menos mal que María no es periodista de verdad, porque está claro que tan felices no erais —le sacó una sonrisa inesperada—. Yo también he perdido a alguien muy especial hace poco, así que aquí estoy intentando olvidarme de ello.

Sus ojos se volvieron a encontrar, pero esta vez había una conexión más tierna que cuando se habían tropezado el uno contra el otro. Eneko acarició la mano de Bruno tan solo unos segundos para compartir sus pérdidas sentimentales y Bruno enseguida se dirigió al barman para pedir un par de chupitos.

—Por el olvido —dijo Eneko brindando con el chupito al que le acababa de invitar Bruno.

—Y por lo que venga después —añadió Bruno apoyando el suyo en la barra.

Entre risas tímidas Eneko lo imitó y ambos engulleron el alcohol. Después se dirigieron a la pista olvidando que los dos habían llegado allí con sus diferentes grupos. Eneko demostró que realmente era un bailarín profesional y Bruno se dejó llevar sin sentirse acomplejado por el dominio del otro.

—Tengo que irme —le dijo después de haber bailado con él una única canción—, al final me has caído bien y todo para ir por ahí diciendo "tío".

—¿Cómo que te vas? Pero si todavía es pronto.

No eran ni las dos, Bruno apenas acababa de llegar, ¿qué iba a hacer ahora si se iba? Julia y Sara ya se habrían separado y estarían cada una en una punta distinta besándose con cualquier desconocido.

—Tengo examen, mañana tengo que estudiar.

—A mí no me puedes engañar, voy a tu clase —le agarró por los hombros con estima para que no se marchara—. No hay ningún examen hasta el miércoles.

—Eso es lo que tengo que estudiar, a mí me cuesta más que al resto y no puedo suspender —Bruno lo sabía—. Me lo he pasado muy bien contigo, ya nos veremos otro día.

—Eso espero —le ofreció la mano para despedirse.

—Dame dos besos o no me vuelves a ver el pelo —rechazó su mano y acercó la mejilla esperando que fuese él el que tomase la iniciativa.

Bruno en cambio lo agarró por la mandíbula y lo besó sintiendo un eléctrico escalofrío. Su corazón se estremeció ante el acto de valentía que acababa de realizar. Disimulaba genial que le daba pavor actuar de aquella forma y fue de gran ayuda que Eneko no se apartase, sino que lo cogiese de la cintura. Cuando sus labios ya iban a separarse, Bruno le dio un segundo beso, tal y como le había pedido.

Aquello sí era un beso, ese terciopelo mojado era del que Bianca tanto hablaba, el que tantos disgustos y rupturas le había costado. Todo sabía mejor conociendo al portador de los labios, Eneko, el nombre del verdadero dueño del primer beso de Bruno.

Quería sentirlo pegado a él con los ojos cerrados toda la noche. De hecho, no quería abrir los ojos por si su reacción no era la que esperaba o si era la reacción de los que los estaban viendo la que lo intimidaría.

Fue a por el tercer beso, un beso que ya no era solicitado y por el que estaba arriesgando más de la cuenta. Esta vez Eneko se desprendió de Bruno, aunque no por falta de ganas.

—De verdad que tengo que irme —le dijo clavando sus pupilas en las de Bruno, para que notara la magia que él también había sentido—. Ya que has cumplido… Tendremos que volvernos a ver.

—¿Me das tu número?

—Mejor pídemelo en clase, a ver si eres tan atrevido de buena mañana bebiendo solo café.

Lo vio alejarse dando ligeros empujones a la gente para que lo dejasen pasar. Subió la escalera para salir del Hacha y cuando llegó al último escalón, se giró y vio como Bruno seguía inmóvil en el sitio donde se había despedido de él persiguiéndolo con la mirada, tratando de recordar el sabor de sus labios y deseando que nunca se le olvidara.

Ya no quedaba ni rastro de Eneko en el local y Bruno se quedó en el mismo sitio bailando en solitario más borracho por la euforia y la felicidad que por el alcohol. Le dio tiempo a cantar a pleno pulmón cinco canciones antes de que se le agotase esa energía tan repentina. Las fiestas sin el calor de la gente no eran lo mismo, gente cercana más bien porque de desconocidos ya estaba abrasado.

No le faltaron las propuestas de bailes y besos, sobre todo tras haberlo visto todo el mundo prendado de la boca de Eneko, lo que había envalentonado a más de uno que lo consideraba de piedra. Tuvo que rechazarlos uno a uno, porque ahora tenía que ser fiel a esa mecha que se había encendido pese a que no había explotado aún.

¿Para qué iba a esperar a que cerrasen el Hacha y tener que luchar contra el resto de parásitos sociales que no recordaban ni su nombre para salir? Tenía ideas mejores para acabar la noche y le serviría incluso para evitar la resaca, puesto que no le había dado tiempo a beber demasiado.

Una vez más estaba plantado en una camilla esperando a que le inyectasen su dosis de tinta que ya parecía mensual e incluso semanal. Había vivido otra experiencia que querría recordar siempre y no era solo por Eneko como persona, sino por lo que significaba lo que se había atrevido a hacer.

Enseñó al tatuador el cuadro de *La creación de Adán* de Miguel Ángel desde la pantalla de su móvil y señaló el centro de la imagen, justo donde se encontraban las manos de Dios y de Adán a punto de tocarse. Bruno no era religioso, ni tampoco le daría un significado bíblico a su tatuaje, lo que él quería representar eran dos manos de hombre, porque él antaño creía en esa separación entre ambas manos y ahora no quería otra cosa que juntarlas. La posibilidad de esa unión quedaría ahora marcada para siempre en su nuca.

16. De donde vienes

«Volví a la aldea y me di de bruces con la monotonía de la que escapé. Los latidos de mi corazón bombeaban más nerviosismo que sangre y lo único que logró calmármelos fue el reencuentro con mi padre, el único aldeano que siempre me había entendido y animado para que persiguiese aquellos sueños tontos que me habían revoloteado siempre la mente. Cuanto traté de retomar mi viaje todos los aldeanos comenzaron a echarse sobre mí rodeándome con antorchas y hoces gritándome que seguía siendo la misma niña pequeña y que esta vez no me dejarían escapar. Por suerte continuaba en medio del bosque y fue todo una pesadilla que seguramente generó mi subconsciente al enterarme la tarde anterior de que el señor noble que poseía mi aldea había fallecido».

Por primera vez tras su marcha Bruno había regresado al pueblo. Se podía decir que sus vivencias habían conseguido que aquel chico cuyos dientes castañeaban ante cualquier mínimo miedo había muerto y que era otro el que volvía. De hecho, a nadie le habría extrañado esta hipótesis, puesto que tampoco la apariencia coincidía con la de aquella alma blanca y pura.

Todavía conservaba uno de esos miedos que lo atormentaron en el pasado, no lo había podido remediar desde Madrid porque no estaba a su alcance. Aquel temor tan profundo e irremediable era hacia al propio pueblo, hacia todo lo que significaba su pueblo: las calles, la gente, las mentes, la familia… ¿Qué pensarían cuando lo vieran aparecer por allí con aquella nueva imagen? No, eso no le importaba en absoluto, sabía que nada bueno. Lo que quizás le preocupaba un poco más era si se atreverían a decirle a la cara lo que pensaban de él.

Había estado alargando aquella visita todo ese tiempo por puro terror, pese a la corta distancia que había entre ese pequeño punto entre montañas y la enorme Madrid. El viaje había sido obligado, ya que había recibido una invitación a la que no se podía negar y no había excusas que valiesen. Estaba allí para asistir al entierro de su abuela, la anciana que había invertido toda su energía en cuidar de su hija paralítica.

Aquel era un episodio que tarde o temprano tenía que ocurrir, no fue para él una sorpresa recibir la llamada de su tía. En un primer momento se le hizo un nudo en la garganta y le dedicó unas de esas lágrimas que había conseguido sacar en cuanto se había alejado de ella. Después el nudo de su garganta fue desenliándose hasta

convertirse en alivio, porque sin serlo consideraba a su abuela la alcaldesa de aquel pueblo infernal, la reina que impartía la ideología al resto. Aunque en realidad fuese una abuela de la zona más, pero le dolía el doble su actitud por tocarle de cerca.

Desde que había besado a Eneko le había dedicado a esa señora bajita y gruñona un par de noches de llantos recreando desde su cabeza cómo sería su reacción al verlo de la mano de la única persona que últimamente conseguía sacarle una sonrisa. Cada vez que lo imaginaba los insultos eran peores y sus lágrimas mayores. No era de extrañar que hubiese llorado más porque conservase la vida que porque se hubiese muerto.

Se había montado en aquel autobús con lo puesto y una mochila en la que solo llevaba el neceser con sus cosas de aseo. No quería pasar allí más tiempo de lo necesario, haría lo que fuera por dormir esa noche en su piso de Madrid. Se creía que como en las películas de aldeas y bestias lo irían a buscar los vecinos de noche con antorchas y rastrillos.

Su padre le había dicho al teléfono con una voz no demasiado temblorosa que no podría ir a por él con el coche. Lo que no se esperaba era que tampoco fuese a recogerlo a la estación, un bonito detalle que tan solo le hubiese costado diez minutos.

Con la mochila colgando del hombro derecho y la ropa más estrafalaria que encontró en su armario, una chaqueta de borrego negra y un pantalón también negro más roto de la cuenta, Bruno atravesó el pueblo iluminado por la luz del sol hasta llegar al tanatorio. No lo vio demasiada gente por el camino, porque tampoco quedaba mucha más gente viviendo allí. Ese pueblucho estaba en peligro de extinción y a Bruno no le hubiese importado en absoluto lanzar él mismo el meteorito que los exterminase.

—Buenas —lo saludó una anciana que tomaba el aire sentada en una silla de playa colocada frente a la puerta de su casa—. Hombre, ¿tú eres el de la Pepa?

—Sí —La mujer ya lo estaba escaneando con desagrado y eso fue lo único que quiso contestarle.

—¡Pero niño cuánto has cambiado! —su respuesta fue más de susto que de sorpresa— Lo siento mucho, por lo de la Pepa. Ya me pasaré luego, díselo a tu tía.

Asintió sin parar de caminar, sabiendo que no le diría nada a su tía, al no saber siquiera cuál era el nombre de aquella señora. La conocía de vista, porque todos allí se conocían, pero nada más allá de saludarla cuando se la encontraba.

Llegó al tanatorio, que en realidad era una única sala demasiado pequeña que recogía a todos los pueblerinos que querían acudir a dar el pésame a los familiares. No dejó indiferente a nadie con su

irrupción, todos dejaron sus conversaciones y sus lloros para mirarlo. Se sintió como cada vez que bajaba la escalera del Hacha, solo que allí había más luz y la ropa no era ni tan colorida ni tan *glamourosa*.

El espacio estaba envuelto de sofás con un color negro desteñido que estaba obligado a acumular las lágrimas de todos aquellos que iban allí a sufrir. También había alguna que otra silla cutre de plástico por si el muerto era más querido de la cuenta, pero eso no solía pasar.

Echó un vistazo rápido para encontrar a su padre y a su tía, tratando de esquivar los rostros de aquellos viejos compañeros y vecinos que se morían por darle una bienvenida contaminada. Se hizo el despistado sin importarle parecer antipático y fue directo a darle un abrazo fuerte y acogedor, pero como siempre incómodo por la forzada postura, a su tía. Era a la única a la que había extrañado, no consideraba que aquel fuera su lugar, ya que de hecho había vivido en Madrid y si estaba allí no era más que por el accidente que la había devuelto a su lugar de origen.

A su padre le dio otro abrazo más frío. Seguía queriéndolo por los inquebrantables lazos de sangre que los unían, pero no recordaba haberlo echado de menos ni una sola vez en esos meses. Tenía siempre presentes unas ganas inhumanas de compartir más momentos con su madre y estos nunca llegaban aun viviendo en el mismo piso. Con su padre eso no le pasaba ni ahora que estaba lejos, ni antes que lo tenía cerca físicamente e igual de lejos mentalmente que su madre.

—¿Cómo estáis? —preguntó con una sonrisa y un frescor renovado que nunca nadie había visto en él— ¡Cuánto tiempo!

—Pues aquí… Despidiendo a la abuelita —le contestó con un tono apagado impropio de ella que cambió enseguida como pudo—. ¡Estás guapísimo, cariño!

Bruno se sonrojó, pero no por lo que estaba acostumbrado a hacerlo. Por un momento había olvidado por qué había ido hasta allí, como si todavía le quedasen por recibir los dos besos húmedos y cariñosamente violentos de su abuela.

Tanto su padre como su tía tenían la angustia marcada en el rostro, pese a que su tía la exteriorizase y su padre simplemente estuviese más serio de lo normal. Aquel no era momento de hacerse notar, su nueva pasión, ni tampoco de presentarles a aquella nueva persona en la que se estaba convirtiendo progresivamente.

—Qué fuerte te estás poniendo, campeón. Casi no te reconozco, si llegas a tardar más en venir ni te abrimos la puerta de casa —le dijo su padre con los ojos cargados de orgullo mientras le palpaba el brazo—. ¿Ha ido bien el viaje?

—Sí, se me ha hecho corto, hasta el viaje en bus a la *uni* es más largo —agregó un toque de humor descontextualizado en aquel ecosistema lúgubre—. Todo se me ha quedado corto en general,

recordaba el pueblo más grande.

—Esto ha sido siempre así, mi niño —Cada palabra de su tía iba envuelta en un cariño inhumano—. El que ha crecido como persona eres tú. Por mucho que te echemos de menos, tienes que tomarte el tiempo que necesites para volver. No queremos que este sitio te haga daño porque te esté demasiado ajustado.

Le dio un beso a su tía y agradeció sus palabras, porque lo ayudaron a no sentirse culpable por no estar cómodo allí.

Pese a que su tía quisiese permanecer allí despierta y angustiada hasta la primera hora de la mañana para no dar que hablar a las señoras del pueblo que respetaban las tradiciones sin ningún desvío, Bruno agarró la silla de ruedas y se la llevó de paseo a regañadientes porque notaba que lo necesitaba. Siempre había sido ella la que le había dado todo lo que necesitaba sin que él lo pidiera y era su turno.

—¿Ha cumplido Madrid con tus expectativas? —le preguntó tratando de no mencionar la muerte la abuela y así evitar derrumbarse.

—Madrid es más de lo que me dijiste, tita —contestó emocionado—. Madrid lo es todo.

—Lo sé, no me hacía falta ni preguntártelo. Sabía la respuesta —Tenían una conexión tan especial que no les hacía falta ni mirarse—. Disfruta ahora que puedes, cariño, porque la capital es para los jóvenes y después no te queda más que volver al pueblo abrumado por la frenética velocidad de esa ciudad.

Sus palabras parecían tener más que ver con ella que con él y eso lo entristeció. Su tía era la madre que necesitaba allí en la ciudad para poder recostarse en su hombro y contarle sus penas.

—Tita, Madrid es para quien lo quiera, no discrimina por edad. Mi madre lo sigue pasando igual de bien que cuando erais amigas, ¿por qué no vuelves? Ya no tienes a nada, ni nadie que te ate aquí.

—Mi mamá nunca me ha atado, siempre me ha dado la libertad que he querido a pesar de su carácter —Las metáforas de Bruno no fueron suficiente para evitar que su abuela entrase en la conversación—. Lo que de verdad me ata aquí lo estás tocando tú mismo con tus propias manos —dijo refiriéndose a la silla.

Bruno se extrañó, ya que nunca había escuchado a su tía lamentarse por su condición. Siempre era la encargada de animar al resto y no parecía que le hiciese falta a alguien cerca recordándole lo maravillosa que era. Los complejos y los miedos eran para todos, por mucho que Bruno se apropiase de todos ellos constantemente.

—¿Cómo puedes decir eso? Las calles de Madrid están mucho mejor preparadas para tu silla que este asfalto viejo y lleno de grietas.

—Vamos a cambiar de tema mejor. Esa decisión es solo mía y no te creas que no me lo planteo —Había encontrado sin quererlo el primer

y único tabú de su tía—. ¿Has hecho muchos amiguitos por allí?

A diferencia de cualquier otra tía repelente a la que era mejor evitar en las cenas de Nochebuena, la tía de Bruno prefería preguntar por las amistades más que por los amoríos. Seguía creyendo en el amor pese a que su exnovio, con el que se había llegado a prometer, la hubiese dejado tras el accidente de moto en el que ambos se vieron involucrados. A él los meses de reposo le curaron las heridas, a Isabel en cambio todavía la acompañaban.

Bruno agarró aquella pregunta que tanto esperaba y trató de darle la vuelta para contarle a su tía todo lo que últimamente lo emocionaba:

—Sí, bueno, he hecho más amigas que amigos. Ya tendría que haberlo hecho así aquí en el pueblo, me habría ahorrado años de sonrisas falsas —se sinceraba con su tía mientras contemplaba con fría nostalgia las estrechas calles por las que la arrastraba.

—Nunca se te dio especialmente bien sonreír sin ganas.

Era verdad y con ello referenciaba los cientos de veces que su abuela le pedía que mejorase esa cara amarga y que enseñase los dientes. “Consejos vendo que para mí no tengo” era lo que su tía le recriminaba a su madre para echar una mano a su sobrino que por mucho que se repitiese la misma situación nunca sabía qué contestar.

—Tú eres de hecho la única que conseguía sacarme las de verdad, no deberías conocer esa carencia mía —Hablar sobre sonrisas les provocó una grande y real a cada uno—. Nunca me he entendido muy bien con los chicos… Bueno, hasta ahora, pero ha sido de una forma que no me esperaba —Iluso de él creyó que no le costaría hablarle de aquel asunto a su tía—. Tengo mi primer amigo, un amigo de verdad que me hace sonreír de verdad.

Isabel volteó la cabeza para comprobar aquella sonrisa tan real de la que hablaba y se deslumbró con los preciosos dientes de Bruno, que a pesar de no haber necesitado nunca una ortodoncia solía ocultarlos en su íntima cueva bucal.

Para Bruno resultaba de carácter mitológico e imposible estar mencionando aquel tema en voz alta y a oídos de cualquier vecino del pueblo. En aquel momento sintió que estaban solos él y su tía y que ni siquiera el viento se atrevería a molestarlos. Referenciar su relación con Eneko como si fuera una extremadamente cercana amistad le sirvió para hablar de ello con mayor facilidad y discreción. Aun así, era un paso enorme para una persona tan reservada como Bruno que solía callar todas sus preocupaciones.

—Sí que parece un buen amigo, ¿abrazas a tu amigo para demostrarle tu amistad?

No era eso lo que ella quería saber, pero preguntarlo directamente no habría sido elegante. Además, no quería forzarlo a que le contase

nada. La conversación era natural y de la misma manera tendría que fluir.

—Claro, sé que no muchos amigos hacen eso por miedo al qué dirán… Pero es que me da igual, porque estoy seguro de que lo que vayan a decir y pensar será cierto —dejó vía libre para aquel secreto suyo que quería que dejase de serlo y con un irremediable miedo al rechazo se dispuso a contarlo—. Estoy empezando una relación con ese chico, una relación más allá de la amistad.

—No hay mejor amigo que una pareja, cariño —fue lo único que le dijo al respecto, desfogando los miedos de Bruno—. No me hace falta conocerlo para saber que te hace bien, porque aunque sé que sigues siendo el mismo Bruno, hay alguien que te ha sacado de muy adentro la seguridad que te hacía falta.

Eneko le había ofrecido una paz que nunca habría pensado suya. Sin embargo, no todo el mérito podía llevárselo él al llevar tan solo una semana hablando juntos. La encantadora persona que empujaba aquella silla y que hablaba con aquel desparpajo alegre había sido obra de Bianca. Aun sabiéndolo, Bruno no pudo hablarle de ella a su tía, porque se habría roto recordando su marcha mucho más que saliendo del armario a plena luz del día en el pueblo. Asintió y le hizo pensar que Eneko había sido el santo grial que lo había hecho evolucionar.

—En realidad no sé ni lo que somos, nunca había estado en una situación parecida —se avergonzó bajando la voz—. En mi mente ya somos una pareja, pero solo llevamos hablando unos días. He quedado con él para ver las luces de navidad del centro, tendré que dar algún paso agigantado para que no se me escape.

Un estrepitoso sonido salió de uno de los balcones de las humildes y blanquecinas casas que los rodeaban y ambientaban las vistas de su paseo. No era nada bonito y no era la primera vez que lo escuchaba, la diferencia era que por primera vez se adueñaría del término sabiendo que no podía ir dirigido a nadie más:

—¡Maricón!

Las ya estrechas calles cada vez lo parecían más, avanzando lentamente para aplastar a Bruno. Las manos le temblaban y sujetaba con fuerza la silla de ruedas de su tía para que pareciese que se lo provocaba el esfuerzo. La palabra volvía a repetirse una y otra vez y Bruno no sabía a ciencia cierta si su imaginación le estaba jugando una mala pasada o si realmente seguían dirigiéndose a él. El timbre era distinto, era más de una voz, no podía ser él el que lo imaginase.

—Vámonos —ordenó con calma su tía para no alterarlo más de lo que estaba.

—No, tita —escupió las palabras con la respiración entrecortada—. Ahora puedo enfrentarme a quien yo quiera. Que hablen… No me

importa.

Lo que decía no era lo que su lenguaje corporal reflejaba. Le faltaba la respiración y de un momento a otro la labor de dirigir a su tía fue equiparable a la de empujar de un elefante.

Tuvo que hacer caso de Isabel y dar media vuelta, sin encararse con nadie y sin buscar a los culpables tras los visillos. Una voz fue grave, la otra aguda, lo único que tenían en común era el mensaje, breve, conciso y afilado.

Cuando el ritmo cardíaco de Bruno se iba apaciguando para sintonizarse con normalidad, un nuevo alarido sonó desde dentro de una puerta que no llegó a abrirse:

—¡En el pueblo no queremos a gente como tú!

Todas las miradas que solían alimentar su ego y su autoestima se tornaron ácidas y penetrantes en aquel paseo, que ya había pasado a ser una huida. Su tía no sabía qué decirle, estaba igual de derrumbada que él, aunque quizás ella canalizó sus energías emocionales en la rabia y la pena, más que en el miedo que manejaba a Bruno.

Ya casi estaban de vuelta en el tanatorio, cuando la mujer que había sido la primera en recibir a Bruno en el pueblo se acercó de nuevo a él para despedirse esta vez:

—Aquí nos enteramos de todo, así que será mejor que te marches.

Isabel contestó a la señora. Por su propio bienestar el cuerpo de Bruno había apagado la capacidad de la escucha, debilitando de la misma manera el resto de sentidos. Sentía que se desmayaba, pero no se dejó vencer y se espabiló lo suficiente como para echar a correr rumbo a la estación de la que había venido horas atrás. Dejó allí a su tía en la silla sin despedirse de ella, aunque ni la recordó en la escena, porque se sentía más solo e indefenso que nunca.

Por el camino se cruzó con más gente que la que vio al llegar. La angustia no le dejó pararse para fijarse en sus miradas o en si tenían algo que decirle. Las cortas distancias del pueblo lo salvaron y una vez en la estación se dio cuenta de que hasta el día siguiente no había más autobuses a Madrid.

Sin miedo a gastar su infinita cartera, llamó a un taxi y le propuso aquel irresistible viaje que como ya había supuesto no rechazó. Tardó unos minutos en llegar y en cuanto frenó se abalanzó sobre él cerrando la puerta de golpe y sintiéndose seguro por fin.

Observó recostado en el cinturón del vehículo cómo salían del municipio demoníaco con lágrimas interiores que reprimía para evitar las preguntas del taxista. Esperaba que su abuela no le guardase rencor desde el más allá por huir de su funeral. En realidad, tendría tantas cosas por las que renegar de su familiaridad que no le importaba sumar una más, ya arreglarían cuentas allí arriba.

Esa sería la última vez que vería el cartel oxidado de bienvenida al

pueblo. Si su tía y su padre querían verlo, que fuesen ellos a Madrid, pero él no correría más riesgos. Se negaba a seguir sintiendo miedo, porque ahora era dueño de sus actos y solo él mismo podía juzgarlos.

17. Estrella fugaz

«Las tabernas me daban miedo así que desde la muerte de Bastian no paraba en ellas ni para comer, lo que me costó una nueva cicatriz al tratar de subirme a un árbol para dormir segura. Cazar animales no me gustaba, pero con las personas era otra cosa. Desde que maté al asesino de Bastian mi mirada se quedaba fija en los hombres robustos que encontraba por el camino fantaseando con arrebatarles la vida. Pensaba en pillarlos desprevenidos y desgarrar sus gargantas llenándome de sangre con olor a satisfacción. Aunque me contenía porque sabía que eso no estaba bien».

Primera ola de frío que vivía allí y no la última, porque Bruno ya era madrileño y esas eran las únicas raíces que querría recordar toda su vida. Así lo reflejaba la estrella que se había tatuado en la clavícula derecha, haciendo homenaje a la bandera de la comunidad.

Las heladas temperaturas de allí invitaban a la gente a salir para ver las maquilladas calles de la capital al estilo navideño. Bruno recordaba los inviernos no solo fríos sino también oscuros, ya que con el cambio de hora que hacía las noches más largas a las seis de la tarde ya estaban todos en el pueblo metidos en casa con el brasero a los pies y procrastinando hasta la hora de dormir.

Se había comprado gorros, guantes y bufandas de todos los colores y con todo tipo de estampados para combinarlos a su gusto con la inmensa variedad de ropa que había amontonada en su armario. No había encontrado por mucho que rebuscase los que antes usaba, pero le había venido bien por si los sentimientos le hubiesen impedido tirarlos. Recordaba a la perfección el estampado a cuadros azul, blanco y gris de su bufanda y su tela vieja ya áspera llena de bolas que pedía que le diesen la jubilación de una vez por todas.

En aquella ocasión habría preferido no llevar puestos los guantes para poder sentir el calor verdadero de la mano de Eneko, a la que estaba cogido con tanta fuerza que se habría necesitado una palanca para separarlos. Su temperatura corporal siempre aumentaba cuando Eneko estaba cerca, pero allí en pleno centro no era suficiente su química para evitar la hipotermia. Ni que se le congelasen las palmas le habría importado con tal de mantenerse ahí junto a él.

Sus indiscretas muestras de cariño y su contacto constante no hacían saltar las alarmas de la gente que a su alrededor disfrutaba de las luces de la Puerta del Sol. Pese a que ambos sabían que alguna que otra mirada asesina se colaba entre las miradas tiernas que los

envidiaban y perseguían.

Sus ojos se chocaron de pronto con las escaleras de la parada de metro de las que no paraba de brotar cada vez más gente. Aquella imagen evocó el recuerdo de su primera vez en aquel tan paradisiaco y al mismo tiempo tan céntrico lugar. Estaba solo y era ingenuo e inexperto, ahora iba acompañado y marcaba sus pasos con seguridad. La plaza había cambiado con él, aunque era un cambio estacional y momentáneo que no se asemejaba tanto al permanente que buscaba Bruno.

Un enorme cono metálico reluciente envuelto en luces presidía la plaza supliendo al clásico árbol de navidad. Como buen árbol de navidad por muy moderno que fuese no podía faltar la estrella en la punta. La estructura estaba rodeada de líneas luminosas que seguían y seguían dibujando a su paso trampantojos de guirnaldas, regalos y bolas navideñas. El conjunto de icónicos edificios de la Puerta del Sol conjuntaba a la perfección con aquella decoración, como si estuviese pensada para estar allí todo el año.

—¿En tu pueblo también ponen luces como estas? —preguntó a Eneko que estaba recostado en su hombro contemplando el árbol.

—Una versión *low cost* más bien —contestó entre risas—. Aunque no las ponen tan pronto, ¿qué día es hoy? Acaba de empezar diciembre.

Bruno no era de los que sabía en qué día concreto vivía. Tampoco utilizaba agendas y calendarios para organizarse, quizás con ellos no habría dejado más de un examen como “no presentado”.

Tuvo que encender la pantalla del móvil para ver la fecha y responder:

—Hoy es 6 y sé que es viernes porque mañana es sábado, que si no ni eso —hizo hincapié en su desorden—. En el mío no ponen gran cosa. Llevarán más de veinte años sin cambiarla, ya huele a viejo.

—Algún día podríamos ir a tu pueblo —mencionó el lugar prohibido—. Está aquí al lado, ¿no?

—Va a ser mejor que no —arrancó de cuajo la semilla de interés—, te aburrirías.

Eneko no quiso profundizar en el tema al notar la rapidez con la que Bruno lo había esquivado. No le había contado a nadie el incidente del pueblo y menos a Eneko. No quería preocuparlo y tampoco era el tipo de cosas de las que hablaba con él. Prefería no enturbiar el ambiente y mantenerse siempre positivo y coqueto.

Alguien a quien sin duda le habría detallado lo sucedido era Bianca. Bajo su fachada desinteresada y egocéntrica había un acogedor hombro en el que llorar. Sin ella, sus asuntos personales eran solo suyos, porque no podía mostrarse débil ante nadie más. Bianca se mantuvo firme hasta que sus padres le dieron el golpe final, así tendría que estar él a no ser que todo se torciese demasiado.

Las diferentes luces que abanderaban las calles sirvieron de guía a la incipiente pareja para marcar su camino como la estrella fugaz a los Reyes Magos. Las bocas de metro ya no eran lo único que les avisaba del cambio de calle, la diferencia de los colores y las formas de las luces también otorgaban un carácter único a cada avenida, dándoles su propia personalidad. Las farolas bajo las que pasaban eran testigo de su romance y parpadeaban de ternura con cada muestra de cariño.

En Gran Vía Bruno le robó un beso y en Callao fue Eneko el que se lanzó. Así fueron jugando a ver quién conseguía más besos hasta que dejaron de ser robados y se chocaban con la misma iniciativa. Tenían sed de los labios del otro y a veces tenían que interrumpir su paseo largos minutos porque ir cogidos de la mano no era suficiente.

—Cualquiera diría que soy el primer chico al que besas —bromeó Eneko separándose de Bruno con dulzura.

—Nunca te he dicho que eso fuese así.

—¿Y para qué sería amiga mía María si no fuese para informarme de estas cosas?

Por un momento Bruno se incomodó porque hablasen de él a sus espaldas, hasta que una inevitable carcajada le hizo olvidarlo.

Su juego de besos los llevó hasta la Puerta de Alcalá, donde eligieron un bar para sentarse y tomar un tórrido chocolate con churros que junto al amor ayudase a mantener la temperatura.

Eneko quería que se quedasen en la terraza del bar para contemplar el arco del triunfo que daba nombre a la calle alumbrado con falsas vidrieras en las que se representaba un Belén. Sin embargo, Bruno estaba helado de frío y las estufas portátiles que ofrecía el bar no eran suficientes para él:

—Qué suplicio salir con un chico vasco —bromeó castañeando los dientes con falsedad para convencerlo.

—¿Has dicho salir?

—Claro, estamos saliendo a tomar algo, ¿no? —le guiñó un ojo con picardía.

—Claro, claro —se sonrojó dando a Bruno lo que quería.

Mientras que Eneko sí había estado con más chicos, Bruno, que nunca había salido con nadie fuese del género que fuese, había aprendido mágicamente a manejar la relación y seducir como el que más. Llevaba ya un tiempo tomando nota de todo lo que hacía Bianca sin recibir un “no” por respuesta y ahora se dedicaba a ponerlo en práctica con evidentes resultados.

En el interior se escuchaba el típico alboroto de bar, un murmullo de voces dispares de las que no se podía extraer ningún mensaje claro. El ambiente estaba cargado y los comensales borrachos hacían que oliese a antiguo pese a la decoración minimalista y los jóvenes camareros, que le robaron a Eneko parte de la atención que Bruno

pretendía enfocar en él. Desde que se había atrevido a dejarse llevar con su atracción hacia los hombres, no podía evitar quedarse prendado con la belleza de cualquier desconocido que paseaba por la calle.

Juntos brindaron con las tazas de chocolate antes de dar el primer sorbo y Bruno apoyó entre medias la taza en la mesa para proyectar una indirecta que Eneko no captó.

—Tienes que probar los churros de al lado de mi casa —lo invitó Bruno mojando uno de los churros que habían pedido—. No sé si será porque siempre los tomo de resaca, pero son un manjar.

—Cuando quieras, aunque yo haré la cata sobrio para que no me engañes.

—Bueno, si no quieres beber no bebas. Tú te lo pierdes —se rieron mientras mantenían el contacto visual—. ¿Qué tal mañana? El sábado pasado no salí, así que hay que arreglar eso como sea.

El episodio de la ráfaga de ataques homófobos frente a su tía se reprodujo en su cabeza dejándolo con la mirada perdida tan solo un instante.

—No creo que pueda, hay un examen el martes y tengo que estudiar todo el finde.

—Te quedan muchos días para el martes —Le agarró la mano para intentar chantajearlo emocionalmente—. No me vayas a dejar solo por un examen.

—No son tantos días, también tengo que ir a las clases de baile.

Bruno se abrumaba al escuchar todo lo que Eneko tenía que hacer constantemente, no entendía cómo no se lo comía el estrés. Llevaban toda la semana planeando ver las luces de navidad juntos y les había costado mucho encontrar el hueco que les dejaba estar unidos en ese preciso momento. Él estaba acostumbrado a verse con Bianca cada día y Eneko era muy exigente consigo mismo como para permitirse tener tanto tiempo libre.

—Para qué ir a clases de baile teniendo la tarima del Hacha —Acarició su mano con suavidad—. No puedes bailar agarrado a mí en tu academia… Piénsalo.

—No me tomo las clases como una obligación porque me gustan, aunque eso no quita que tenga prohibido faltar —le decía mientras soplaba al chocolate—. Es mi sueño y tengo que luchar hasta conseguirlo por muchas cosas que me tenga que perder por el camino. Lo que venga después será lo que merezca realmente la pena.

—¿Y pasar tiempo conmigo no merece la pena?

Entre las bromas con las que habían comenzado se fueron intercalando comentarios serios que los distanciaban por sus intereses contrarios sin que se diesen cuenta.

—Bruno, sabes que yo no puedo suspender ningún examen… Ni

mucho menos saltármelos —El ataque fue directo y lo hirió—. No he venido aquí a estudiar para ser filólogo o profesor de lengua de pequeños criminales en potencia. Si suspendo, aunque sea una asignatura, me tendré que volver a Zumaya —El nombre prohibido se asomó por sus pensamientos y la imaginó allí sentada con las lágrimas cayendo de sus ojos y sus dos moños pelirrojos—. Creo que esta historia te suena y quiero que tengas claro que yo no voy a renunciar a mi sueño por estar por ahí callejeando. Tú también tienes ese examen, tendría que ser yo el que te convenciera de que te quedaras en casa.

Que él recordase, no había comentado con nadie su despedida con Bianca. Aquella muchacha había revolucionado su vida y en ningún caso para mal. No obstante, el adiós había sido agridulce y lo que vino después mucho más. Bianca le había bloqueado el número para que no pudiera llamarla y lo mismo había hecho con sus redes sociales. Fue como si nunca se hubiesen conocido, tal y como Bruno había hecho con sus compañeros de colegio. Aunque ella lo había hecho por un bien mayor, cortar el hilo de la dependencia emocional que Bruno padecía.

—Vaya, subestimaba el poder de María para enterarse de todo.

Era lo fácil deducir que había sido ella la que había conseguido saber lo que había pasado con Bianca, aunque nadie le hubiese contado nada de primera mano.

—Te juro que te digo esto por tu bien, porque te quiero y quiero lo mejor para ti.

Su sinceridad removió sus emociones. Ya no sabía si estar enfadado al ser atravesado por tantas lanzas de cruda verdad o entusiasmado por la preocupación tan genuina que le ofrecía Eneko.

—¿Me quieres?

—A ver… Igual es muy pronto para decirlo, pero yo no estoy contigo solo para pasar el rato. Por el momento te quiero y el día de mañana ya veremos… —Todavía tenían las manos enlazadas pese a que la pequeña pelea les había hecho olvidarlo—. Y no es por amargarte, ni por aguarte la fiesta, pero es muy tarde y me tengo que ir.

Ya no quiso rebatirle más, ni negociar la hora de llegada a casa, porque no era su madre y habían acabado con un “te quiero” sincero que daba pie a una relación más duradera que una simple aventura.

Antes de irse se pelearon un rato por ver quién pagaba la cuenta y acabaron a medias, pensando Eneko que había pagado por Bruno y Bruno por Eneko. Ambos tenían que ir a la misma parada de autobús, aunque tenían que coger números distintos, así que allí esperaron sentados recostado esta vez Bruno sobre el hombro de Eneko mientras se fijaba en la falsa estrella fugaz de la Puerta de Alcalá y deseando

avistar una de verdad para que le permitiese pedir el deseo de estar junto a ese chico tan dulce para siempre.

El primer autobús en llegar fue el de Eneko, cuyo conductor tuvo que ver cómo ambos se despedían con una mezcla de besos y abrazos que cambiaron por unos instantes la estación a verano.

—¡Espera! —le gritó Bruno como si aquella fuese una despedida permanente— Se me ha olvidado decirte que yo también te quiero.

Eneko le sonrió y le lanzó un beso. Después continuó pasando la tarjeta de transporte por el sensor y la puerta del vehículo se cerró tras él. En cuanto arrancó llegó también el autobús de Bruno en el que se subió con la cabeza repleta de pájaros y mariposas.

18. Delito

«Caí en la tentación, clavaba la espada y la sacaba, la clavaba y la sacaba. Así día tras día normalizando el hecho de que podía llevarme las vidas que quisiese por el camino, lo que a veces me ocasionaba llantos tontos. Cada vez me quedaba menos para llegar a la capital del reino donde los soldados se inscribían para participar en la guerra, que ya había comenzado, y estaba segura de que me cogerían sin poner pegas por mi tamaño y mi sexo. Era sin duda la guerrera más fuerte y audaz de todo el reino, serían ellos quienes me pidieran ayuda».

Era sábado, el día de la semana favorito de Bruno, y como de costumbre había quedado con Julia y Sara para ir a su discoteca preferida. El ambiente nocturno y fiestero era el de siempre, incluso se podía decir que aquello comenzaba a convertirse en monótono. Aunque para Bruno que había pasado el sábado anterior amargado en casa con un trauma que forzosamente tuvo que olvidar para resurgir de sus cenizas y comerse el mundo, aquel no era un sábado cualquiera.

Quizás el hecho de que Eneko se hubiese quedado en casa estudiando le quitaba importancia y emoción a la par. No pensaría en eso, ni tampoco en los insultos del pueblo, pensaría únicamente en pasarlo bien como acostumbraba a hacer cuando empezó con aquellas salidas.

—Estoy a punto de entrar con las chicas —le decía a Eneko al teléfono a punto de despedirse esperando en la puerta del Hacha—. ¡Estudia mucho! Haz que merezca la pena esta distancia.

Lo echaba mucho de menos, habría preferido no tener que volver a llamar a Julia y a Sara, que no dejaban de ser las amigas de Bianca y no suyas. Veía patético ir solo y tampoco tenía más amigos.

—Pásatelo bien, Bruno —lo animó con más aprecio que envidia—. Recuerda que el martes tenemos el examen de historia y que no puedes llegar tarde. Las resacas son muy malas y más para estudiar.

No tenía pensado castrar sus impulsos nocturnos, así que por mucho que lo quisiera no podría hacerle caso. La noche estaba para vivirla y no para ser esclavo del reloj.

—Sí, tú no te preocupes —lanzó su mentira piadosa—. Bueno, te tengo que colgar. ¡Te quiero!

—Te quiero, adiós.

Bruno proyectó su amor con más efusividad sin poder esperar

mucho más de Eneko. Uno estaba bien emperifollado con sus amigas plantado en la puerta de una discoteca rodeado de gente y el otro estaba iluminado por un flexo vestido con un harapiento pijama y en lugar de gente estaba rodeado de apuntes que lo atormentarían esa noche.

—¿Era tu novio? —preguntó Julia con una media sonrisa.

—Todavía no hemos etiquetado lo nuestro, pero sí, era Eneko.

Se sintió ridículo al utilizar esa respuesta tan ambigua. Era verdad que no había hablado aún con él sobre lo que eran o más bien ninguno de los dos había tenido el valor de declararse. Aun así, hacían vida de pareja y sus conversaciones estaban cargadas de amor jovial. Ambos sobreentendían que no eran un simple rollo.

—¿Cómo quieres etiquetarlo? ¿Matrimonio? —se burló Sara.

Las dos estallaron en carcajadas mientras Bruno pensaba qué responder para mantener la seguridad que lo envolvía. Fue salvado por la campana cuando el segurata les indicó que se acercaran, ya que en aquel momento no tenía nada irónico e inteligente que soltar como estaba acostumbrado a hacer.

La decoración interior del local seguía tan misteriosa y acogedora como siempre, no había seguido el ejemplo de las calles de Madrid y mantenían los adornos navideños guardados. La escalera seguía en el mismo lugar, aquella escalera que tanto le gustaba a Bruno. Era la escalera de las primeras impresiones, la de las entradas triunfales, toda una pasarela inclinada.

Siguiendo la tradición se acercaron a la barra a pedir el primer trago, el chupito y el cubata que siempre iban de la mano uno detrás de otro. La canción que sonaba era nueva y Bruno no sabía bailarla, así que dio un largo trago a su bebida para que el alcohol bailase por él.

—¿Qué vas a hacer hoy, Brunito? —La pregunta de Sara le extrañó— Ahora que estas cogido vas a tener que descartar la “caza”. ¿Qué vas a hacer cuando vayamos a buscar a nuestras presas de la noche?

Se quedó blanco sin saber de nuevo qué decir. ¿Qué se hacía de fiesta cuando no buscabas a nadie con quien pasar la noche? Evidentemente se bailaba, pero los acercamientos y los roces eran parte del baile, excepto en el comienzo de la noche, cuando uno se ponía a tono con sus amigas. Todavía estaban en esa fase de la noche y Bruno ya comenzó a preocuparse por lo que vendría después, ¿tendría que volverse a casa con un mal sabor de boca? Por el momento continuaría dando sorbos a su copa para darle todo ese peso decisivo del que no se quería hacer cargo al alcohol.

—¿Acaso no puedo pasármelo bien sin comerle la boca a nadie?

—Respóndeme tú, mejor —decía Sara aguantándole la mirada.

Otro hueco sin rellenar que dejó en la conversación. Todo habría sido diferente si Eneko hubiese estado allí, ninguna de esas preocupaciones estarían presentes si él sí lo estuviera. No permitiría que Eneko le amargase el sábado de reencuentro con el Hacha sin siquiera estar cerca. La solución llegaría en algún momento, no le importaba quedarse solo bailando hasta que se cansase.

—¿Otra copa? —las invitó Bruno señalando la barra.

—Ya sabes que la segunda ya es un accesorio de la "caza" —le recordó Julia.

—Bien, pues suerte con esa matanza vuestra.

Fue a por una nueva copa y cuando regresó Julia y Sara ya no estaban ahí. Ellas siempre tardaban en beberse la primera, porque a no ser que consiguieran una invitación, podía ser la última, así que su bomba de humo fue por pura maldad.

A Bruno no le importó, ya no era un crío y no necesitaba a nadie para pasarlo bien. Bailó con la única compañía de su copa, rodeado por decenas de grupos de jóvenes que lo pasaban realmente bien.

Las hambrientas miradas seguidas de peticiones indecentes no tardaron en llegarle y es que todos los nocturnos habituales del Hacha lo habían visto dándole aquel beso tan suculento y esperanzador a Eneko. Los rumores de que Bruno había abierto su abanico de posibilidades habían corrido y los muchachos que ya le habían echado el ojo sabían que había menos posibilidades de escuchar un "no" por respuesta. Siempre le habían llovido ese tipo de propuestas aun cuando lo veían dándose el lote con aquellas chicas que no lo dejaban conocerse más a fondo, por lo que las ofertas se duplicaron y cada vez se arrepentía más de rechazar a algunos chicos que incluso veía fuera de su alcance.

Cuando se acabó la tercera copa un joven apuesto lo invitó a bailar junto a su grupo de amigos y pese a que ya estaba bastante mareado se mantuvo firme negando proposición tras proposición.

—Solo te decimos que te acerques y bailes con nosotros —lo trataba de convencer aquel galán de película—. Llevas toda la noche solo.

Bruno era consciente de que en el fondo aquella manzana estaba envenenada y que por su manera de mirarlo ese chico no quería solo un baile. Como ya había reflexionado antes de aproximarse, el baile era un simple ritual para todo lo que venía después.

—Venga, vale.

El chico sonrío y lo llevó junto a todos sus amigos, un grupo completo de chicos, cosa a la que no estaba para nada acostumbrado. Aunque aquellos chicos parecían tan majos como Eneko y no brutos y salvajes como Manolo.

—Soy Eloy, por cierto —se presentó al oído dejándole más aliento de la cuenta el chico que lo había invitado.

—Yo Bruno, encantado.

Bruno le dio dos besos, aunque el otro no hubiese ofrecido su mejilla para marcar claramente que sus intenciones eran puramente amistosas. Sin embargo, el mínimo contacto hizo que Eloy malinterpretara las señales.

Habían pasado solo dos canciones y cada vez que acababa una, el muchacho se acercaba más a Bruno olvidándose de sus amigos. A él le habría encantado poder tomar la decisión de alejarse y volver a su soledad, pero hasta ese momento de la noche no había comenzado a pasárselo bien.

Al cabo de unas horas de magreos no correspondidos, Eloy lo invitó a su sexto cubata, haciendo que Bruno se sintiese especial al no estar habituado a ser invitado y ser él al que solían incitar a que invitara. No tuvo más remedio que aceptar y cuanto más bebía menos cosas era capaz de negar. Se dio cuenta cuando se acercó a su cuello y comenzó a besárselo sin intenciones amistosas. Lo apartó con suavidad, riéndose, y para Eloy el juego no había hecho más que empezar. Eloy lo intimidaba con una navaja imaginaria clavada en la punta de su corazón y Bruno ya no podía esquivarla más.

—No es la primera vez que te veo por aquí, ya llevaba tiempo soñando con este momento.

—¿Este momento?

El muchacho se lanzó a sus labios con el único consentimiento de la dejadez de Bruno, que no se apartó hasta que el otro no lo hizo. Volvió a su boca y Bruno seguía dejándose hacer, pensando que no había nada de malo en sus actos si la iniciativa no era suya.

—Este momento —señaló Eloy abrazado a él mientras bailaban sin que hubiera posibilidad física de estar más pegados.

Aquel lugar era oscuro y ocultaba la mayoría de perversiones juveniles, pero no lo era suficientemente para todo lo que Eloy imaginaba con Bruno. Por ello, lo agarró de la mano y lo fue alejando de la muchedumbre hasta llegar a los baños del local, que a esa hora eran ya vomitivos. Como si fuese un perro siendo tirado de la correa por su dueño, Bruno no se quejó y dejó que Eloy continuase paseándolo por donde se le antojase.

Se metieron juntos en uno de los minúsculos baños con puerta, que aun así dejaba los pies a la vista de los que esperaban fuera, y Eloy echó el pestillo mientras se llevaba un dedo a los labios indicándole a Bruno que fuese lo más silencioso posible.

Cuando todo estuvo al gusto de Eloy, Bruno siguió asintiendo y el delito fue incrementando su gravedad. Aquel caramelo era tan dulce para él que no comprendía que fuese ilegal y los años de condena continuaban sumándose hasta el punto de llegar a la cadena perpetua.

No podía haber nada de malo ahí, porque todo lo que Bruno sentía

era placentero. Olvidaba que cuanto más rico el alimento, más calorías tenía y tendría que ser él quien asumiera sus actos y quemara esas calorías extra más adelante.

Cuando salieron del baño a la vista de todos, Bruno activó una alerta mental pensando que las miradas que le venían de ahora en adelante eran de rechazo por lo que había hecho, como si los besos de Eloy se hubiesen tatuado en su piel sin consentimiento.

—No sé qué ha pasado, yo no… —le decía con miedo tras el efecto rebote depresivo del alcohol a Eloy que con bostezos y caras de cansancio se preparaba para salir del Hacha— Esto no puede saberlo nadie.

—¿Pero tú quién te crees que eres? ¿Un famoso? ¿Alguien digno de alardear de habérselo tirado?

Así fue ridiculizándolo, haciendo que aflorara el recuerdo de la chica que le robo aquel frío primer beso, pese a que esa vez los múltiples besos no estaban congelados, sino todo lo contrario. Aquellos besos eran calientes, tanto que había acabado por quemarse.

—Por mí como si me ves por la calle y no me saludas, solo ha sido un polvo —decía menospreciándolo como a un juguete viejo y roto que ya no valiese—. Cálmate, pringado.

No había sido solo eso para él, había arriesgado mucho más aquella noche.

19. Cómo solía creer

«Cuando reuní el valor para regresar a una taberna yo sola, unos borrachos se metieron conmigo y me persiguieron. Tuve la suerte de coincidir con mi amigo el cronista que fue respetado al pedir que me dejasen. Le conté con entusiasmo lo virtuosa que era ahora con la espada, pero enseguida me advirtió de que los muertos que estaba dejando por los caminos no eran algo de lo que enorgullecerse. "Los héroes luchan por objetivos, no por ver sangrar" me dijo para que cambiase mi actitud. Tendría que reservar mi energía para la guerra si quería que se escribiesen leyendas sobre mí en un futuro».

El disfrute y los excesos comenzaron a pasar factura. Tal y como Eneko le advirtió minutos antes de que comenzase su noche, Bruno llegó a su casa bien entrada la mañana y con una resaca que llegó a su punto más álgido a las seis de la tarde cuando se despertó.

Echó de menos que Bianca irrumpiese en su casa con el permiso automático de su amistad para subirle las persianas, dar cuatro voces y traerle un vaso de agua con las pastillas para el dolor de cabeza. Ese papel se lo había cedido a Eneko y él no había sabido comprender las señales ocultas de su tierna necesidad. El pobre chico habría estado estudiando toda la noche mientras Bruno… Bueno, mientras Bruno se lo pasaba excesivamente bien a su costa. ¿Cómo iba a quejarse de que no lo mimase durante su resaca? Se la había guisado él y ahora le tocaba comérsela.

Lo que sí hizo Eneko fue mandarle un mensaje recordándole que tenía que estudiar y deseándole mucha suerte. ¿Qué podía contestar Bruno sin ser un caradura? Hizo como si nada y agradeció su mensaje ofreciéndole los mismos ánimos.

Obviamente se sentía culpable, era lo mínimo que podía experimentar después de traicionar el honor y la confianza de su pareja. Pensó por un momento que no había firmado nada y que tampoco había sido oral el juramento, porque ninguno de los dos había dado el paso que les faltaba para hacerlo oficial. Eso le duraba segundos antes de volver a darse cuenta de que era la peor calaña de persona con la que se pudiese cruzar. Lo de la noche anterior lo rebajaba al nivel de Manolo y de todas aquellas personas anónimas que lo habían invitado a largarse del pueblo para siempre.

Quiso culpar al alcohol, pero tampoco eso era ético y tenía que dar la cara frente a sus actos. Eso sí, no daría demasiado la cara, tan solo admitiría la infidelidad consigo mismo y sus pensamientos. No

exteriorizaría con nadie y ni mucho menos con Eneko lo que había pasado.

Había sido un lapsus, un error momentáneo que juraría no volver a cometer. Además, no había bebido tanto como para perder la consciencia, se acordaba más que suficiente de todo lo que había hecho. De hecho, preferiría no acordarse de todos y cada uno de los detalles, porque en el fondo el morbo de lo prohibido le había gustado y lo había disfrutado, como si su sabor hubiese mejorado por las circunstancias.

Al levantarse vio frente al espejo sus ojeras y lo demacrado que estaba el resto de su rostro, evidencias convenientes que utilizó para posponer el tiempo de estudio. Se acercó a la cocina para prepararse un sándwich cutre con el pan frío y sin tostar por la excesiva pereza mañanera que sentía a esas horas de la tarde. Lo hizo únicamente para poder tomarse la pastilla sin que eso generara más problemas que soluciones. Cuando terminó se volvió a acostar en la cama para ahorrar la suficiente energía y darlo todo de sí estudiando al día siguiente. Cayó rendido, como si las diez horas de sueño anteriores hubiesen sido una ligera siesta.

Había sido una buena idea, ya que el lunes estuvo despierto a las siete de la mañana, madrugando por primera vez en mucho tiempo, listo para empollar todo lo que pudiese para el examen que se le venía encima. Aunque claro, para ello tenía que saltarse todas las clases de ese día. La única a la que le dio pena no asistir fue a la de Jerónimo. Lo entendería, era una persona muy comprensiva y sobre todo con Bruno.

Abrió sus libros con su habitación iluminada por una luz natural, limpia y diáfana que lo impregnó de paz interior y extrañas ganas de ponerse al día con el examen. Había ido a pocas clases de Historia Política y Social de España e Hispanoamérica, ya que el propio nombre de la asignatura era largo de más como para sonar interesante. Esto hacía que no estuviese muy ubicado en cuanto a los contenidos, pero al tratarse de una asignatura de historia supuso que no tenía nada que comprender. Le gustaba memorizar, al menos así era en su tiempo en el instituto.

Pronto se percató de que era una barbaridad todas las posibilidades de preguntas que podían entrar en el examen para solo cinco cuestiones de desarrollo. Creyó que se había equivocado y le mandó un mensaje de voz a Eneko preguntándole:

—Hola, Eneko, estoy aquí aplicado con lo del examen y creo que me he apuntado mal los temas que entran. Los ocho primeros tienen demasiadas páginas, ¿hasta cuál es?

Eneko sí que estaba aplicado realmente así que no pudo contestarle al instante porque lo pilló en clase. Como no recibía la respuesta que

esperaba, Bruno continuó vagueando y echándole un ojo a sus redes sociales, por si estudiaba sin querer más de la cuenta.

Fueron dos horas las que pasaron hasta que Bruno consiguió su respuesta, lo que no le molestó al retrasar aún más lo inevitable. Eneko escribió el mensaje en vez de locutarlo, ya que no necesitaba demasiadas palabras para resolver aquella duda: “Sí, son los ocho primeros”. No lo acompañaba ningún emoticono y Bruno malinterpretó cierto tono de sequedad, como si su secreto se hubiese escapado de su alcance y hubiese salido a la luz, aunque no podía dar nada por hecho simplemente por leer un mensaje sobre la universidad. El pobre muchacho tenía suficiente estrés por sí solo como para estar pendiente de cómo le estaba yendo a Bruno, que con notoriedad no había puesto el mismo esfuerzo que él.

En cuanto supo todo lo que tenía que estudiar se puso a ello con una fe inhumana. Había perdido la costumbre de estudio y había tantas letras, palabras y páginas que se mareaba de solo leer las cosas por encima.

Aguardó con ansia la hora de comer, las dos, para tener al fin su primer descanso después de cuatro horas frente al escritorio. Eran excesivas horas seguidas para su concentración y para la de cualquiera, por lo que la calidad de lo estudiado no era la misma que si hubiese tomado descansos más cortos y frecuentes. En uno de sus despistes se quedó embobado mirando por la ventana y vislumbró a la estatua del dragón que caracterizaba a su barrio. No la había visto desde ese ángulo hasta ese momento porque era la primera vez en tres meses que se sentaba en ese escritorio, ya que su novelucha de fantasía solía escribirla tumbado desde la cama que era una posición que favorecía más su creatividad.

—Deséame suerte, dragón —fantaseó en voz alta sin parar de mirarlo.

Hasta las cuatro y media no se puso de nuevo con los libros y a las ocho se tomó otro descanso para ducharse y cenar. Tenía pensado parar a media tarde para merendar, pero parecía que las páginas señaladas no se acababan y no podía parar. Cuando fue a dar el último apretón a las diez se dio cuenta de que ya casi terminaba. Sin embargo, al retroceder un par de temas notó que conforme avanzaba, la información de los temas anteriores se le iba olvidando.

Con todas las uñas de las manos ya mordisqueadas, hizo una lectura rápida de todo lo que había ido memorizando y a las doce se fue a dormir dándose por vencido. Estaba igual de cansado que después de haber estado bailando toda la noche, aunque quizás también influía que tenía una resaca acumulada y que lo había dejado todo para el último día.

Al día siguiente en el examen hizo todo lo que pudo por recordar lo

estudiado, pero de cinco preguntas tan solo pudo contestar con seguridad dos de ellas. Con las otras improvisó escribiendo con seguridad detalles y conceptos que se inventó en el momento. Prefería eso a dejarlas en blanco y renunciar a subir alguna que otra décima. Además, si después iba a reclamar no podría quejarse de una puntuación nula de una pregunta sin contestar. Aquel tipo de cosas se las había ido enseñando Bianca. A ella no le había ido muy bien poniendo en práctica sus propios consejos, pero era lo único que tenía para agarrarse después de tantos meses haciendo como si no se hubiese matriculado.

En uno de esos momentos de escasa inspiración durante el examen se quedó embobado mirando a Eneko, que sudaba, escribía, tachaba, paraba y continuaba constantemente. Sonrío con ternura disfrutando de su estrés. Bruno sabía que él aprobaría por su esfuerzo y constancia. No tenía la misma confianza en sí mismo y se lo había ganado a pulso, así que no podría soltar queja alguna si suspendía. Quizás ya le iba tocando un buen susto para espabilar.

De hecho, el susto no tardó en llegar. A los dos días la profesora ya tenía corregidos todos los exámenes y había colgado las notas en la web públicamente, de manera que todos podían ver las notas de todos si se sabía las iniciales adecuadas.

No se sorprendió al descubrir que había suspendido con un tres. El disgusto no lo pudo evitar, porque era uno de los primeros exámenes al que se presentaba en la universidad y esperaba que alguna fuerza divina lo hubiese ayudado durante su transcurso. No estaba acostumbrado a sentarse en el pupitre sin tener ni idea y no sabía cómo se sentía.

Se enfadó incluso más al ver el cinco y medio de Eneko, que estaba tres nombres debajo del siete de María. Encabezaba la lista el nueve de Lidia, que para sorpresa de Bruno no era la nota más alta.

Así terminaba la fase de espera y daba comienzo la del llanto y las súplicas. Le habría encantado escribirle a Bianca para decirle que no había olvidado su tutorial para hacer un examen paso por paso, desde la fase del reposo hasta la del aprobado. Se la sacó de la cabeza y cambió el destinatario.

—Vaya cabrona la de historia, ¿cómo te ha puesto esa nota? —inició su audio para Eneko— Bueno, yo estoy de camino a la uni para reclamar, que casi apruebo. Nos vemos pronto, te quiero.

Como de costumbre la respuesta tardaría, porque Eneko siempre tenía cosas que hacer y no estaba pendiente del móvil. Sabiendo esto, Bruno apagó la pantalla y se bajó del autobús directo a la facultad.

No le dio tiempo ni a pasar por la puerta de secretaría, que era la sala más cercana a la entrada, cuando se topó con Jerónimo, el profesor de literatura. Le había prometido dejar de faltar a sus clases

sin justificación de peso y le había fallado, no podía evitarlo sin más, tenía que hablar con él o perdería su confianza.

Al final, Bruno ni siquiera tuvo que acercarse, fue Jerónimo el que lo saludó:

—¿Todo bien, caballero?

—Bueno, pues sí, a punto de ir a clase.

No quiso decirle que iba a la revisión de un examen suspenso. Se avergonzaba del escaso trabajo académico que estaba haciendo, sobre todo delante de aquel hombre que siempre apostaba por él. Toda la seguridad que tenía en el Hacha allí desaparecía, porque no lo juzgaban por cómo vestía y cómo se comportaba, sino por su inteligencia, cualidad que llevaba tiempo sin entrenar.

—¿Te importa si te robo algo de tu tiempo y me acompañas a mi despacho para hablar un rato? —lo invitó con aquella expresión de seriedad tan suya.

Si lo acabara de conocer habría pensado que estaba enfadado. Los meses le habían hecho acostumbrarse a ese ceño fruncido que en realidad le salía sin quererlo al pobre hombre y que era tan natural como la timidez que él poco a poco había ido dejando atrás.

Aceptó la propuesta y lo acompañó más tembloroso por dentro que por fuera. Había aprendido a controlar su cuerpo para ofrecer a los demás solo la imagen de lo que él quisiese. Creía estar preparado para todo tipo de situaciones hasta que la nota que aquella mañana había visto lo desestabilizó un poco emocionalmente. Solo un poco, sus preocupaciones seguían fuera de aquel búnker del conocimiento.

—Siento mucho haber faltado a clase… Otra vez —soltó sin darle tiempo a sentarse en su acolchada silla de cuero—. Me quedé estudiando en casa. Bueno, aunque sé que eso no es excusa.

—No te he pedido que vengas para hablar de eso. Esto va más allá de mi clase de literatura —lo asustó—. Quizás me esté metiendo donde no me llaman, pero sé que llegada esta edad tus padres no van a estar pendientes de lo que estudies y dejes de estudiar. Puede ser que estén a kilómetros de ti, no conozco la situación de cada uno de mis alumnos —Bruno no sabía a dónde iba a parar aquella conversación que parecía acercarse demasiado a lo personal—. He hurgado ciertos informes de la web para ver el progreso de los estudiantes y tus datos dejan mucho que desear. Volviste a ser constante en mis clases… A costa de continuar faltando al resto. Han pasado tres meses y hoy te han dado tu segunda nota, mientras que tus compañeros llevan ya cinco. No has asistido a la mayoría de exámenes parciales, como el mío, y los dos a los que has tenido la decencia de venir los has suspendido. ¿En qué lugar te deja eso, caballero? ¿Tanto me equivoqué contigo?

Tragó saliva y después otra vez, haciendo tiempo para evitar

contestar. Era una conversación cerrada entre dos y no podía esperar a que el monólogo de su profesor se prolongase mientras él se cruzaba de brazos con el corazón en el pecho y miles de arrepentimientos que no quería sacar de sí. Estaba acorralado y debía asumir el rastro de sucias huellas de tinta que dejaban sus actos, ya no por lo que hubiese hecho, sino por lo que no hacía.

—Puede que sí, te habrás pensado que yo era de otra manera, pero soy completamente así.

Siguió acumulando remordimientos mostrando aquella estúpida chulería al hombre que intentaba ayudarlo sin obtener nada a cambio.

—Quizás seas así ahora, pero no fue este quinqui al que yo conocí en septiembre —Su rostro enfadado era por primera vez fundamentado—. Ya te lo advertí el mes pasado, que Madrid echaba a perder a los jóvenes y los hacía perder el rumbo. Te lo repito ahora que sé que te has descarrilado y que solo me queda ayudarte a reconducir tu camino.

Abrió su grifo de lágrimas y se sintió más liberado que al besar a Eneko delante de toda la gente del Hacha. Le estaban ofreciendo una mano y tenía que hacer el esfuerzo de coger impulso agarrándose a ella antes de que estuviese tan hundido que no pudiese regresar a la superficie. Sobre todo, tenía que hacerlo antes de que se repitiese algo parecido a lo que pasó el último sábado.

Jerónimo se dio cuenta de que estaba haciendo lo correcto cuando vio la cascada que había producido en sus ojos. No fue a abrazarlo por mantener su seriedad y autoridad, pero lo mataban las ganas.

—El Bruno que conociste no disfrutaba de nada… —confesó sin dejar de llorar—. Estaba amargado y necesitaba ver los secretos ocultos del mundo.

—Señorito, hay un paso entre la felicidad y la agonía —filosofeó reclinándose sobre su silla—. Lo que te tienes que preguntar es sí serás feliz el resto de tu vida comportándote como lo estás haciendo, porque todavía tienes un futuro que labrarte y el tiempo corre. Pásalo bien, pero siempre recordando el momento vital en el que estás.

Asintió sin palabras, porque aquel era el mejor consejo que le habían dado nunca. Hablaba poco con su madre y las pocas veces que lo hacían era sobre temas poco relevantes para el desarrollo personal de su hijo. Su padre tampoco ponía de su parte y no había recibido una llamada suya después de haberse ido del pueblo a la fuerza sin despedirse. Lo único que trataba de seguir al pie de la letra era lo aprendido con Bianca y en ocasiones era completamente opuesto a lo que Jerónimo le estaba recomendando.

—Gracias por todo, intentaré recordar esto cada vez que se me vaya un poco la cabeza —agradeció la charla mientras salía por la puerta.

Salió del edificio dejando a un lado la principal razón por la que

había ido hasta allí. No le serviría de nada lloriquear por una nota que no merecía. Cargaría con el peso de su inconsciencia y se prepararía para el resto de exámenes, que ya eran finales y no parciales.

Cogió de nuevo el autobús, esta vez para volver. Durante el trayecto recibió un mensaje de Eneko, que respondía al que le había enviado antes:

—No te preocupes por mí, Bruno, un cinco y medio es más que suficiente para mí y mis capacidades —Su humildad y bondad hacían sentir a Bruno cada vez más culpable—. Siento tu suspenso, tienes que poner solución a eso cuanto antes. No sé si nos veremos pronto, la temporada de exámenes no ha hecho más que empezar. Ven más a clase y podremos estar juntos en los descansos. Te quiero.

El corazón que acompañaba al “te quiero” no consiguió ablandar la dureza de sus palabras. Dejó el mensaje sin responder y apagó con rabia la pantalla del móvil. Sabía que no lo estaba haciendo bien, pero estaba harto de que se lo recordasen.

20. Por no estar

«Hice caso al cronista y me volví más civilizada. Tenía su voto de confianza y también un saco de monedas con las que podría dejar de robar. Pasé por fin la noche en el colchón de una taberna después de tantos meses entre arbustos. Me había vuelto más respetuosa, pero el resto no y se apropiaron de mis monedas en cuanto pudieron. No podía parecer débil delante de esos hombretones y me vi obligada a montar un alboroto que muy a mi pesar acabó con la vida de dos fortachones barbudos que me habían robado».

Sábado otra vez y había pasado la tarde entera esquematizando información en vez de pensando en lo que iba a ponerse. Lo cierto era que ese fin de semana no tendría que ponerse nada más que el pijama, ya que había optado por quedarse en casa estudiando. Había sido una decisión propia, aunque el suspenso, la reprimenda de Jerónimo y el mensaje de Eneko lo habían impulsado a decidirlo en cierta medida.

Su madre solía comenzar a maquillarse y vestirse a las ocho para salir a sus fiestas o cenas de empresa, que eran difíciles de distinguir. A la misma hora en la que Bruno se enderezaba frente al ropero con indecisión mientras escuchaba música a un volumen mayor que la voz de su consciencia. Ese día al escuchar el silencio que provenía de su habitación, Ángela se acercó para comprobar que su hijo se encontraba bien:

—¿Todavía no has empezado a vestirte? —preguntó extrañada asomándose por la puerta— ¿A qué hora has quedado? A ver si se te va a hacer tarde.

—Hoy no he quedado, esta semana la tengo llena de exámenes —contestó mientras giraba con la silla del escritorio para ver a su madre—. Estás muy guapa, por cierto.

Todavía no había visto a su madre repetir un vestido, como si su ropero no tuviese fondo. Hacía tiempo que a Bruno no le importaba elogiar a sus seres queridos, mostrar cariño nunca le tuvo que haber dado vergüenza.

—Muy bien, así me gusta, marcando tus límites —se acercó para darle un beso—. Yo me voy a ir yendo, estudia mucho.

—¡Pásalo bien! —le dijo antes de escuchar el portazo de la puerta.

La única asombrada por la responsable actitud de Bruno no fue su madre, también recibió mensajes de Julia y Sara invitándolo a ir al Hacha con ellas. Se moría de ganas, no podía negarlo, pero les tuvo que decir que no. Insistieron tanto que llegó a pensar que su amistad

era suficientemente fuerte, pese a que sabía que en el fondo no era así y lo demostraron con sus contestaciones:

—Los chicos de por aquí te van a echar de menos —escribió Sara.

—¿Ya quiere hacer cosas contigo tu novio? —se burló Julia.

En ambas frases intuyó que eran conscientes de lo que había pasado el sábado pasado con Eloy. No había hablado con ellas de eso, porque era consciente de que no serían capaces de guardar ese secreto, aunque ni siquiera conociesen a Eneko. Además, les habría dado la razón en eso de que los sábados por la noche en las discotecas lo único que se podía hacer para pasarlo bien era "cazar".

Antes de ponerse enserio con el estudio, Bruno ordenó su habitación para que se notase que era una persona ordenada en la llamada que había programado a las nueve con Eneko. La duración de la conversación estaba estrictamente cronometrada por Eneko, que contaba tanto sus horas de estudio como las de descanso. Había tenido que convencerlo de pasar juntos desde la distancia al menos esos cuarenta y cinco minutos.

Se habían visto el viernes en la universidad, porque Bruno le había prometido a Jerónimo asistir a todas las clases, las impartiese él u otro profesor. Los minutos de descanso entre lección y lección no eran suficientes para Bruno, ni tampoco los breves audios a los que Eneko no estaba acostumbrado y mandaba por obligación.

—Quiero escucharte —le dijo Bruno cuando estaban sentados en la cafetería—, no me basta con leer lo que escribes. Podrías ser tú o cualquier otra persona.

—Menuda tontería, Bruno —se rio él, aunque le dio el gusto de ese momento en adelante.

—¡Qué cucos sois, qué envidia! —repetía María constantemente con cada mínima muestra de amor que veía entre sus dos amigos.

A las nueve y tres minutos su portátil emitió una impertinente música que avisó a Bruno de que Eneko ya lo estaba llamando al otro lado de su pantalla. La aceptó al instante deseoso de verle la cara al que consideraba el amor de su vida. A pesar de que la mala conexión lo envolvía en píxeles, tan solo el hecho de saber que estaba ahí le dio la paz que necesitaba para concentrarse esa noche.

—¿Cómo está mi bailarín favorito? —lo saludó Bruno sacándole una sonrisa.

—Pues hecho un desastre, ¿te has comprado ese pijama tan elegante solo para hablar conmigo?

Mientras que Bruno iba con sus mejores galas para estar por casa, lentillas y peinado incluido, y estaba colocado bien erguido en su silla habiendo estudiado el ángulo de la cámara con antelación, Eneko estaba acostado en la cama con una sudadera vieja, una manta y unas gafas que nunca le había visto puestas.

—Nunca se sabe cuándo me va a espiar un vasco guapo por la cámara del ordenador —lo hizo sonrojarse como a él le gustaba—. Qué bien te quedan esas gafas, tendrías que ponértelas más.

—¿Cómo puedes soltarme tantos piropos viendo el despojo humano que estoy hecho ahora mismo?

Estuvieron así media hora intercambiando piropos y carcajadas. Los dos olvidaron todas sus obligaciones durante ese tiempo, hasta que Eneko vio que se acercaba la hora de colgarlo y sacó el tema que los tenía a ambos encerrados en sus casas:

—¿Cómo llevas los exámenes? ¿Has empezado ya con alguno o has estado vagueando todo el día?

—Claro que he empezado, ¿por quién me tomas? —se ofendió falsamente entre risas— No estoy renunciando a un sábado por calentar el sofá.

—Me alegro entonces, ya vas asentando la cabeza.

Eneko no tenía pelos en la lengua a la hora de señalar la despreocupación de Bruno por la universidad y su interés desmesurado por la fiesta. Bruno ya se había acostumbrado a ese "te lo digo porque te quiero", aunque en ocasiones era inevitable ofenderse.

—Tenerte aquí me ayudaría todavía más a asentar la cabeza, ¿por qué no te vienes y estudiamos juntos? —propuso sin parar de cortejarlo— Al fin y al cabo los exámenes son los mismos.

—No voy a vestirme a estas horas para ir hasta tu casa —se resistió él—. Tendría que ducharme. Déjame ser una rata de cloaca tranquilo.

—Estoy deseando que traigas ese olor a rata a mi casa —siguió su cortejo mostrando que lo quería tal y como era—. ¡Venga, vente!

—Ya te he dicho que no —sentenció parando la broma—. Además, no me concentro con gente cerca. Estudio en voz alta.

No lo decía por quedar bien, Bruno realmente quería que fuese a su casa para no sentirse tan solo. Sin embargo, la invitación era claramente indecente e irresponsable, no estudiarían tanto como lo harían de manera individual. Cada uno necesitaba su espacio si querían aprobar.

Desde ese momento, Bruno dejó de ser tan cómico y galán. Era él siempre el que tenía la iniciativa de los planes románticos y la mayoría de las veces sus esfuerzos por tratar de convencer a Eneko eran inútiles. Comprendía su apretada agenda y su necesidad por llevar las clases al día, pero a veces ni se replanteaba las ideas que le proponía y el "no" era instantáneo.

—Venga no te enfades, cuando acabe esta semana seré todo tuyo —volvió a prender la mecha que se había ido apagando hablando de cosas de clase—. Te prometo que el próximo sábado vamos a salir de fiesta juntos y va a ser el mejor día de tu vida. Tendré vacaciones de

Navidad tanto en la universidad como en la academia, no habrá nada que me separe de ti.

—Bueno, nada excepto tu familia —sopló metafóricamente Bruno a la mecha—. Supongo que volverás a tu pueblo para celebrar la Nochebuena, ¿no?

El constante rechazo de Eneko hizo que Bruno, que era el iluso y fantasioso de la relación, se volviese más realista.

—Pues claro, como todo el mundo, ¿no vas a volver tú a tu pueblo?

Bruno no quería ni escuchar hablar de su pueblo. Sabía que su tía lo esperaría para cenar y que se llevaría un gran disgusto cuando se enterase de que la intención de Bruno era quedarse allí en Madrid. Serían las primeras navidades que pasara lejos de casa… Bueno, la casa del pueblo, porque ahora su casa era un piso no muy lejos del centro de la capital. Ya no se podía imaginar viviendo de nuevo en aquel pequeño municipio perdido entre los montes manchegos y tras lo ocurrido horas antes del entierro de su abuela, ni siquiera se imaginaba allí de visita.

—No, voy a quedarme aquí con mi madre —le desveló sus planes—. Nunca he pasado la Navidad con ella.

—Entonces te prometo que estaré aquí para Nochevieja —Por un momento fue Eneko el que organizaba sus reuniones—. Despediremos el año juntos, ese sí que será el mejor día tu vida.

—Nada me gustaría más que besarte cuando suene la última campanada, pero no puedes generar tantas expectativas —No le quedaba más positivismo para él—. Si algo saliese mal, me deprimiré mucho más que si no supiese que esa será mi mejor noche.

Observó con una ternura amarga la imagen congelada de Eneko hasta que se reanimó y regresó el movimiento. Eran ya las diez menos cuarto, la hora que Eneko había fijado para que su conversación cesase y volviese cada uno con sus tareas.

—Ya es la hora, Bruno —inició Eneko la despedida—. Mañana hablamos, ya te veo cansado. Mejor que inviertas la poca energía que te queda en lo que toca.

Exprimió las pocas ganas de hablar que tenía para que no lo sacase de su mente en toda la noche. La manera en la que Bruno había comenzado a tratar a la gente lo convertía en adictivo, era seductor hasta para comprar el pan:

—No, me debes tres minutos porque has llegado tarde. No te vayas a librar de mí así —le dijo con una sonrisa encantadora que se vio distorsionada por la calidad de la *webcam*—. Ya puedes darme conversación para rellenar estos minutos.

La sonrisa de Eneko se ensanchó hasta mostrar todos y cada uno de sus relucientes dientes.

—¿Por qué me sonríes así ahora? —le preguntó Bruno.

—Te notaba apagado y creía que te estaba perdiendo por no dedicarte el tiempo suficiente.

—Eso nunca.

Sonó bonito y lo sentía de verdad, pero ya le había fallado una vez por no estar y esa noche por alguna razón se sentía igual que el sábado anterior. Tenía una energía extraña dentro de sí que necesitaba gastar dándole mimos a su pareja y la forzosa distancia no se lo permitía.

—Adiós, Bruno —se despidió finalmente—. Aprovecha el tiempo, te quiero muchísimo.

—Yo también te quiero, adiós.

Cuando colgaron la llamada y la cara de Eneko desapareció de su pantalla, una lágrima se resbaló por el rostro de Bruno. No podía parar de sentirse culpable por seguir con aquel teatro. Aunque realmente lo quisiese sabía que hasta que no le contase su gran desliz no podría ser feliz junto a él. El problema era que no se sentía capaz de afrontar sus errores y desnudar sus debilidades de esa forma.

No podía echar a perder el tiempo por llorar algo que ya no tenía remedio. Dejaría que el tiempo lo borrara de sus recuerdos y sería tan feliz como siempre había querido serlo. Se secó las lágrimas y se quedó un rato mirando al dragón desde su ventana para calmarse.

Empezó a estudiarse todos los apuntes que había acumulado pidiendo a unas y otras personas. Le había costado mucho pasarlos a limpio porque la letra de algunos de sus compañeros era ilegible. Para el próximo cuatrimestre tendría que currárselo un poco más, es decir, dignarse a aparecer por clase y tomar sus propios apuntes.

Al parecer se le había olvidado poner el móvil en silencio y a las dos horas de que la sesión de estudio comenzase vibró. No estaba tan sumergido en los esquemas como para obviar aquella tentación de mirar el móvil tras el zumbido. Al principio se resistió, después a los minutos el ansia lo superó y tuvo que encenderlo para leer la notificación. Se excusó a sí mismo con la posibilidad de que fuese Eneko, que había cambiado de opinión y estaba de camino a su piso.

Obviamente, no fue así. La notificación era de *Instagram*, una red social que cada vez le gustaba más para subirse la autoestima, posteando sus progresos en el gimnasio y sus originales *outfits*. Sus seguidores crecían cada día y a la par el tiempo que le dedicaba. Además, estaba muy orgulloso de haber conseguido pasar desapercibido con su nombre de usuario y no haber atraído a ninguno de sus excompañeros de instituto y vecinos del pueblo. Su cuenta anterior no la usaba, porque no la consideraba un lugar seguro.

Le acababa de pedir solicitud para hablar una cuenta a la que no seguía. Enseguida reconoció aquella cara de haberla visto en el Hacha, así que lo aceptó por curiosidad para ver qué era lo que tenía que

decirle:

—Hola, guapo —fue el mensaje que le llegó al instante.

Bruno se asustó, como si en vez de guapo lo hubiese insultado. Lo cierto era que el muchacho también era guapo y esa era la parte que más asustaba a Bruno. Por temor a sí mismo, lo dejó en visto y apartó el móvil a un lado para continuar con lo suyo.

Leyó un par de párrafos más, pero no se enteró ni de la mitad. Su mente estaba en otro lugar pensando otras cosas, concretamente en el chico que le estaba hablando con intenciones desconocidas.

Se dio un voto de confianza y cogió de nuevo el móvil para rechazar amablemente al chico.

—¿Te molesto? —había escrito él después de ser dejado en visto.

—No, perdona, es que estoy ocupado estudiando.

El chico envío una foto bomba que Bruno solo podría abrir una vez para verla. Cuando la abrió se encontró con un sonriente joven de rostro agradable que hacía un simpático gesto con la mano con los dedos índice y corazón. Lo que más le llamó la atención fueron sus uñas pintadas de negro y un pendiente que atravesaba su oreja derecha.

—¿Me conoces? —preguntó el chico en otro mensaje.

Ambos sabían que no se conocían, de hecho no hubiesen sabido ni sus nombres de no haberlo leído cada uno en el perfil del otro. Curioseando en él supo que se llamaba Benjamín y que tenía veinte años.

—Tanto como conocer… Me suena tu cara

—¿Y me quieres conocer? —se atrevió a decirle con descaro.

En sus publicaciones Bruno no dejaba claro que tuviese pareja, ya que cordialmente no la tenía. Eneko y él continuaban dejando que el otro se ocupase de pedirlo. Era una tontería en realidad, porque sabían que la respuesta sería positiva. Sin embargo, cada vez tenían más peleas, aunque no fuesen demasiado trascendentales. Parecían discusiones matrimoniales y eso que no se consideraban ni pareja.

—Quizás en otro momento, ya te he dicho que estoy estudiando.

—Yo también, pero hay que hacer descansos de vez en cuando —continuó escribiendo, tratando de que mordiera su anzuelo.

—Ya decía yo que era raro que estuvieses en casa un sábado por la noche.

Con su último mensaje Bruno dictó su sentencia de muerte cayendo en el juego del embaucador. Ya estaba metido en su juego de pies a cabeza y pese a que no paraba de decirle que no podía hablar, seguía respondiéndole, aunque no fuese al instante. De hecho, cuando el otro tardaba más de cinco minutos en volver a hablarle, Bruno se ponía nervioso cerrando y reabriendo la aplicación para comprobar si el problema era de su móvil.

—Cómo me conoces, parece que tú también me habías echado el ojo.

—Lo suficiente para saber que no me interesas —le cortó el rollo Bruno.

Aquello tan solo sirvió para picarlo aún más y que no se diese por vencido. Hablando con Benjamín por mensajes Bruno no se sentía tan culpable como el odio propio que sentía mientras Eloy le besaba el cuello.

Seguía pensando en Eneko mientras tecleaba en la pantalla de su móvil, pero porque había dejado de repasar para el examen, no porque estuviese charlando con otro chico. Era simplemente eso, una charla, nada más. Lo que pasase detrás de una pantalla sin contacto de piel con piel no podía ser tan malo.

Benjamín le envió otra foto, esta vez de su torso. Se encontraba en penumbra iluminado únicamente por la cegadora pantalla de su móvil que realzaba los abdominales del muchacho con un juego de luces y sombras, tal y como los antiguos escultores griegos solían planear.

—No estoy muy acostumbrado a recibir esas palabras tan duras —escribió enseguida de mandar la imagen.

—Con el frío que hace y tú sin camiseta —contestó seguido de una ristra de emoticonos de carcajadas.

El invierno en Madrid no era moco de pavo y Bruno daba por seguro que sin la calefacción encendida todo el día habría tenido el cerebro congelado dejándolo incapacitado para estudiar. Aun así, era verdad que aquella conversación le estaba subiendo la temperatura cada vez más.

—¿Tú todavía la llevas puesta después de tanto rato hablando conmigo? —lo retó con picardía.

En ese momento, Bruno se deshizo de la camiseta de su pijama y la tiró a la cama. No tuvo escalofríos, los mensajes y la calefacción eran lumbre suficiente. Su seguridad se rebajaba al verse semidesnudo. Por mucho ejercicio que hiciese su abdomen no era tan afilado y visible como el de Benjamín. Tenía una figura atractiva para todo el mundo menos para sí mismo.

Se cargó de valor e inclinó su móvil para hacerse un *selfie* con la cámara frontal buscando un ángulo estratégico que no le hiciese contemplar con rechazo su propio cuerpo. La tenue luz de su flexo ayudó también con las sombras, que le hicieron verse más voluptuoso. Después de repetirla varias veces envió la que más le convenció:

—Claro que no, pero no por ti —mintió sonriéndole al móvil como un tonto—. La literatura medieval a veces se puede volver muy picante.

Supuso que Benjamín habría leído en su biografía la carrera que estudiaba para poder entender su chiste.

—Mejor de lo que imaginaba —lo alagó con una pequeña llama y un *emoji* que babeaba.

La conversación se estaba acalorando tanto como si de verdad se estuviesen viendo las caras. Ya no era una simple charla y las fotos no buscaban la comedia sino la lujuria. Así lo demostró Benjamín con la siguiente, que no era un discreto plano de su pecho. Esta vez posaba frente a su espejo con la misma sonrisa pícara, pero completamente desnudo.

Sí, a Bruno le gustó lo que vio, eso no podía negarlo. Estaba sudando y tuvo que abrir la ventana para despejar su alborotada cabeza llena de pensamientos, tanto buenos como malos. ¿Qué había hecho? ¿Por qué le había enviado esa foto sin camiseta? Tuvo que haberlo rechazado con más frialdad desde el principio, desde el mismo momento en el que comenzó a sentir algo más que una risilla por el atrevimiento del otro.

Otro delito se sumaba a sus antecedentes penales, aunque este estaba a tiempo de pararlo. Esta vez la gravedad aumentaba porque estaba sobrio y las malas decisiones recaían por completo sobre sus hombros. Por todo esto, decidió coger al toro por los cuernos y parar de acumular errores. No solo dejó de responder al chico, sino que lo bloqueó para borrarlo de su vida como si aquella conversación no hubiese tenido lugar.

Después, cerró sus libros, guardó sus esquemas y se fue a dormir con la respiración entrecortada sin poder parar de culparse.

21. Estos miedos son tuyos

«Dejé de comer porque no quería robar y tampoco asesinar a ningún animalillo. No podía ir a la guerra y alistarme con ese aspecto. Por un momento me dio igual y me di por vencida, después escribí una carta a casa, a mi aldea, contando en el lío en el que me había metido y se la entregué a un mercader para que la llevase. Me acogieron en una taberna a cambio de trabajo y allí estuve hasta que recibí la respuesta. Fue un gran alivio descubrir que solo la había leído mi padre y que no quería que volviese, sino que llegase hasta el final después de todo lo que había pasado. Tras ese soplo de ánimo, agarré mi espada y me despedí de los dueños de la taberna, con más ganas de convertirme en una heroína que cuando empecé».

El domingo le dolió la cabeza tanto como si hubiera estado de resaca, porque en vez de ingerir alcohol había tragado una ingente cantidad de malas decisiones que no paraban de generarle pequeños y silenciosos problemas que solo lo torturaban a él. Lo que más necesitaba era pedir ayuda, no podía él solo con todo eso, el problema era que no sabía a quién. La persona más cercana que tenía era Eneko y ocultarle sus actos era la principal razón de todos esos contratiempos que tenían una raíz mucho más lejana.

El examen del lunes no fue muy bien, salió de él con extrema inseguridad y ganas de romper a llorar. Creyó que quedarse en casa todo el fin de semana merecería más la pena y que no hubiese sido así lo llenaba de impotencia. Incluso encerrado en su habitación las distracciones habían acudido a él y sin que aquel tal Benjamín le hubiese robado demasiado tiempo, su conversación y sus intenciones indecentes se repetían en bucle en su cabeza llenando el espacio que debía pertenecer a los apuntes de sus exámenes.

El siguiente examen, sin mucho margen de por medio, fue el martes y de nuevo se bloqueó casi sin poder responder pregunta alguna. Se había empezado a preparar ese examen con bastante antelación, pero el repaso final del día de antes era muy importante para él y estaba demasiado deprimido como para concentrarse. Siempre había algo que le impedía dar el cien por cien y los suspensos seguían creciendo. No temía que sus padres descubrieran sus pésimas notas, era a Jerónimo a quien debía impresionar para mantenerlo a su favor.

Al estar en el mismo contexto, Eneko también estaba muy agobiado con los exámenes de la universidad, que se le juntaban con las pruebas que la academia de baile no paraba de exigirle. Sin embargo, le

ofreció el poco tiempo que tenía de camino al autobús. No tenía pensado hacerlo, porque tenía que evitar la más mínima distracción para llegar a su objetivo, pero notó el bajón de Bruno que gritaba socorro en un tono prácticamente mudo que solo él podía escuchar.

—¿Está todo bien, Bruno? —preguntó preocupado envolviendo su cuello con el brazo— Te noto hecho polvo, se nota que has estado estudiando muy duro.

—Sí, mucho, espero que tanto como tú —se desprendió del brazo de Eneko y se adelantó un poco—. Si me permites… Llego tarde al autobús.

—¡Adiós! —gritaba mientras lo veía alejarse— ¡Te quiero!

Por primera vez su "te quiero" se quedó solo, volando en el aire sin recibir otro de vuelta. Con la comprensión que lo caracterizaba, Eneko no quiso ahondar en aquella actitud y se marchó a su piso compartido para continuar peleando duro por sus metas.

Bruno por su parte no podía creerse lo mal que acababa de hablarle a aquel ser de luz que ninguna culpa tenía. Fue un acto reflejo, como si la mejor forma de arreglarlo todo fuese alejarlo de su vida, pasándole a él la patata caliente para que se marchase por decisión propia.

Esa tarde se dio por vencido con la vida y los estudios y la dedicó a llorar tanto como pudiese hasta desahogarse. No fue como esperó, no había fondo en ese pozo de lágrimas. Tenía tanto por lo que llorar que habría necesitado años y más de una almohada que hinchar como una esponja. Cada vez que se intentaba levantar para hincar los codos en su escritorio, recaía pensando en todo el tiempo que estaba perdiendo con sus lágrimas. Solo le quedó escribir en su libreta y dormirse hasta que ese día pasara.

A la mañana siguiente anduvo por la universidad como un muerto viviente que no tenía ni la voluntad ni la energía de hablar con nadie. Se arrastró hasta el aula donde tenía el penúltimo examen y pidió un bolígrafo a Lidia, porque ni de traer su estuche pudo acordarse. Ella miró asustada su rostro desalmado después de haber escuchado aquella voz sin brillo, pero no pudo preguntar por su estado porque estaba ocupada repitiéndose el temario en voz baja para que no se le escapase ni una palabra.

Esa vez lo único que pudo hacer fue poner el nombre, porque le daba hasta vergüenza inventar de cero respuestas sin fundamento alguno. Releyó esas preguntas incontables veces antes de entregar aquel impoluto folio blanco con su nombre como única mancha.

Como se fue el primero, no tuvo que cruzarse con nadie y así evitó preguntas que habría contestado con una rabia y hastío impropios de él.

Al llegar a casa se encontró con su madre sentada en el sofá con el

portátil en las piernas y una mirada desquiciada que no despegaba de la pantalla. Su presencia lo dejó confundido, porque estaba acostumbrado a estar solo, tanto que ahora lo prefería. Se sentiría incómodo llorando en su habitación por muy cerrada que estuviese la puerta si su madre estaba cerca.

—Hola —fue el único saludo que Bruno le dedicó.

—Buenas —contestó ella automáticamente sin mirarlo.

Su despreocupación fue asombrosa y Bruno necesitaba la máxima atención, aunque si se lo hubiesen preguntado lo habría negado.

El jueves lo tenía libre, ni clase, ni examen, lo que significaba que tenía dos tardes para prepararse el examen del viernes, el último. Era tiempo de sobra si sabía administrarlo, pero no podía sentarse y estudiar por muy simple que pareciese aquella acción, porque para ello debía tener la mente en blanco y a él enseguida se le cargaba de recuerdos que enviaban un ejército de lágrimas a emborronar lo que veían sus ojos.

La desesperación le hizo tomar al fin una buena decisión. Fue a pedir ayuda, esa ayuda que nunca le había fallado en los momentos adecuados:

—No puedo más —le dijo a su tía a través del teléfono fijo.

Era la primera vez que se permitía llorar delante de su tía, aunque ella solo escuchase el sollozo, porque aquel bloqueo que lo llevaba apresando toda su adolescencia era él mismo y ahora que sabía que lo necesitaba no se permitía el asfixio de acumular tantas emociones sin desfogue.

—Por fin, creí que nunca llegaría esta llamada —le transmitió su dulzura a través del auricular—. Cuéntale a tu tita lo que pasa.

—¿Esta llamada?

—Claro, yo sé que Madrid es maravilloso, pero no es así siempre —le decía calmando la tempestad de sus ojos—. Es un lugar en el que sientes tantas cosas, que es imposible que todas ellas sean buenas. Es normal que necesites hablar con alguien y yo voy a estar aquí esperando que el teléfono suene siempre que lo necesites —Bruno estaba callado dejando hablar a su tía—. ¿Estás bien, cielito?

Escuchaba desde su habitación el tecleo del ordenador de su madre que acompasaba las bonitas palabras que la que realmente hacía el papel moral de madre le decía a kilómetros de distancia.

—Yo qué sé… ¿Tú qué tal estás? —atrasó el verdadero motivo de su llamada al verse incapaz de afrontarla— La abuela te ayudaba mucho y…

Por mucha distancia y frialdad que hubiese entre él y su abuela, era consciente que había relegado su vida a un plano secundario para ocuparse por completo de su hija. Tampoco le había cerrado las puertas al fracasado de su padre, ni al propio Bruno. Era una mujer a

la antigua y eso era lo único que los hacía incompatibles.

—Estoy bastante mejor de lo que creía, tu padre ha sabido ocupar el papel de la abuela a la perfección y creo que no soy la única que no se lo esperaba —dijo sorprendiéndolo por las capacidades de su padre—. Va menos a trabajar al campo por mi culpa, aunque yo diría más bien gracias a mí. Se vio tan capacitado para ser mis piernas que despidió a Montse, la cuidadora que llevaba rondando por casa tantos años. Me ha dado pena, pero tu padre lo hace mucho mejor.

Lo que debería haberlo alegrado no hizo más que desanimarlo. ¿Cómo era posible que su padre estuviese evolucionando como persona y que él no parase de empeorar? Sintió más odio que orgullo, ya que con Bruno no había sido capaz de ser un padre atento y ahora se daba cuenta de que no era por falta de capacidades, sino por falta de interés. Era más fácil pasear a un niño en su carrito que a una señora de sesenta años en una silla de ruedas y él solo se había atrevido a lo segundo. De hecho, esos paseos los había hecho subido en las piernas inertes de su tía, empujados ambos por su refunfuñona, pero eficiente, abuela.

—Me alegro de que no te haya dejado sola en esto —fue lo más positivo que pudo decirle—. Los viernes seguirá volviendo borracho a casa, ¿no?

—Ya sabes que algunas cosas no se pueden cambiar —se rio arrebatándole una tímida sonrisa a Bruno—. Vamos a lo importante, ¿cómo que no sabes cómo estás? Ese "yo qué sé" no suena muy bien que digamos, no me asustes.

Tuvo que tomarse su tiempo y coger aire para responder sin derrumbarse enseguida. Tampoco podía hacerse la víctima ante aquel ángel sin alas, que pese haber pasado más de media vida sin movilidad en las piernas era incapaz de quejarse o tirar la toalla. Por lo menos esa era la imagen que Isabel conseguía dar, seguramente con mucho esfuerzo detrás.

—Tita, no paro de tener problemas y lo peor es que soy yo el que me los busco.

—Eso es lo que tú te piensas, ¿qué ha pasado?

—La pregunta sería qué no ha pasado, lo estoy viviendo todo en tan poco tiempo…

Empezó contándole con pelos y señales la historia desde el comienzo de sus cambios, que fue aquella tarde de compras y peluquería que acabó con su primer encuentro con Bianca en aquel estudio de tatuajes. Aquella chica con tanta seriedad y desparpajo había sido el comienzo de todo lo bueno y todo lo malo.

—A veces las amistades mueven más que las parejas, porque también son un tipo de amor del que muchos se olvidan —le hizo reflexionar ella—. Perdí muchas amigas desde el accidente. Por otro

lado, a otras las conservé y seguimos como si no pasara el tiempo. Casi no las veo, pero cuando nos vemos resurge toda la magia.

—Bueno, es que ella no quiere verme más y siento que todo lo que me pasa ahora no tiene sentido si no puedo contárselo.

—Piensa que ella se ha ido y han venido otros, como Eneko, otro tipo de amor.

Su tía se metió de lleno en otro de los problemas que lo atormentaban y no por culpa del pobre Eneko. Aquella relación le estaba mostrando la parte más oscura y mezquina de sí mismo, mofándose constantemente de la dignidad de su pareja. Era algo superior a él, la voz del mismísimo diablo se metía en su cabeza cada vez que decidía cometer esos actos tan impuros o por lo menos eso quería pensar para quitarse culpa.

Bruno había conseguido abrir su corazón después de toda una vida encerrado. No obstante, había perdido la llave y ahora no podía cerrar para reservar ese amor suyo para Eneko, porque estaba demasiado hambriento.

—Eneko… Ay Eneko… —se lamentaba sin atreverse a explicarlo—. No me lo merezco, ojalá me deje de hablar pronto.

—Claro que te lo mereces, cariñín —lo animaba su tía que no sabía ni la mitad del chascarrillo—. ¿Todavía no se lo has pedido? ¡Pero si sois la definición de lo que es una pareja!

—No podemos formar una pareja juntos porque él no estaría seguro conmigo.

Se le estaba haciendo cuesta arriba explicarle a su tía lo que había hecho, la manera en la que había fallado a Eneko. Aquello era mucho peor que salir del armario, porque esta vez una respuesta negativa y de rechazo sí estaba justificada. Tenía que dar el paso, porque ella sola no lo podría intuir, eso no era típico del Bruno con el que ella estaba acostumbrada a convivir. Cada vez lo dejaba caer de una forma más directa y pronto tendría que afrontar su reacción.

—¿A qué te refieres, cielo?

—Le he puesto los cuernos, tita… —Hubo un largo silencio mientras las lágrimas de Bruno volvían a brotar— Fue solo una vez, pero hace poco casi me vuelve a pasar y no entiendo cómo mi cabeza y mis actos pueden funcionar de una manera tan distinta. Es cierto que en la primera estaba borracho, pero en la segunda ya no y faltó tan poco para que volviese a caer… No me lo puedo explicar y no me lo voy a perdonar nunca.

Con cada segundo de mutismo por parte de Isabel a Bruno se le escapaba otra palabra que lo dejaba en peor lugar. No se había enfadado con él, era su tía y se pondría de su parte aunque hubiese un muerto de por medio y el asesino fuese su sobrino. Simplemente estaba preparando una respuesta decente para calmarle esos nervios

que lo estaban deshumanizando.

—Para ya de lamentarte, con rabietas no se arregla nada —Nunca había visto a su tía tan seria—. Lo hecho, hecho está, sea malo o sea bueno. No te voy a decir que no ha sido para tanto, porque lo que has hecho es muy rastrero y no se puede caer más bajo como persona —Cómo no iba a llorar escuchando esos adjetivos en boca de su tía directos a su pecho—. Por eso mismo, tienes que arreglarlo para volver a levantarte en el pedestal en el que yo te tenía, sobrinito. Cuéntale todo, lo terminado y lo casi empezado. Cuando lo hagas dará comienzo esa relación consensuada que tanto se está haciendo esperar.

—Lo siento mucho, tita —exigía su perdón sin apenas poder vocalizar—. Sabes que yo no soy así…

—Todo el mundo tiene derecho a equivocarse —lo apaciguó—. La diferencia está en los que no quieren rectificar, esos pierden ese derecho y cualquier otro.

Cuando colgó aquella llamada que lo marcaría para el resto de su vida con aquella reprimenda consoladora, se levantó de un salto con las pilas renovadas para comerse el mundo. Solo le quedaba un examen, una oportunidad para demostrar que valía.

Ya había quedado con Eneko el sábado, así que apartaría ese tema hasta que llegara el momento. Podía fallar a Bianca, a Eneko o a Jerónimo, pero lo que nunca jamás se permitiría sería fallar a su tía, que no era la persona que lo había traído al mundo, pero sí la que lo mantenía en él. Decidió por fin que el sábado se sinceraría con Eneko, sin poder jurar que lo haría sobrio.

22. Lo siento

«Encontré a los gemelos a punto de llegar al epicentro de la batalla y les pedí compañía. Ellos se rieron de mí y me confesaron que no esperaban que llegase tan lejos, así que no pude evitar amenazarlos con la espada. Mi arma ya era una extensión de mi brazo y si se metían conmigo ella atacaba sin pedirme permiso. He estado a punto de cercenarle la cabeza al más gordo de los dos, pero he conseguido controlarme en el último momento, al menos con ellos. Tenía demasiada adrenalina y el cuerpo me pedía sangre, así que le he clavado la punta de mi espada al primer mercader que he visto pasar. Quizás esta ansia de muerte empiece a ser un problema, pero pronto podré descargarla toda cuando me aliste en la guerra».

Toda la angustia que Bruno llevaba semanas acumulando se disipó al salir del aula donde acababa de terminar su último examen, lo que supuso el comienzo de sus vacaciones de Navidad. No era en sí el fin de los exámenes, porque el cuatrimestre se quedaba a medias con esos días de fría libertad junto a la chimenea y los verdaderos últimos exámenes lo acecharían en enero cuando menos se lo esperase.

No era momento de preocuparse, las vacaciones no estaban para eso. Ahora podía salir como lo llevaba haciendo todo el curso, pero sin sentirse culpable y tener consecuencias por ello. Aunque casualmente coincidían en la misma semana las fiestas con sus primeros agobios por la universidad.

Lo primero que hizo fue ir a tomarse una cerveza con María y Lidia. Lo que parecía un planazo se convirtió en su primera desilusión navideña al enterarse de que Eneko tenía aquella tarde la última clase de baile de la temporada. Tras su negativa le propuso que fuesen a cenar más tarde, lo esperaría en la salida como todo un galán. Se negó, esta vez ya no por falta de hueco en su agenda, sino por el cansancio. A Bruno le molestó que no pusiese de su parte. Lo peor era que volvía a carecer de razones por las que enfadarse con él, ya que por mucho que le hubiese vuelto a dejar tirado, habiéndole programado dos planes distintos, su promesa había sido pasar con él el sábado, no había ni mencionado el viernes.

—¿Estáis bien tú y Eneko? —preguntó María que ya había recopilado varios gestos de incomodidad y molestia entre uno y otro— Ya no os decís nada bonito para despediros.

—Claro que estamos bien —mintió para no darle detalles que pudiesen llegar más tarde a oídos de Eneko—. Simplemente ya no

estamos tan pegajosos como al principio, es normal que conforme pase el tiempo las relaciones no sean tan intensas.

Aquella definición de relación que Bruno había dado en ocasiones podía ser verdad. Por otro lado, él no estaba para enumerar situaciones de pareja cuando todavía no había admitido que estaba dentro de una. María había tratado de ser sutil y esquivar la pregunta de siempre, hasta que escuchó a Bruno y no tuvo más remedio que hacerla:

—Ah, ¿ya sois novios? —preguntó esta vez con la boca abierta de la emoción— ¿Cuál de los dos lo ha pedido?

Bruno se paró un momento a reflexionar en qué momento había dado a entender eso. Lo cierto era que no podían negar, ni el uno ni el otro, que llevaban ya tiempo siendo novios, lo considerasen ellos o no.

—Yo no he dicho nada de eso —cortó con sequedad perdiendo la personalidad alegre y juguetona que llevaba un tiempo labrándose.

—Pero Bruno, no puedes decir que vuestra relación se está desgastando si todavía no hay una relación —puntualizó Lidia con su voz de repipi que tanto enervaba a Bruno—. ¿Cómo va a ser entonces cuando empecéis de verdad?

Había demasiadas preguntas y todas dirigidas hacia él, lo que lo estaba haciendo colapsar y desear esconderse para que lo dejasen en paz. Se había hecho con la necesidad de ser constantemente el centro de atención, excepto en ese momento. Quería cambiar de tema, no le importaba realmente el contenido de la conversación mientras fuera otro, cualquier cotilleo de María o información innecesaria de la que Lidia solía dar.

Gracias a la capital llevaba tiempo sin tener que dar explicaciones a nadie de lo que hacía. Ya se había acostumbrado a ello, así que al mínimo control sentía una sensación de ahogo y de falta de libertad, como la que siempre lo perseguía en el pueblo, donde la minucia más estúpida se convertía en noticia.

—¿Qué vas a saber tú de relaciones? —Se levantó enfurecido como si le acabasen de insultar— ¿Cuándo fue la última vez que besaste a alguien? Si es que ha habido una primera.

Con esto la víctima se convirtió en verdugo y Bruno atacó directamente a uno de los complejos que más le pesaban a Lidia, uno de los que él se había librado hacía no mucho. La pesada mochila de complejos de Bruno se había vuelto más liviana y había cambiado su contenido por altivez, egocentrismo y falsa seguridad.

Lidia se quedó paralizada en el sitio, mirando hacia arriba directamente a sus ojos. En aquel momento estaba literalmente por encima de ella, lo que la intimidaba más si cabía. Aun así, le mantuvo la mirada aguantando pesadas lágrimas de plomo que la gravedad pronto haría caer.

—Eres un gilipollas —lo insultó María con un rostro serio e impasible impropio de ella—. Espero que al menos Eneko te aguante, porque la tía esa te ha dejado tonto.

María agarró con fuerza la mano de su amiga y le hizo una señal para que se levantasen. Lidia al principio se resistió, como si todavía tuviese fuerza para pelear contra Bruno y hacerlo caer de su posición de matón con sus eruditas palabras. Sin embargo, se dio por vencida, con un miedo en el pecho que le impediría acercarse a él en mucho tiempo. Aquello no era nuevo para Bruno, aunque las tornas habían cambiado y era él quien espantaba a las personas sensibles que verdaderamente valían la pena. Él había valido la pena, pero ya no, todo lo que hacía lo echaba a perder y no tenía perdón ninguno.

Ambas se marcharon sin darle tiempo a inventar una disculpa creíble. Acababa de perder dos buenas y verdaderas amistades. Nunca había salido de fiesta con ellas, pero no le había hecho falta para sentirlas como familia.

Sin poder hacer ya nada para arreglarlo, se acercó a la barra del bar y pagó las tres cervezas, sacando entre temblores un billete de su cartera. El dinero nunca le faltaría y con él siempre conservaría a gente como Julia y Sara a su alrededor. Todavía le quedaba alguien a quien no había llegado a perder, aunque su relación pendía de un hilo y era necesario que actuase cuanto antes.

Entrada la noche del día siguiente, Bruno fue a hasta el barrio de Eneko para esperarlo debajo de su piso. Durante aquella velada lo trataría como a un príncipe, todo lo que estuviese en su mano para que no quisiese separarse de él nunca. Por fin tendrían tiempo para ellos, para quererse, para perdonarse y para seguir queriéndose.

En un principio la idea de Bruno era cenar en un restaurante pijo del Paseo de la Castellana. Eneko estropeó esa cena romántica al decirle que no le quedaba suficiente dinero y que ya lo dejarían para cuando volviese de su pueblo para Nochevieja. Tuviese dinero o no, Bruno lo que quería era invitarlo a la cena y así se lo dijo estropeando la sorpresa. Sabiendo que se gastaría un pastizal en él, Eneko no se lo permitió y quedaron directamente en el Hacha. Sin muchas ideas que hiciesen a su “no pareja” sentirse especial, se le ocurrió ir a recogerlo y llevarle un regalo.

Eneko sonrío y se sonrojó en el mismo momento en el que descubrió a Bruno a través de la puerta de cristal de su portal. En la mano derecha llevaba una bolsa de basura que nada tenían que ver con su ropa estilosa: una camisa negra de una tela prácticamente transparente, una gabardina encima del mismo color que lo protegía del frío de Madrid y unos vaqueros que completaban su *look* prácticamente gótico. Sus hoyuelos y su pendiente daban luz a aquel atuendo tan oscuro.

A la hora de saludarse se besaron con una pasión que creían perdida y Bruno le intercambió la bolsa de basura por la del regalo que le había traído:

—Toma, Ceniciento —se rio al ver su cara de asombro—. Déjame a mí que tire la basura.

—¿Esto qué es? —preguntó dándole vueltas al cubo envuelto con elegancia que había dentro de la bolsa— No sé si te crees que es mi cumpleaños o algo.

—Qué va, si solo es un pequeño detalle.

Arrancó y arrugó el papel de regalo hasta toparse con una caja que no tardó en abrir. Allí encontró una finísima cadena de oro con una refinada chapa en forma de rombo en la que se estilizaba con extravagancia la inicial de Bruno.

—Es preciosa —le dijo con un brillo mágico en los ojos—. No entiendo por qué has tenido que comprármela, yo a ti no te he traído nada. ¿Hace ya un mes que hablamos por primera vez o qué?

—Pues seguramente, pero no te lo he comprado por eso. Lo he comprado porque te quiero y ya está —le decía mientras se lo colgaba en el cuello—. Ahora quiero que me acompañes a la limusina que nos está esperando.

—¿Limusina?

—Bueno, es un *cabify* porque se me pasaba de presupuesto la limusina —bromeó manteniendo tensados esos hoyuelos de Eneko—. Tú haz como si lo fuera y no estropees la magia.

Con la aplicación de su teléfono pidió aquella especie de taxi tan popular entre los jóvenes y el lustroso coche negro no tardó ni cinco minutos en llegar. Juntos se sentaron en los asientos de atrás y saludaron al unísono al chófer, que iba tan trajeado como si realmente aquel coche fuese la limusina privada de Bruno.

Los dejó en la puerta del Hacha, listos para que su noche comenzase de verdad. Aquel aperitivo ya le había dejado un buen sabor de boca a Eneko y no había plato principal o postre alguno que lo pudiese mejorar.

Era la primera vez que pasaban juntos la prueba de edad del segurata y la primera vez que bajarían las famosas escaleras de la mano. Aquellas manos entrelazadas era una señal para toda la gente del recinto. Podían contemplarlos y admirarlos mientras bajaban, como siempre lo hacían, pero una vez estuviesen abajo nadie se les podría acercar. No necesitaban amigos, ni mucho menos babosos, tan solo se necesitaban el uno al otro y, claro está, un poco de música.

El ritual de la barra era sagrado para Bruno fuese con quien fuese, así que arrastró hasta allí a Eneko y pidió lo de siempre para los dos, sin preguntarle antes. Eneko sacó su cartera y Bruno se la apartó con delicadeza para que le dejase invitarlo.

—¿No crees que ya has gastado suficiente dinero en mí esta noche?

—Por ti nunca nada es suficiente —le dijo al oído con un susurro coqueto antes de darle sus billetes al barman.

Equipados con la primera copa, se dirigieron a la pista, pero no al centro de esta, donde Bruno solía contonearse para alimentarse de esas miradas que tanto le gustaba recoger, sino a una esquina. Si alguien quería mirarlos que lo hiciesen, lo único que conseguirían sería retorcerse de envidia, porque aquella noche solo se iban a prestar atención el uno al otro.

Para cuando su bebida iba por la mitad ya no había persona humana que pudiese separarlos el uno del otro. Eneko estaba agarrado a Bruno por los hombros, mientras que Bruno lo cogía con delicadeza de la cintura y así aprovechaba de vez en cuando para guiar un poco más abajo sus manos haciéndose el despistado. No había despistes que valiesen, Bruno quería palpar cada rincón de su cuerpo, ya que todavía había muchas zonas que le faltaban por explorar. Pese a que las canciones que los altavoces gritaban eran en su mayoría movidas e incitaban al descontrol, Bruno y Eneko se mantuvieron en aquel abrazo permanente que les permitía bailar aunque con movimientos reducidos.

Con el segundo cubata se separaron y dejaron que sus extremidades y articulaciones dejasen que la música se apoderase de ellos. Eneko era un bailarín excepcional y si todos los presentes en el Hacha hubiesen hecho un corro a su alrededor, podrían haber disfrutado de un show profesional gratis. Sin embargo, para no ridiculizar a su patosa pareja, había rebajado su registro de pasos de baile y trataba de imitar la aleatoriedad del resto, destacando a veces sin poder evitarlo.

Cerca de las dos de la mañana, Bruno tiró de Eneko para ir a por su tercera copa. Él opuso resistencia y le dijo que no quería beber más. Sabiendo que no podía obligarlo, Bruno se fue a la barra dejando solo a Eneko por unos minutos. Tenía algo pendiente con él antes de que las luces se encendiesen y ni siquiera con la embriaguez de dos copas de balón bien cargadas se había atrevido, así que no podía parar de ingerir aquel suero de la verdad hasta que surtiese efecto.

Al tener Eneko las manos libres sus movimientos eran más abiertos y únicos. Queriendo Bruno seguirle el ritmo, se acercó la copa a los labios y la volcó en su boca vertiendo todo el contenido y tragando sin parar. Enseguida la vació y notó que su mareó incrementaba, era buena señal, justo lo que buscaba. Dejó la copa, en la que ya solo quedaban dos hielos, en la mesa más cercana.

—Joder, estabas sediento —le dijo Eneko extrañado por la velocidad en la que se lo había bebido.

—No te imaginas cuanto —contestó con su sonrisa pícara antes de

acariciar los labios de Eneko con los suyos.

Sin parar de besarse, volvieron a la posición inicial, aquel semiabrazo que ralentizaba las canciones y aceleraba las agujas del reloj.

—Te quiero, Bruno —le susurró dando por finalizado el beso.

—Yo también te quiero —canalizó su amor en aquellas palabras—. ¿En qué nos convierte eso?

Parecía que después de tantas semanas de incertidumbre, el momento de llamar a las cosas por su nombre había llegado.

—En dos personas que se quieren, ¿no sabes sumar? —se rio de aquella pregunta tan descarada— Mi ex solía decir que éramos novios, pero no sé cómo lo prefieres llamar tú.

—Bueno, pues en tu caso tienes suerte, porque vas a ser el primero para mí —le decía a punto de derramar aquella jarra de agua fría que había traído consigo—. Aunque… Antes te tengo que decir algo.

—¿Antes? Yo llevo diciéndole a mi madre que eres mi novio desde el momento en el que te conocí —desveló entre carcajadas.

Era una broma, un simple comentario irónico que no era nada oportuno para lo que Bruno tenía que decirle. Era tarde para echarse atrás, ya lo había hablado con su tía, aquella relación no iría a parar a buen puerto si empezaba con mentiras.

—Bueno, pues la verdad es que yo prefería esperar a una confirmación de tu parte y… Por eso me tomé un par de libertades después de conocerte.

—¿Qué tipo de libertades? —preguntó sin ocultar la sonrisa.

La conversación seguía siendo un juego para Eneko, aunque cada vez notaba a Bruno más serio y sabía que eso no era bueno, después de todo lo que había bebido y lo rápido que lo había hecho.

—¿Te acuerdas hace dos semanas cuando te quedaste en casa estudiando y yo salí con Sara y con Julia? —Asintió palideciendo y atando sus propios cabos— Llegó un momento en el que me quedé solo y… Un chico vino a hacerme compañía y… —Eneko había parado de bailar y lo miraba sin expresión alguna en el rostro— No sé, iba bastante borracho y no me acuerdo… Bueno, qué coño, sí me acuerdo y no te quiero mentir. Me besó y después me llevó a los baños y…

Las cegadoras luces ocultaron la extrema palidez que había invadido la tez de Eneko. ¿Era una broma? ¿Por qué jugaba Bruno con algo así? Se preguntaba entre otros muchos interrogantes que le sobrecargaron el subconsciente.

—Es suficiente… No hace falta que sigas —le dijo remarcando una decepción inmensa sin poder centrar su vista en nada concreto—. Todo eso… ¿Es de verdad? No sé si soy muy ingenuo o confiado, pero es que no te creo. No quiero creerte.

—Sí, Eneko… Es de verdad —confesaba todavía cogido a él—. Si te

lo estoy contando es por algo y es porque puedes confiar en mí. En aquel momento yo no sabía dónde iba a ir a parar lo nuestro.

Tras escucharlo, Eneko se liberó de los brazos de Bruno con lágrimas invisibles en los ojos.

—Creía que no eras así… Confiaba demasiado en ti y… ¿Por qué? ¿Qué tenía ese tío para que me engañases?

Al principio, Eneko focalizó en sí mismo el problema, como si no le hubiese dado todo de sí a quien realmente consideraba su pareja y no solo un amigo. Pensó en todas aquellas tardes en las que, machacado por el sudor, sus profesores de baile lo habían regañado por tener la mente en otro lado, es decir, sin poderse deshacer de la imagen de Bruno. Había querido abarcarlo todo y algo se le tuvo que escapar de las manos.

—Nada, Eneko —seguía explicándole Bruno volviendo a agarrarlo de los hombros—. No tenía nada que tú no tengas. No tuvo importancia, ni siquiera me acuerdo de su nombre. Tú y yo no éramos nada, no como ahora.

Enseguida, Eneko le dio varias vueltas a lo que le estaba contando y se dio cuenta de que era él el que debía decidir si lo que Bruno había hecho tenía importancia o no. No tenía por qué culparse de nada, porque él sí que había mantenido su lealtad.

Sabía que Bruno necesitaba atención en todo momento, pero él no podía dársela y así se lo había explicado desde el principio. Su futuro iba por encima de su presente y Bruno no podía esperar que todo el tiempo que pasasen fuera de fiestas y risas. La compañía de Bruno escaseaba en aquellas situaciones de estrés y sufrimiento en las que Eneko se preguntaba si realmente podría con todo. Si bien era Eneko el que le pedía espacio para estudiar y ocuparse de sus asuntos, Bruno tendría que haber invertido ese tiempo en organizarse su caos y no en engañarlo con un tío cualquiera que acababa de conocer por la simple excusa de la soledad.

—¿Nada? Con que nada de nada… ¿Tú vas besando a todo el mundo por ahí? —preguntó entre gritos luchando por hacerse escuchar por encima de la música— Mejor que no contestes, después de lo que me acabas de contar ya sé la respuesta… No sé cómo pude pensar que lidiar con un tío prepotente con necesidad de llamar la atención no me supondría un problema.

—Ah, ¿eso es lo que pensabas de mí? ¿Y querías estar aun así con alguien como yo?

Como siempre que se veía acorralado, Bruno comenzó a ponerse a la defensiva y a victimizarse. Aquella confesión pacífica con la que quería marcar el comienzo de una bonita historia de amor estaba tornándose progresivamente en la confesión de una terrorífica película de suspense, que estaba más cerca del epílogo que del prólogo.

—Pues mira, igual no. Puede ser que por eso nunca verbalizase que estábamos en una relación —mintió con el corazón hecho añicos—. No hay que ser muy listo para saber que esos besos, esos abrazos y esas buenas noches significaban algo más que querer acostarme contigo y olvidarte. Al menos para mí lo significaban…

Eneko quería insultarlo, pero no le salía, porque verdaderamente lo quería. Bruno se había convertido en una persona que en ocasiones podía resultar demasiado engreída y aun así Eneko se había prendado de esa seguridad y esas ganas de hacer planes despreocupados sin pensar en lo que vendría después. Se había enamorado de él y era tarde para negarlo, aunque se quería lo suficiente como para saber que tenía que respetar cierta distancia para comprobar que podía confiar en él después de que ya lo hubiese traicionado.

—Bueno, entonces me arrepiento de haber rechazado al segundo tío que me a envió fotos suyas con ganas de hacer algo más que estudiar —le reveló Bruno aquella segunda infidelidad que aun siendo más suave que la primera hizo estallar la bomba—. Porque sí, Eneko, aunque no lo creas, hay gente joven que piensa en cosas más allá de estudiar —le recriminaba con algo que lo perjudicaba más a él que a Eneko—. ¡He estado hecho mierda y sintiéndome culpable cada segundo de cada día por lo que hice! Por eso no volví a caer, porque yo también te quiero. ¡Algo somos, algo empezamos a ser desde esa primera noche!

—¿Entonces quieres que te de las gracias por no seguir mofándote de mí a escondidas? ¡Claro que te sentías basura, qué mínimo que estar un poco mal por ser un imbécil! —A Bruno todo le daba vueltas mientras era azotado por todas esas verdades. Quizás no había sido una buena idea enfrentarse ebrio a aquella situación tan delicada— Yo solo quiero estudiar, claro. ¿Eso es lo que piensas? Si fuese como tú también me encantaría no hacer absolutamente nada. Solo sabes pasártelo bien si bebes y le comes la boca a cualquiera que se te pone delante. Si tuviese tu dinero puede ser que también pensase que mi vida está resuelta y que me basta con respirar para merecerme lo que tengo. Claro… Por eso tenías la cartera tan suelta esta noche —seguía numerando sus errores con una angustia incluso mayor que la que Bruno debía estar sintiendo—. Has pagado las copas, has pagado el *cabify* y me has regalado el collar más brillante que has encontrado… Creías que podías comprarme porque soy un muerto de hambre, era todo una inversión. Pues no, ya no vas a comprarme más. No tengo ni que pensármelo, no te quiero volver a ver más —Se desabrochó la cadena de oro que le acababa de regalar y dejó que cayese al suelo—. Busca tu oro que no se te pierda, porque es lo único que tienes.

Bruno vio caer la cadena a cámara lenta, siendo alumbrada por todas y cada una de las tonalidades de las luces que parpadeaban en el

interior del Hacha. No pudo escuchar el tintineo de su caída por la música, pero su cabeza se inventó el sonido como si lo hubiese captado. Se quedó observando la cadena, que relucía desde el suelo esperando a ser pisoteada por cientos de personas.

No se dignó a ver cómo Eneko subía las escaleras, no sentía que mereciese esa imagen. No volvería a dirigirle miradas o palabras en clase, no se atrevería a molestarlo.

El número de personas que se alejaban de él no paraba de aumentar y Bruno ya solo podía considerar que era una señal, porque siempre la culpa era suya. Pensó en Bianca mientras todo le daba vueltas, no había participado él en su marcha…

Vio a lo lejos a Benjamín, el atractivo muchacho que lo había abordado por mensaje. En persona era más guapo y con lo mal que iba Bruno aquella noche, tan borracho por los cubatas como por las emociones, habría visto agraciada hasta a una momia. Se pidió una copa más, se acercó a Benjamín y le dedicó a Bianca aquella "caza".

—A quién tenemos aquí, al estudioso del *ghosting* —le dijo Benjamín riéndose nada más verlo.

—A ti y a mí se nos quedó algo pendiente —expuso con palabras lentas y pesadas que le costó pronunciar.

Esta vez fue Bruno el que se lanzó a besarlo, porque había perdido la dignidad, no tenía miedo al rechazo y no le quedaba nadie a quien respetar. Benjamín aceptó sus labios con gusto y el resto quedó demasiado borroso en su recuerdo.

23. A mí ya me iba mal de antes

«Fui directa a palacio para que los soldados que protegían al rey me informasen sobre el protocolo de alistamiento. Cristofer también estaba allí, habíamos llegado a la vez, no podría negar lo válida que era para la lucha. Me oculté lo que pude con una capucha para que no viesen mi aspecto, pero no fue suficiente. Me dijeron que diese media vuelta, mientras que a Cristofer lo aceptaron con una sonrisa. Mi furia comenzó a cocerse, porque tenía claro que no regresaría a mi aldea con las manos vacías. Me adentré en plena batalla sin armadura alguna y mi espada se descontroló atacando a todos aquellos que se interponían en mi camino, sin fijarme si quiera en sus blasones. De la misma manera recibí estocada tras estocada, hasta que más muerta que viva caí de bruces al suelo, pero alguien me tomó en brazos y me sacó de allí. Con los ojos entreabiertos descubrí que era mi hermano, el mediano».

En el preciso momento en el que abrió los ojos por la mañana, su memoria espacial le delató que no había dormido en casa. A su lado estaba Benjamín, durmiendo tan desnudo como él. No recordaba nada de lo que había pasado y era la primera vez que algo así le sucedía, pero no había que ser detective para hilar las pistas que la escena dejaba.

Enseguida notó que la calefacción en ese piso estaba tan alta que en pleno diciembre madrileño hacía un calor pesado que se mezclaba con el hedor a tabaco que pululaba por todas las habitaciones.

Había dormido con las lentillas puestas y apenas podía abrir los ojos sin que le llorasen, los debía tener tan rojos como un drogadicto de polígono. Con grandes esfuerzos localizó su ropa y se levantó con cuidado de no despertar al chico. Antes de vestirse sacó el móvil de su pantalón para mirar la hora, eran las cuatro de la tarde.

Cuando recopiló todas sus pertenencias salió del piso, habiéndose cruzado antes con los compañeros de piso de su “caza” de la noche, de los que se despidió con una vergüenza intensa que le robó la voz.

No desbloquearía a Benjamín tras lo sucedido, había sido solo un desfogue después de su intensa ruptura con Eneko. Bruno se había enterado tarde de que se había metido en una relación, tan tarde que cuando quiso darse cuenta ya se había acabado. El inocente niño del pueblo manchego que llegó a Madrid como un paleto inexperto había conseguido por fin que alguien lo quisiera y el chulesco joven de la capital con ganas de vivir todo tipo de nuevas experiencias le había

arrebatado esa ilusión al niño.

De camino a casa se volvió a topar con la estatua del dragón, a la que miró por unos instantes, pero después pasó de largo, como si ya no tuviese suficiente imaginación para inventarse una charla filosófica con él, aunque lo que realmente ocurría es que se avergonzaba de que viera a la persona en la que lo habían convertido sus actos. Las calles de su barrio estaban muertas, todo estaba cerrado y el silencio acompañaba las lentas pisadas de Bruno.

La churrería tampoco estaba abierta y echaba de menos comprar churros para la resaca a aquel risueño señor. La molesta hambre que los rugidos de su estómago alertaban le recordaba a las semanas de pérdida de peso enfermiza donde tan mal lo pasó. Creyó en ese instante que aquella debió ser la causa de su muerte, que Bianca no tendría que haberlo salvado y hecho recapacitar. No podía lidiar más con sus problemas y estaba tan solo como cuando empezó esa aventura. Morir era lo único que le apetecía, cada mínimo aspecto negativo le hacía repetirse diversas preguntas que habrían asustado a cualquier psicólogo.

Se le había truncado el presente y esperaba un futuro igual de oscuro. Lo peor era que ya estaba acostumbrado, porque eso no era nuevo para él, su pasado siempre tuvo esa tonalidad sombría, por mucho que en esos meses hubiese clareado falsamente.

En cuanto llegó a casa, habiendo subido los cinco pisos arrastrándose a duras penas, se tiró en su cama sin deshacerla, sin cambiarse de ropa, con un hambre mortal y sin ganas de comer. Durmiendo no se pensaba y eso era lo que más necesitaba, una distracción. Solo esperaba que sus sueños no se tornasen en pesadillas y que no lo atormentasen sus frentes abiertos también mientras dormía.

El lunes fue oficialmente el primer día de vacaciones de Bruno y el hecho de tener su agenda vacía de planes lo hacía sentir ridículo, como un pringado de instituto de las películas americanas con los que siempre se había sentido identificado sin quererlo.

Muerto del asco, salió de casa con lo primero que encontró en su armario, poniéndose las zapatillas forzosamente sin desabrochar los cordones, y se fue a al primer estudio de tatuajes al que había ido, aquel en el que conoció a Bianca y sus problemas fueron cogiendo carrerilla sin que él se percatase.

Esta vez no traía consigo ningún diseño chulo y Bianca no lo escoltaba para hacer visibles y bonitas sus cavilaciones abstractas. Lo único que quería eran letras y una tipografía cutre que se quedase en su piel marcada a fuego. “A mí ya me iba mal de antes” fue lo que Manu, uno de los tantos ex de Bianca, le inscribió en el lateral de su dorsal izquierdo. El significado era claro, Bruno había llegado al fondo

de su pozo vital y la palabra “muerte” no salía de su cabeza, como una medicina barata y fácil de conseguir. Sin embargo, su coste no era tan bajo como parecía y no sabía si se sentiría capaz en algún momento de aplicarse aquella definitiva terapia. Por ello, quería recordarse que siempre había estado mal y que todo su pasado había sido un cúmulo de contratiempos que guardaba en su corazón uno a uno clavados en él como agujas de hilar. Así que no tenía por qué culparse de sus errores, porque no serían ni los primeros, ni los últimos.

Con el ánimo medianamente levantado, volvió a casa para continuar dándole vueltas a todo aquello que le comía le cabeza. No podía seguir durmiendo, su energía estaba obsoleta, pero también lo estaban sus horas de sueño, las había agotado todas.

Escribió algunas palabras y metáforas contaminadas de odio en su libreta hasta que dio la vuelta a la última hoja y se encontró con la tapa trasera. Todo lo que tenía por contar lo había escrito ahí y confiaba en que todavía le quedaba mucho más, pero ya no había hueco para más.

Lo único que tenía claro en aquel momento era el final, así que dio un salto temporal y escribió cómo acababa esa historia, que lo había acompañado los cuatro meses de adiestramiento en la capital. Pese a que marcó con su bolígrafo el punto final, había un vacío entre por donde dejó la historia la última vez y la recién escrita conclusión, que esperaba que se prolongase por más de un capítulo, porque no estaba listo para acabar.

Harto de no vivir en sus mundos fantásticos se puso a ver una película tras otra hasta que el aburrimiento derivó en sueño y pudo irse a la cama.

A la mañana siguiente se despertó a las siete, demasiado pronto para afrontar los días tan largos y que tantas horas tenían. Estuvo dando vueltas en su cama de un lado a otro hasta que a las nueve su madre irrumpió inesperadamente en su habitación:

—¿Vas a salir esta noche, Bruno?

Ángela no solía interesarse por los planes de su hijo, estaba demasiado ajetreada con los suyos para preocuparse de los del resto.

—¿No es martes?

—Sí, pero hoy es Nochebuena y mañana Navidad.

Enseguida Bruno se recompuso y se desperezó, alucinado por su despiste con el calendario. ¿Cómo se le podía haber pasado una fecha como esa? ¿Qué iba a ponerse? No había ido a comprarse nada. Pronto se dio cuenta de que tampoco tenía nada que hacer por muy señalada que fuese esa fecha.

Le dio igual que no le quedase nadie a quien llamar para quedar, seguro que el Hacha tenía una fiesta especial preparada para ese día. No quería volver a ver a Sara y a Julia, nunca había estado cómodo

con ellas y no quería que le preguntasen por Eneko. Iría solo, sabía que la compañía llegaría a él sin que lo pidiese antes de que le diese tiempo a acabarse la primera copa.

—Ah, pues claro que saldré

—¿Cenarás aquí al menos? —preguntó decaída, sin su felicidad alocada y juvenil.

—¿Tú no tienes planes?

—No he vuelto a tener planes en Nochebuena desde que me separé de tu padre, cariño —se sinceró con ternura—. Eso es algo de familia y yo siempre he vivido sola.

Encontró sin buscarlo una de las debilidades de su madre que tan escondida mantenía, su miedo a la soledad total, tanto en su hogar como fuera de él. Por ejemplo, le aterraba el hecho de quedarse sin nadie que fuese con ella a tomar una copa de vino después del trabajo. Ese miedo florecía en ella cada Navidad recordándole que no tenía familia.

Ese año no estaba sola del todo, aunque ambos, madre e hijo, vivían como si no compartiesen habitáculo con nadie. Bruno se vio reflejado en esa pena clavada en la voz que su madre no podía disimular y guiándose por lo que su buen corazón le dictaba le dijo:

—Bueno, entonces me quedaré a cenar contigo. Ya saldré más tarde.

En lo que a su madre respectaba, no era nuevo para Bruno que era una mujer a la que le gustaban los lujos. Así lo demostró en su refinada versión de la Nochebuena. A las diez en punto, hora exacta, el telefonillo quebrantó el silencio y él fue corriendo a averiguar quién podía llamar durante ese día tan especial. Enseguida descubrió que era el repartidor encargado de traerles la cena, porque a su madre le gustaba comer, pero no cocinar.

—¿Por qué no me has pedido a mí que hiciese la cena? —preguntó mientras esperaba a que el repartidor subiese los cinco pisos.

—Para qué te ibas a liar y manchar la cocina.

El único electrodoméstico que Ángela sabía utilizar era el microondas y lo tenía desconectado de la corriente por el poco uso que le daba. Además, cuanta menos vida hiciese dentro de casa, menos tenía que limpiar después. Ahí la razón por la que no contrataba a ninguna empleada del hogar, porque no había nada que limpiar. Su dinero le daba todo lo que pudiese necesitar y en lo único en lo que sentía que merecía la pena esforzarse era en ganar más dinero.

Bruno apartó en la encimera de la cocina las tres bolsas que un repartidor, vestido curiosamente con un esmoquin, le había traído. Después, puso la mesa con unos cubiertos especiales que le había indicado su madre que eran para ocasiones excepcionales como aquella, aunque estaban sin estrenar.

Al servir los platos quedó asombrado entre la gran variedad de comida que su madre había encargado: una pularda rellena, distintos tipos de sushi, una tabla de quesos y gambas rojas a la plancha.

—¿No crees que te has pasado pidiendo? —preguntó salivando a su madre que seguía cambiándose en su habitación.

—Tú come lo que te apetezca, cariño —dijo al salir con un impoluto vestido negro digno de una pasarela de un diseñador consagrado.

Todo lo que rodeaba a Bruno era ostentoso, aunque él no podía evitar sentir una tristeza inmensa que nada lograba apaciguar. Aun así, piropeó a su madre y recibió lo mismo de su parte, pero no se veía tan guapo como ella lo alagó. Era uno de esos días en los que el espejo no estaba de su parte y el tatuaje de su antebrazo era el único que le recordaba que era una simple percepción, que cambiaría al día siguiente y si no al que le seguía. Tampoco ayudaba que llevase puesto un atuendo ya usado, una estupidez que se convertía en una enorme preocupación para él que era adicto a estrenar la ropa.

Comió más de lo debido y la culpabilidad superó a sus infidelidades. Su cabeza funcionaba a un ritmo vertiginoso mezclando pensamientos tóxicos y destructivos, por lo que tuvo que fingir una falsa felicidad frente a su madre que estaba emocionada por pasar sus primeras navidades con su hijo. Los manjares con los que disfrutaba durante la conversación ayudaban hasta que se daba cuenta de que no podía parar de comer. Le entraron nauseas al enterarse de que todavía quedaba el postre: una lustrosa piña cortada con precisión que el catering que su madre había contratado había cubierto con el envase de una tarta.

Contestaba a las preguntas de su madre con una sonrisa forzada que ella no supo descifrar. Cada cierto tiempo miraba la hora en el móvil esperando que llegasen las doce para conseguir una excusa para marcharse y dejar de tener el rostro pétreo e insensible.

Cuando por fin vio los cuatro ceros que señalaban el principio de la Navidad se levantó de un salto sospechosamente.

—Espera, Bruno. ¡Feliz Navidad! —lo felicitó acercándose a él para darle un abrazo— Tengo un regalo para ti.

El abrazo de Ángela hizo que la sensación de ahogo que sentía se volviese más real y derivase en mareo. Respiró hondo para centrarse lo mínimo como para poder abrir el regalo que su madre acompañaba con una enorme sonrisa llena de dientes perlados. Se topó con otro polo de otro color, ¿no entendió que no había sido casualidad que su regalo de cumpleaños estuviese cada vez más al fondo en su armario?

Sonrió, lo agradeció y se fue corriendo al baño. Ángela se rio para sus adentros pensando en los extraños comportamientos de la juventud, mientras su hijo introducía sus dedos en lo más profundo de su garganta para deshacerse de esa cena *gourmet* que lo torturaba tan

dulcemente.

El sabor a bilis le recordó esos tiempos tan difíciles en los que estaba más muerto que vivo y rompió a llorar mordiéndose la mano para no hacer ruido. No quería ningún tipo de pregunta por parte de su madre, que estaba demasiado ocupada mandando felicitaciones navideñas a sus amigas por *WhatsApp*. Escuchó la risa de Ángela allí encerrado en las cuatro claustrofóbicas paredes de su baño y aprovechó para soltar un suave quejido que no logró desahogarlo del todo.

Antes de salir se lavó la cara y, como si nada hubiera pasado, se despidió de su madre, que lo único que notó fue que se había vuelto a echar colonia.

Para ir al Hacha pidió un *cabify* que le recordó a su romántica velada con Eneko antes de que todo se torciese. Borró el recuerdo y trató de dejar la mente en blanco durante el recorrido hasta la discoteca. Agradeció que le tocara un conductor de pocas palabras al que solo tuvo que decirle "hola" y "adiós".

La entrada ese día era más cara por ser Navidad, pero eso a él no le influía, el dinero era lo único que no lo preocupaba. Era la primera vez que entraba allí completamente solo, así que no tuvo que compartir las miradas que lo acecharon bajando la escalera, que lograron alimentar ese ego que lo mantenía vivo. Hizo como si no mirase a nadie en concreto, pero se quedó con las caras de todos y cada uno de los que cambiaron el rumbo de sus ojos aunque fuese con sutileza.

Pese a tener el cuerpo inestable y descompuesto después de haber vomitado, su primer destino fue como siempre la barra, donde se pidió su primera copa. Justo cuando estaba pagando vio a lo lejos la inexistente cabellera de Julia y el tapón que había puesto a la botella que guardaba sus recuerdos salió disparado como si se tratase de champán.

—Ponme también una ronda de tequila para cinco, por favor —pidió al barman para exterminar esos pensamientos—. Ahora vienen mis amigas —añadió para que el muchacho de la barra no pensase que efectivamente tenía un problema serio.

En cuanto el hombre se alejó de su lado para atender a otra persona, Bruno se bebió todos los chupitos vasito a vasito, uno detrás de otro, sin ningún tipo de ritual con sal y limón. No tenía tiempo para esas tonterías, solo quería ser esclavo del alcohol para no tener que ser él quien se esforzase por respirar. El sabor lo asqueó y le abrasó la garganta dejando una huella áspera.

No supo si fue por la falta de alimento en su estómago o por la barbaridad de alcohol que acababa de ingerir, pero en menos de diez minutos el mareo gracioso ya estaba ahí para acompañarlo toda la

noche. Para asegurarse de que surtiese efecto rápido le dio un par de sorbos largos a su copa de balón.

Esa vez no quería esperar bailando solo en una esquina, porque no tenía nada que perder y no había aprendido la lección después de despertar avergonzado en la cama de Benjamín. Estaba pasando por un momento de odio propio muy intenso y por eso necesitaba que lo mirasen, que lo tocasen y que lo besasen. Le daba igual que no fuese amor real, le bastaba con que se asemejase fuera falso o no.

Se acercó a un grupo de chicos que bailaban descamisados y palpó aleatoriamente los abdominales de uno de ellos seguido de un guiño. Bruno era guapo, atractivo y sabía vestir, un guiño era suficiente para tener al que quisiera comiendo de su mano. De hecho, así fue, no tardó en llevarse a la boca a aquel primer chico, al que enseguida despachó para ir a por el siguiente.

Se besó con otro del mismo grupo, encendiendo la ira del anterior que dejó de sentirse especial. Al escucharlos discutir se desentendió y se fue a la otra punta de la fiesta para continuar adueñándose del cariño de la gente.

Por el camino hacia la que ya había fijado como su próxima víctima se chocó con varias personas, ya que la vista comenzaba a fallarle. Todo se mezclaba y a veces se duplicaba. En uno de esos tropiezos cayó en brazos de un chico que no tenía muy claro si era apuesto o desaliñado, pero le regaló diez minutos de su tiempo prendado de sus labios. Después retomó su camino hacia un joven robusto con unos trabajados músculos a los que les faltaba el oxígeno en aquella camisa tan estrecha.

Tal y como se propuso consiguió que esos enormes brazos lo rodeasen con el frío aprecio que necesitaba, al que el alcohol subía la temperatura para que todos esos besos pareciesen parte de una telenovela romántica. Se acomodó con la cabeza reposando en su hombro y cerró los ojos para que las intensas luces multicolores dejasen de cegarlo.

Notó que el grandullón que le sacaba una cabeza de altura le estaba agarrando el trasero y a Bruno le pareció una buena señal para ser él esta vez el que lo arrastrase a los baños de la discoteca. Conforme se iba acercando veía las luces con tonos menos intensos, cada vez más apagadas. La luz blanca y constante del baño lo ayudó a pensar con más nitidez, pero ya era un poco tarde para que el simple hecho de respirar hondo le devolviese el control de sus movimientos.

Ya estaban ambos encerrados en uno de los compartimentos. El tamaño del chico lo acaparaba todo, así que Bruno se sentó encima suya para economizar el espacio y comenzó a besarlo, esperando que sus labios fuesen una medicina eficiente para aquel descontrol que lo invadía. El chico comenzó a manipular su cuerpo, agarrando a Bruno

con fuerza y apropiándose de él justo en el momento en el que perdía la noción del espacio y del tiempo. Cuanto más placer le recorría, más fosco era todo, hasta que lo oscuro fue completamente negro y ni siquiera tenía el poder sobre sí mismo para pestañear.

Despertó en ese mismo baño horas más tarde, sin saber bien cuántas, gracias a las repetidas palmadas en la cara de un chico al que veía demasiado borroso porque había perdido las lentillas y el alcohol todavía no se había evaporado. Sabía que no era el joven de anchos hombros sobre el que estaba sentado antes de perder el conocimiento, porque este era más bien delgaducho. El desconocido lo obligó a espabilarse rociándolo con el agua del grifo. Bruno ya estaba despierto, pero escuchaba un pitido persistente y no podía articular palabras.

Su salvador lo sacó a rastras de la discoteca, que ya había encendido sus luces de cierre. Una vez fuera, le preguntó por su casa, ya que no estaba en condiciones de ir solo a ningún lado. No obtuvo respuesta, por lo que se tuvo que conformar con ir probando caminos hasta que Bruno asintió con uno de ellos lentamente con la cabeza. El paciente muchacho siguió las indicaciones del moribundo Bruno hasta que llegaron a la puerta de su edificio. Allí le sacó las llaves del bolsillo sin que le costase mucho esfuerzo encontrarlas y se vio obligado a subirlo también por las escaleras al descubrir que no tenía ascensor.

No pensó en llegar con él tan lejos, pero también lo escoltó hasta su cama, porque no podía dar ni un solo paso sin tambalearse como un niño pequeño que todavía no sabía andar. Le deshizo la cama y lo tumbó, eso sí, sin ponerle el pijama, porque desnudarlo le parecía demasiado.

Al estar tumbado, Bruno sintió una mayor estabilidad y su mente se despejó, comenzando a hilar ideas y pensamientos. Entre sudores, alargó el brazo hacia su mesilla de noche para ponerse las gafas y descubrir el rostro de aquel misterioso salvador.

—Juan Antonio… —balbuceó Bruno antes de caer rendido y quedarse dormido.

—Que descanses —contestó Juan Antonio al oír su nombre mientras salía por la puerta.

24. Listo para morir

«Escuchaba a los soldados de mi alrededor decir que ya venía. Suponía que sería el ejército enemigo, así que me levanté sin prestar atención a mis sangrantes heridas y mis piernas temblorosas. Ahí fue cuando vi al causante de aquella temperatura infernal, porque la guerra no era civil, ni tampoco entre dos reinos, la guerra era contra un único enemigo común. Un colosal dragón sobrevoló nuestras cabezas tapando el sol y dejándonos en penumbra por unos segundos. Su boca comenzó a expulsar intensas y sofocantes llamaradas que hacían gritar a los guerreros más bravos. Quizás el resto me consideraba una lastra, pero los salvaría a todos de aquella bestia. Cuando el dragón aterrizó en tierra y todos los soldados salieron corriendo entre angustiosos chillidos, yo avancé a contracorriente dirigiéndome hacia él con la espada de Bastian en alto. Nadie me prestó atención, excepto el dragón que en cuanto notó mi presencia abrió sus fauces para chamuscarme. Aproveché aquel intento para saltar a su interior y terminar con su vida, pero cerró la boca y todo se volvió oscuro. Todo lo que había pensado desapareció de mi mente, al igual que mi osadía. De pronto lo único que quería era llorar y salir para volver a ser la niña pequeña de la que todos se reían. Enseguida apareció un punto de luz en aquel calabozo húmedo con dientes por barrotes. La luz avanzó hacia mí cada vez más abundante hasta que me alcanzó y se volvió tan intensa que no pude ver otra cosa. Después… No hubo después, todo fue negro».

Con la puerta de su habitación cerrada pudo estar días sin que Ángela se percatase de que su hijo se había convertido en una extensión del colchón. Se apropió del ecosistema de su cuarto y se encerró en su angustia negado al progreso. El alcohol lo había ayudado hasta el punto de descubrir el doble filo que era su efecto rebote. Había sido el dueño de la discoteca por una hora, tan solo una hora le permitió el abuso de la sustancia sentir el placer de que todo el mundo estaba a sus pies.

Había estado al borde de la muerte, Juan Antonio lo había encontrado con el rostro tan pálido que parecía sinónimo de lápida. Algo mágico lo había salvado, porque era prácticamente imposible que respirase después de lo que había bebido, la velocidad a la que lo había hecho y teniendo en cuenta que había vomitado no mucho antes, por lo que su estómago estaba vacío.

La presencia de su amigo de la infancia era otra incógnita que no

lograba resolver mirando al techo de su habitación durante horas. Aquel no era el tipo de discoteca que la gente como él y como Manolo solían frecuentar.

Sus dudas cada vez tenían menos peso de importancia, porque era 31 de diciembre y ya había dictado su sentencia por todos sus pecados. No quería seguir habitando el mundo un año más. Su vida tenía fecha de caducidad y no quería sobrepasarla, porque sentía que ya estaba podrida y su olor molestaba al resto. La enorme bola llena de problemas iba cuesta abajo, había perdido el control y estaba a punto de arrollarlo.

No había elegido esa fecha solo por el cambio de año, sino también por las promesas de Eneko. "Despediremos el año juntos, ese sí que será el mejor día tu vida" le había dicho enseñándole el caramelo y escondiéndolo enseguida. Si aquel iba a ser el mejor día de su vida, ¿cómo sería el resto? Ya no quería estar ahí para descubrirlo.

En parte habitaba en él un miedo a perder todo por lo que había luchado, pero su medicina sería suficiente para paliar todo el dolor y pronto no necesitaría toda esa seguridad y ego de los que se había disfrazado. Cada vez se veía más guapo, más delgado, más seguro y los tíos del Hacha se multiplicaban a su alrededor. Todo por fuera parecía muy dulce, pero se había empachado y tanto dulce había derivado en una diabetes figurada que pedía ya un buen pinchazo de insulina.

Asqueado por la peste de su propia orina y listo para tomar el último soplo de aire, se levantó de la cama, que había adoptado la forma idéntica de su cuerpo después de haber estado tumbado ahí desde que Juan Antonio lo dejó. Rebuscó entre el desastre de papeles que había en su escritorio, una mezcla de pañuelos empapados de mocos y lágrimas y apuntes de la universidad. Sin embargo, no encontró su libreta, que era lo que andaba buscando. Quería echarle un último vistazo a lo que su enferma mente había creado al canalizar su energía negativa, pero se quedó con las ganas, porque ni siquiera tirarlo todo al suelo en un ataque de furia sacó a la luz la libreta.

Cogió un trozo de papel y se puso a escribir, no importaba que no la encontrase, ya no le quedaban hojas y tan solo le habría servido para grapar el capítulo que le faltaba, el penúltimo. Lo que escribiese era suyo y solo para él, por lo que con exteriorizarlo le era suficiente.

Quería salir de allí y cerrar ese último capítulo que escribió y no representó, pero al toparse consigo mismo frente al espejo se convenció de que aquella no era la manera. Así que se desvistió apreciando su lustroso cuerpo, que aunque le pedía a gritos al menos una miga de pan, él lo veía demasiado voluminoso y fondón. Se metió en la ducha para eliminar aquella peste a pis tan impropia de su elegante porte. También se afeitó y se lavó los dientes antes de

dirigirse al armario a perderse entre su ropa, lo que siempre conseguía exprimirle una densa gota de serotonina. Se envolvió en sus mejores galas, todas ellas de estreno, una camisa rosa llena de brillos que compró esperando tener algún día la confianza suficiente para ponerse y un pantalón de pinza granate. Cuando estuvo listo se perfumó con su colonia favorita, que le habían regalado sus amigas por su cumpleaños, rociándose sin miedo a gastar el bote. Por último, se metió al bolsillo lo último que había escrito, para llevarse consigo lo que le quedaba de aquella historia perdida.

Ahora sí que podía salir, aquel sí que era un buen aspecto de despedida. Subió al sexto piso, que era la azotea, lugar en el que muchos vecinos tendían su ropa. Era la primera vez que subía allí y se encontró con un armonioso laberinto de sábanas blancas, como si todos se hubiesen puesto de acuerdo para tender lo mismo y hacerlo bonito. Lo tomó como un *attrezzo* más que embellecía el final de su historia.

Se acercó al borde del edificio y agradeció por un momento aquella vista panorámica de su barrio. Como siempre, en el centro estaba el dragón, ante el que se avergonzaba por lo que estaba a punto de echar a perder.

—¡Lo siento, dragón, pero he llegado a mi límite! —le gritó a la estatua sin miedo a que lo tomasen por loco y lo condujesen al manicomio—. ¡Nada de lo que hago es suficiente! ¡Nunca lo es! La vida siempre se está riendo de mí en mi cara y estoy harto. Si tu ciudad no ha podido curarme, dime, dragón, ¿qué puede hacerlo si no?

Todo lo que Bruno tenía era miedo, hastío y tristeza, nada más, ningunas ganas de acabar con su vida. No sabía bien lo que quería y al creer que ya no quería nada, pensó en convertirse en nada. Llevaba vistas miles de películas desde que tenía uso de razón y en todas ellas había una coincidencia cuando se trataba de suicidios: siempre había alguien que iba en tu búsqueda. Bruno necesitaba a ese alguien, esa persona que se preguntase dónde estaba y qué sentía. Le bastaba con eso para recuperar la fe de que podía seguir luchando. Sin embargo, el tiempo pasaba y allí no acudía nadie. Su última esperanza era ese dragón y si había un ser divino en algún lugar del espacio-tiempo que no creyese conveniente su muerte, ese dragón lo salvaría.

La piedra seguía fría y quieta, aunque sentía que esos ojos de mármol barato lo juzgaban con sabiduría. Esperaba a su respuesta antes de lanzarse de cabeza al vacío para confirmar si la gravedad existía y si podía caer hacia arriba para ascender a los cielos. Era el más puro terror de encararse con la muerte desde tan cerca, ¿realmente era eso lo que quería? Sabía que no. La estatua lo sacó de dudas y le habló:

—¡Bruno, para! —sonó desde algún lugar haciéndolo tiritar— ¡Espera que suba!

Las lágrimas nublaban la visión de Bruno al chocar con sus lentes de contacto y aunque la parte de cordura de su mente le hiciese saber que esa voz no venía del dragón, permaneció esperando que la escultura escamada alzase el vuelo y lo subiese a su lomo.

Al cabo de unos minutos Juan Antonio se peleó con las húmedas sábanas albinas para postrarse delante de Bruno y ofrecerle la salvación. En parte fue una decepción no encontrarse con el majestuoso animal mitológico, pero su preocupación era válida para Bruno, porque la soledad era una de las grandes razones de su mortal decisión.

—Aléjate de ahí, Bruno —le suplicó más calmado que antes—, por favor.

"¿Enserio? Cualquier persona menos Juan Antonio" pensó Bruno en cuanto lo vio. Estaba todo hecho, los créditos estaban listos para anunciar el final y Juan Antonio no hacía más que alargar lo que Bruno ya consideraba inevitable, porque estaba harto de finales abiertos a la espera de secuelas.

—¿No crees que es un poco tarde para reaparecer en mi vida después de haberte borrado? —preguntó sin vocalizar agarrado a la barandilla con ambas manos— ¿Qué quieres de mí ahora? ¿Por qué me persigues de repente?

—¿Así me vas a agradecer lo del otro día? —se acercó a él lentamente— ¡Deberías decir gracias y no acribillarme a preguntas!

Bruno se impulsó para sentarse en la fina barandilla, con la mitad del cuerpo levitando sobre el vacío.

—Si seguir culpándome va a ser tu plan para sacarme de aquí, va a ser mejor que te vayas.

Enseguida Juan Antonio se dio cuenta de su error. Había ido hasta allí con la intención de convencerlo de que merecía la pena seguir viviendo, no para restregarle los trapos sucios.

—Perdón… Sé que te he hecho daño, sé que mucha gente te ha hecho daño, tanto en el pueblo como en Madrid —explicaba haciendo que Bruno agudizase sus oídos, ansioso por saber qué era lo que tenía que decirle—, pero quiero que sepas que, aunque la vida a veces sea difícil… Todo va a estar bien.

—Ese es el problema, Juan Antonio. Me he dado muchas oportunidades para que todo esté bien y solo consigo buscarme más problemas —sollozaba entre jadeos con el corazón en la garganta—. Madrid era mi oportunidad de oro y la he cagado, todas las personas que he conocido aquí se han acabado alejando de mí. Ellos no me han hecho daño, Juan Antonio, yo les he hecho daño. ¡Yo los he alejado de mí! ¡Vete y déjame alejarme para siempre!

—Sabes que no te vas a librar de mí, Bruno, eres como un hermano para mí y si te he seguido del pueblo a la capital te seguiría hasta el fin del mundo —El corazón de Bruno se encogió al oírlo—. Si se te ocurre saltar, tienes que saber que yo voy a ir detrás para hacerte de cojín cuando caigas.

Por momentos Bruno recordaba el diamante entre carbones que había sido Juan Antonio en el pueblo. Nunca le había ofrecido su mano como lo hacía ahora, pero tampoco lo había empujado a los leones. Siempre se había preocupado por él, aunque en silencio, con tal de cumplir con la supervivencia que el pueblo requería.

—No lo entiendo… ¿Qué hacías en el Hacha? ¿Qué haces aquí? ¡Vuelve a casa y diles que se busquen a otro maricón del pueblo, porque yo ya no puedo cargar más con ese título!

—Tú eres mucho más que eso, Bruno —le dijo ya a centímetros de él—. Mi novia me llevó a esa discoteca, sé que no te parezco el perfil de usuario de esos sitios. Y tienes razón, porque no me gustó ni una sola canción —bromeó destensando aquella escena lúgubre—. En cuanto a qué hago aquí, tu libreta me ha traído. La cogí el domingo, cuando te acompañé a casa —Sacó de una mochila la libreta que tanto había estado buscando—. He terminado de leerlo todo esta mañana. Justo a tiempo…

Bruno se sonrojó, llevaba tiempo sin hacerlo, pero era algo muy suyo. En aquellas páginas garabateadas habían ido a parar todas sus emociones esos meses, plasmó lo bueno y lo malo tal y como lo sentía cada día. No era un diario, sino una novela, aunque en ocasiones las diferencias eran escasas.

—¿Y qué importa mi sueño frustrado de ser escritor con todo esto? No deberías coger cosas sin permiso.

—Si creías que un par de cambios de género y cientos de años atrás te iban a servir de escondite, estabas muy equivocado —El color de sus mejillas se intensificó—. Por lo menos con alguien como yo, que te conoce tan bien, no iba a funcionar.

—No sé de qué me hablas —se negó a admitirlo.

—¿Estas segura, Uxía? Me he cruzado por el camino con el dragón que se supone que te tiene que achicharrar. Yo lo veo bastante pacífico.

Con los mofletes ardiendo y mojados por las lágrimas, bajó de un salto de la barandilla para arrebatarle de las manos la libreta. Esperaba cuando lo escribió que fuese más difícil descifrar todo lo que había dejado ahí por legado.

—Bruno, esto es puro talento —lo alagó ya sin la libreta—. Más allá de lo que signifique para ti, el mundo debería conocer esta historia, pero ese final no le hace justicia. Además, es demasiado repentino, como si le faltara algo.

Sin palabras por haber sido descubierta su afición por escribir su diario a base de metáforas, se sacó del bolsillo el penúltimo capítulo, en el que el propio Juan Antonio aparecía, y se lo entregó.

—Escribí el final porque se me acababa la libreta —confesó mirando al suelo—, era algo que ya tenía decidido, así que lo escribí dejando ese hueco. No sabía cuándo iba a atreverme a… Esto.

Juan Antonio pudo reprimir la curiosidad de leer lo que le faltaba para completar la novela de Bruno, ya que la voz quebrantada de su amigo lo obligó a abalanzarse sobre él y envolverlo en sus brazos. Llevaban conociéndose desde que se escaparon por sus bocas sus primeras palabras y aquel era su primer abrazo, lejos de las miradas juiciosas y la imposición de una masculinidad demasiado frágil como para ser felices. Fue un abrazo largo y estrecho en el que Juan Antonio le quiso transmitir toda la energía positiva y confianza que tenía en Bruno. Pese a la fuerza con la que Juan Antonio lo agarraba, la sensación de ahogo de Bruno estaba desapareciendo y el embrollo anudado de su garganta pudo deshacerse de algún que otro nudo.

—No puedo… De verdad que no —seguía diciendo Bruno empapando de lágrimas el hombro de su amigo—. Esta decisión es la mejor, no hay nada más que pueda hacer.

—Bruno, tienes dieciocho años, lo tienes todo por hacer —continuó su ánimo sin soltarlo—. Nadie te obliga a enfrentarte a ese dragón. No sé qué es lo que quieres representar con él exactamente, pero en el caso de que sean tus miedos, súbete a su lomo y cabálgalos como si no te importasen.

—Sé convertir mi trágica vida en una historia de aventuras, pero no sé invertir el proceso…

—Si tu vida es tan emocionante como para ser contada como la crónica de una heroína, no vas a tener ni que esforzarte para resurgir de tus cenizas en el final, porque este no es tu final y así no acaban los cuentos. ¿Me prometes que lo vas a intentar?

Aunque quisiese negarlo, Bruno acababa de recibir un baño de esperanza y tenía más ganas que nunca de quemar ese triste final para reescribir uno nuevo que mereciese la pena leer.

—¿Y qué es lo que tengo que hacer para intentarlo?

—Pues lo primero es buscar ayuda, porque yo quiero ayudarte, pero hay un límite en tu cabeza que yo no puedo cruzar sin ser un profesional —le recomendó ya habiendo cesado el abrazo y poniéndole una mano en el hombro como un padre—. Cuando tengas lo primero, esa persona te ayudará a reconducir tus objetivos. Tu mayor deseo siempre ha sido cumplir con las cosas que el resto hacía y tratar de ser como ellos. Lo que tendrías que desear realmente es la felicidad, llegue de la forma que llegue y aunque tu vida vaya a tomar un rumbo que asuste a los demás, ese será tu precio por ser valioso,

talentoso y especial.

Cada palabra que escuchaba lo hacía asentir como acto reflejo. ¿Dónde había estado toda esa sabiduría de Juan Antonio en el pueblo? Le acababa de abrir un nuevo camino oculto. No era ni llano, ni recto y tenía tantos obstáculos o más que los otros, porque ningún rumbo de la vida era fácil de cruzar, pero sin duda era el camino correcto.

—¿Te puedo dar otro abrazo? —le preguntó Bruno sonriendo y secándose las lágrimas que le quedaban con la manga.

—Claro —contestó devolviéndole la sonrisa—. ¿Qué te parece si nos vamos de este sitio tan triste y salimos a tomar algo? Así podrás explicarme con detalle cada decisión de Uxía.

Bruno soltó la barandilla y se dejó arrastrar por Juan Antonio dejando atrás las sábanas que lo habían visto debatirse entre la vida y la muerte.

Su amigo lo paseó por las calles de Madrid y le hizo redescubrir la ciudad. Al dragón, la churrería, el Retiro, la Puerta de Alcalá, la Gran Vía, la Puerta del Sol y el Hacha, entre otros, les quedaba mucho Bruno por ver y ese solo había sido el principio, agridulce, pero solo el principio.

Había llegado a Madrid esperando que la capital lo salvase del pueblo, pero una vez allí, ¿quién lo iba a salvar de la capital? De manera recíproca aquel de los únicos fragmentos de pueblo que valían su peso en oro había acudido en su auxilio. No era otro que el pueblo el que lo rescataría cuando la ciudad lo absorbiese.

Epílogo (Me valdrá la pena)

«Su boca comenzó a expulsar intensas y sofocantes llamaradas que hacían gritar a los guerreros más bravos. Sin embargo, por mucho miedo que le tuviesen, todos ellos lo disparaban con sus flechas y sus lanzas, enfureciéndolo cada vez más. Cuando el dragón aterrizó en tierra y todos los soldados salieron corriendo entre angustiosos chillidos, yo avancé a contracorriente dirigiéndome hacia él con pasos cautos y la espada de Bastian envainada. Sus ojos verdosos de reptil se cruzaron conmigo y encontré en ellos más sufrimiento que maldad. Sin miedo a su fuego ni a su afilada hilera infinita de dientes, avancé hacia su lomo y traté de sacarle algunas de las lanzas que le habían acertado entre las escamas. Noté como todos comenzaron a gritarme improperios, mientras que mi hermano estaba a mi lado aplaudiendo lo que hacía. El dragón se volteó para mirarnos y me dedicó lo que tomé como una enorme sonrisa. Me acarició con su cola invitándome a cabalgarlo y ebria de osadía me atreví a demostrarle al resto su docilidad. La criatura alzó el vuelo y yo lo guie fuera de los límites del reino, no porque fuese un peligro para sus habitantes, sino porque no estaban preparados para su majestuosidad. Desde allí arriba supe que había logrado mi objetivo y que en el futuro habría crónicas que contasen mi hazaña».

La emoción lo hacía temblar y casi no pudo ni abrir la puerta del coche de Juan Antonio, que había ido a recogerlos.

—Venga, Bruno, súbete —metía prisa Eneko—. A este paso vamos a llegar tarde.

—¡No me pongas más nervioso de lo que estoy! —dijo histérico mientras cerraba la puerta tras él.

Ambos saludaron a Juan Antonio, que los esperaba dentro junto a su novia, que estaba en el asiento del copiloto. Bruno agradecía que su mejor amigo tuviera coche, porque últimamente se le echaba el tiempo encima y el metro no esperaba a nadie.

No tardaron en pasar por enfrente del dragón del barrio. Aquella estatua ya no solo era perfecta y celestial en la imaginación de Bruno, sino también para el resto. Con la reforma del parque que había a su alrededor, también a él lo habían maqueado y dejado impoluto. Habían limpiado su lomo de grafitis y lo habían pintado con un precioso color verde esperanza, delineando una a una las escamas en relieve que antes no se apreciaban. También sus ojos habían cogido color, lo que le daba la viveza de la que carecía. Por último, los

oxidados barrotes de metal, que sin mucho éxito hacían la labor de colmillos, eran ahora blancos y afilados, como si le hubiesen cepillado los dientes.

Fueron diez segundos los que Juan Antonio tardó en dejar atrás al dragón, pero fue suficiente para que Bruno lo contemplase tan feliz y emocionado que olvidó dónde iban. Tras verlo, acarició con ternura el último de sus tatuajes, un feroz dragón que serpenteando recorría todo su brazo izquierdo.

Por el centro de la ciudad era imposible encontrar aparcamiento, así que Juan Antonio dejó a Bruno y a Eneko en la puerta del edificio al que se dirigían:

—No vamos a poder entrar con vosotros, pero no pasa nada —les explicó quitándole importancia—. Mucha suerte, Bruno. Disfruta tu momento.

Con el corazón tan acelerado como si acabase de correr una maratón, bajó de la mano de Eneko y observó desde abajo boquiabierto el enorme rascacielos al que estaba a punto de entrar. Se quedó paralizado y Eneko tuvo que tirar de él para llegar antes que la manecilla del reloj.

—Estás listo para esto y para mucho más —lo animó Eneko ya a punto de dejarlo solo ante el peligro—. Enséñale al mundo quién es Bruno, porque los que ya te conocemos no podemos estar más orgullosos de ti.

No hubo beso de despedida, porque ya habían hablado sobre su relación y habían dejado claro por el momento que solo eran amigos. Fue Bruno el que lo llamó para disculparse, recalcando que solo buscaba su perdón y no la reconciliación completa que los devolviera a su antiguo estado. No quería seguir haciéndole daño y sabía que no estaba preparado para querer a nadie, porque todavía no había aprendido a quererse a sí mismo. Cuando consiguiera esto, sabía que Eneko estaría ahí para él, dispuesto a recibir ese amor que le estaban enseñando a proyectar.

Bruno saludó a todo el equipo de aquella sala llena de cámaras y se sentó en la única silla vacía que quedaba, al lado del que parecía que manejaba el cotarro por allí. Se colocó unos enormes cascos negros que eran más cómodos de lo que aparentaban y una divertida sintonía comenzó a sonar por el aparato.

—Y ahora pasamos a entrevistar a una de las grandes promesas de la literatura de nuestro país —comenzó a hablar con furor aquel hombre de su lado—, que con tan solo dieciocho años ha conseguido que su primer libro sea un merecidísimo *best-seller* —Sintió un escalofrío después de aquella presentación en la que se regocijó con orgullo— ¡Tenemos con nosotros a Bruno Blanco!

Era 6 de marzo del 2020, por lo que habían pasado tres meses desde

que Bruno había hecho el amago de acabar con su vida a punto de saltar por la azotea de su edificio. Había sobrevivido venciendo la batalla a sus miedos gracias al impulso vital que le había otorgado su viejo amigo Juan Antonio, del que no se había vuelto a separar desde entonces, retomando su título de mejor amigo.

Ese día había sido invitado a una entrevista de radio para hablar de su libro, aquel diario secreto que escondía sus verdades más íntimas. Ahora estaba a la venta de manera pública fuera de su jurisdicción, por lo que todo el mundo tenía acceso a esos secretos tan suyos. Lo consolaba que no todos sus lectores iban a ser capaces de descubrir el código metafórico que les desvelara la verdad detrás de la historia.

—Buenas, gracias por haberme invitado, estoy encantado de estar aquí—saludó con humildad y una tímida sonrisa.

—Cuéntanos, Bruno, de dónde surgió la idea para tu primer libro, "La sangre de mis actos" —preguntó el locutor con aquella voz animosa y vivaz tan típica de la radio—. Algunos de nuestros oyentes nos han dejado bastantes preguntas por *Twitter* y muchos coinciden en que la novela tiene un gran peso psicológico de la narradora en primera persona, cosa impropia de una historia de aventuras como esta que se suele centrar más en las batallas y los romances.

Estaba ante su primera entrevista y no podía evitar mirar al entrevistador con los ojos chisposos de emoción por estar escuchando hablar de su trabajo, un trabajo que en realidad había sido fruto de meses de lágrimas, amor, sufrimiento y otras muchas emociones tan fuertes que no podía ni recordar.

—Bueno, lo cierto es que mucho de lo que hay ahí escrito, sobre todo esa parte de emociones de la que me hablas está basado en mi propia experiencia a la hora de plasmarlo en el papel. No soy uno de esos escritores de mapa que lo tienen todo preparado mediante escaletas, yo dejo que la historia me sorprenda en cada sesión de escritura y lo que siento en cada momento tiene una gran influencia en esto. Creo que lo llaman escritor de brújula.

—Eso suena muy interesante, ¿no tienes miedo a sentarte y no saber qué contar utilizando ese método?

—Mientras viva tendré cosas de las que escribir, porque todos sentimos cosas todo el tiempo, aunque no lo creamos. Esto ha sido como una terapia para mí y no me fijé hasta que me puse a corregirla, porque te das cuenta de que tu vida está mereciendo la pena cuando le das la vuelta y la conviertes en una emocionante historia sobre ejércitos, guerras y tabernas medievales —Conforme hablaba se iba soltando cada vez más y se imaginaba charlando con un amigo en el sofá de su casa, como si no le estuviesen escuchando miles de personas—. Creo que cualquier persona de las que está escuchándonos desde casa que piense que no es nadie y que no está siendo el

protagonista de su vida puede hacer este ejercicio tan personal y sentirse realizado.

No se consideraba famoso por estar recibiendo cierta relevancia mediática gracias a la popularidad de su libro, pero quería dedicar palabras de ánimo y superación a cualquier persona que lo estuviese escuchando mientras pasase un mal momento.

—Vaya, pues sí que parece que tu vida está llena de emociones, ¿tú también te enfrentas a dragones normalmente? —añadió aquella pregunta cómica para amenizar la entrevista.

—No quiero hacer ningún *spoiler* —se rio congeniando con el amigable locutor—, pero sí que me he enfrentado a varios dragones que escupían fuego y ha sido duro derrotarlos. Lo que más me ha ayudado sin duda ha sido empezar con mi psicóloga, que también fue la que me animó a enviar el manuscrito del libro a varias editoriales. La salud mental es muy importante y a veces la vida se vuelve tan frenética que no te das cuenta de que hay algo en ti que está fallando y que te pide la ayuda de un especialista.

Juan Antonio había realizado todos los trámites necesarios para que Bruno pudiese acudir al psicólogo. Era bastante caro, pero el dinero nunca había sido uno de los problemas de Bruno. Además, todo lo que había conseguido gracias a aquellas sesiones semanales no tenía precio. Le habían devuelto su personalidad ligeramente tímida y su seguridad ya no era un disfraz que de vez en cuando le quedase grande, sino que formaba parte de él.

—Y haciendo referencia a la preciosa dedicatoria que hay en las primeras páginas del libro, ¿qué tienen de especial esas personas a las que nombras? A tus lectores les ha impactado sobre todo “el cronista”, ¿quién es esa persona que además es un personaje más de tu libro?

Con esta pregunta Bruno quiso echarse a llorar por la inmensa felicidad que sentía por tener a ciertas personas a su lado. Ellos habían sacado brillo a Bruno en sus peores momentos y por ello no merecían otra cosa que ser nombrados en el primero de sus trabajos como escritor.

—Esas personas son las que han conseguido que el libro tenga un final más bonito que trágico. Todos ellos están escritos en clave, no solo el cronista. Hacen referencia a las personas que inspiran al personaje del libro y no a la persona de mi vida en sí. No quiero exponer quién es quién fuera de la ficción, pero en este caso el padre al que menciono no es el mío, sino una mujer muy fuerte que siempre me manda ánimos sin importar la distancia. Ni tampoco mi hermano mediano, básicamente porque soy hijo único —añadió provocando una carcajada al entrevistador.

Entre las decenas de preguntas de sus fans que le fue exponiendo una tras otra, hubo una que lo impactó y que no pudo dejarlo

indiferente:

—Un anónimo nos pregunta: “Hola, Bruno, enhorabuena por lo conseguido con ese libro tuyo. Me lo he descargado en una página pirata, no te voy a mentir, pero me ha gustado lo suficiente como para invertir la pasta en él. Lo que me muero de ganas por preguntarte es si crees que la historia habría acabado igual si Uxía hubiese llegado hasta el dragón con Bastian” —leía el hombre con expresiones exageradas y modulando la voz para aplicar el punto de comedia—. Vaya manera de expresarse tienen algunos de tus fans… Este concretamente tiene que ser un gran fan del caballero, porque ha firmado la pregunta como Bastian.

Enseguida Bruno acarició con estima la flecha que había tatuada en su muñeca. Pese a que el que recitaba el mensaje era el locutor, no podía escuchar otra voz que no fuese la de Bianca. Aquellas palabras despreocupadas y afiladas, pero amables, no podían ser de otra persona. Además, Bastian era el personaje que él mismo había elegido para referirse a ella. Esa sería quizás su única oportunidad de comunicarse con ella, así que lo pensó bien antes de empezar a contestar:

—Bueno, Bastian es sin duda uno de los personajes más importantes del libro, si no el que más. Sin él, Uxía no habría llegado a ningún lugar y habrían acabado con ella los borrachos de las tabernas enseguida —decía en clave recordando esos momentos en los que escribía la novela—. Sin embargo… Creo que era necesario que Uxía aprendiese a viajar sola, aunque al principio no le fuera bien. Si hubiesen llegado juntos hasta el dragón, entre el uno y el otro le hubiesen rebanado la cabeza y se la habrían quedado como premio. El final seguiría siendo feliz… Pero mucho más sangriento. Ese giro de los acontecimientos era necesario, por mucho que a todos nos gustase tanto Bastian, a mí el primero.

Quizás no era aquello lo que Bianca quería escuchar, pero era todo lo que Bruno sentía. Estaba deseoso por volver a verla y no le hubiese importado ser él quien viajase a su pueblo para el reencuentro. Por desgracia, ella no lo pensaba de la misma manera y había cortado de raíz todas sus relaciones y vivencias en Madrid.

Su amistad habría sido muy diferente para entonces. Igual a ella no le hubiese gustado compartir su tiempo con aquel Bruno tan cauto y cuidadoso que ya no necesitaba el desenfreno para disfrutar, porque ya lo había degustado y no le había sentado bien.

—Muy interesante esa reflexión. Ahora una última pregunta relevante a la situación actual que le estamos haciendo a todos nuestros invitados últimamente, ¿tienes miedo del virus que nos amenaza desde China?

La pregunta lo dejó descolocado al no tener relación alguna con el

tema del que había ido a hablar. Se quedó en silencio unos segundos, pero tuvo que inventar una respuesta rápida porque estaban en radio y el tiempo era demasiado valioso como para perderlo.

—Bueno, no estoy muy puesto en temas de noticias y todo eso la verdad. He estado muy ocupado preparando las presentaciones y las firmas de mi libro, pero supongo que no me da miedo. Si como has dicho viene desde China, dudo que nos vaya a alcanzar en España y si lo hace seguro que hay alguna medicina que lo cure.

—Pues ojalá que lo que dices sea verdad —contestó el hombre con una sonrisa amarga que hizo reflexionar a Bruno— Eso ha sido todo, nos despedimos de Bruno Blanco, al que esperamos con los brazos abiertos para una futura entrevista en la que nos presente sus nuevos éxitos. Este solo ha sido el comienzo de su carrera

Track list

brutal - Olivia Rodrigo
Tus Monstruos - Belén Aguilera
Lady Madrid - Pereza
Adrenalina - Chica Sobresalto ft. Zahara
Si Te Vuelvo A Ver - Rojuu ft. María Blaya
All Star - Smash Mouth
Haz de luz - Rayden
when the party is over - Billie Eilish
Si me quiero - Confeti de Odio
Flores y vino - Bely Basarte
Borracho - Sebastián Cortés
Autoestima - Cupido
El Encuentro - Alizzz ft. Amaia
Forever - Laura FM
mentira - Interrogación Amor
De Dónde Vienes - Delaporte ft. PUTOCHINOMARICÓN
Estrella Fugaz - shakeitmila ft. Kike Con Más
DELITO - Nathy Peluso
Cómo solía creer - dani
Por no estar - LUNA KI
Estos Miedos Son Tuyos - Xavibo
Lo Siento - La Zowi ft. Goa, Ambeats y Pochi
A mí ya me iba mal de antes - Aiko el grupo
Ready Pa Morir - Yung Beef ft. Steve Lean
Epílogo. Me Valdrá La Pena - Sen Senra